



LA  
ELECTRICIDAD MODERNA.

ESTUDIO-RESUMEN

DE LA ACTUAL EXPOSICION DE PARÍS.

(Continuacion.)

III.

REGULADORES.



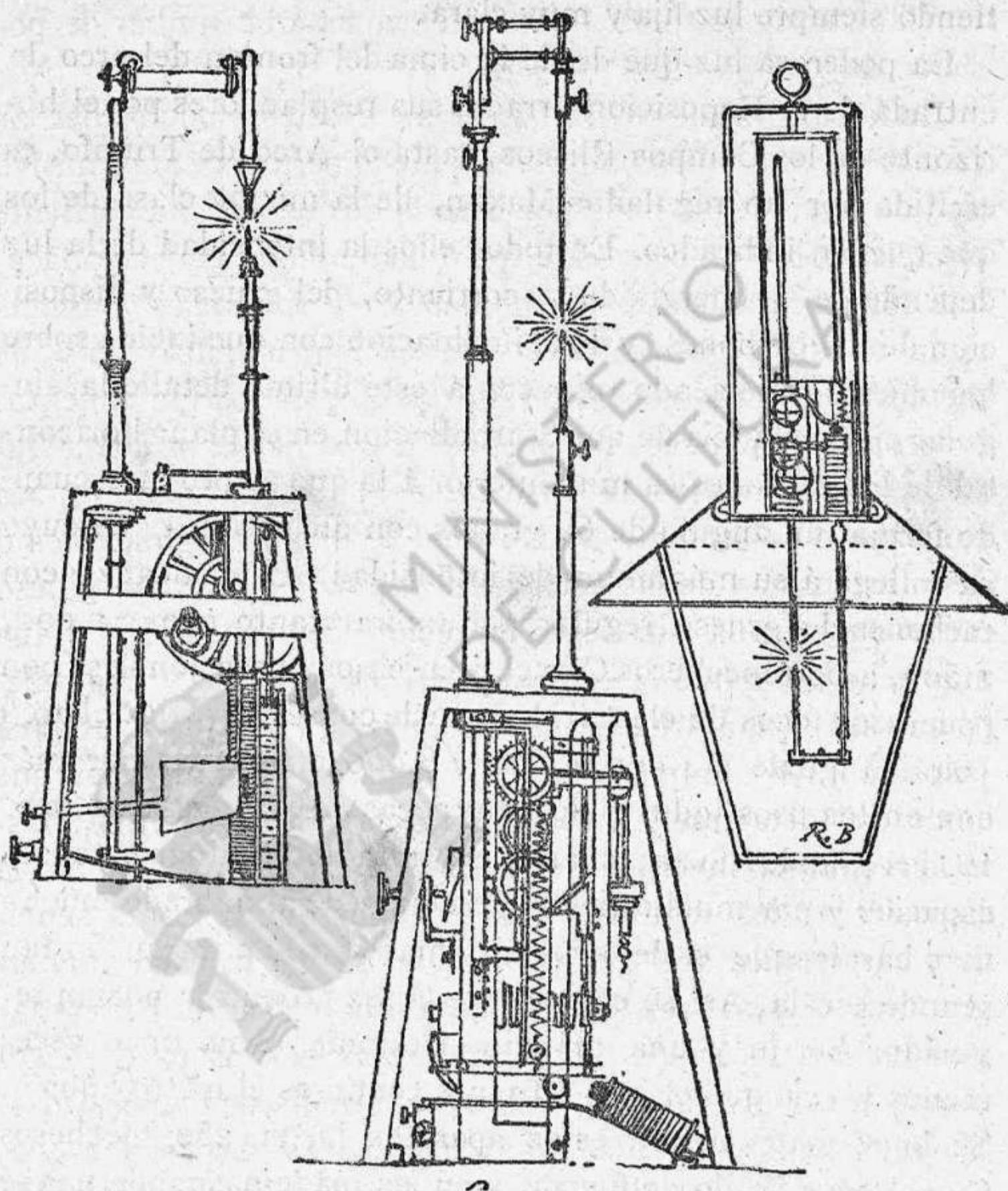
**D**E CORRIENTE ÚNICA.—*Regulador Serrin*: Hemos indicado en principio el fundamento de estos curiosos aparatos, y al volver á recordar el clásico de Serrin, diremos que desde los conocidos tipos de los faros y del alumbrado en grande escala, hasta los sencillos y manuales que hay colocados en la Exposicion, se admira en ellos la precision con que están contruidos y con que se imponen, á pesar del descubrimiento de tantos otros focos ingeniosos de luz eléctrica. En este regulador el carbon superior descende por su propio peso y se acerca al inferior sin movimiento alguno de relojería. La separacion del inferior se mantiene constantemente fija por la accion de un electro-iman que sólo permite el descenso á medida que el

carbon se gasta. Muy cerca de la puerta de entrada del Palacio está la Exposicion Serrin, y en ella se ven no sólo los grandes reguladores, sino otros modelos en movimiento, en muy diversas posiciones de desequilibrio, en los que la luz, ampliada por excelentes reflectores, no pierde nada de su intensidad ni de su fijeza á pesar del constante cambio de posicion de los aparatos.

En la sala número XV hay tres curiosos modelos del *regulador Jaspar*, que como hemos dicho pertenece al primitivo tipo de Archereau; tiene por base la accion de una corriente eléctrica sobre un solenoide, pero de tal modo perfeccionada, que son admirables su sensibilidad y su seguridad. Caracterizan á este regulador tres detalles: un cilindro lleno de mercurio, con un émbolo ó tallo que impide los movimientos bruscos de las barras sostenes de los carbones y que regulariza por completo la posicion del carbon negativo; un contrapeso de accion variable que facilita la regularizacion de la intensidad de las corrientes; y por fin, otro contrapeso móvil que regula sin cesar la accion del solenoide, y que mantiene constante la extension del arco voltáico, cualquiera que sea la longitud de los carbones. Desde 1878, en que Jaspar obtuvo una medalla de oro por este aparato y en que empezó á instalarse y á usarse en Bélgica y en Francia, hasta la fecha, el inventor ha cambiado casi por completo la disposicion del regulador, en términos que la forma sencilla y casi rústica que entónces tenia se ha trocado hoy en otra muy diversa, sencilla, sí, pero muy elegante. El regulador aparece encerrado en bonitas cajas, cuyas paredes son espejos que reflejan su luz sobre grandes discos blancos, desde los cuales se difunde por todas partes, disposicion que, aunque hace perder algo la intensidad de la luz que se refleja, le da una suavidad de tono y de irradiacion muy agradables.

En la seccion inglesa se puede estudiar el *regulador Crampton*, único que, segun su autor, efectúa la aproximacion regular y constante de los carbones sin bruscas sacudidas y sin los pésimos efectos que éstas producen. Con malos carbones y con una máquina de vapor de regulador

ordinario, funciona éste con toda precisión, debiéndose su sensibilidad á la reduccion del peso y dimensiones del freno, que regula la posicion de los conductores ó reóforos combustibles. El mecanismo de la marcha de éstos obedece á las



*Reguladores sencillos:*

De Jaspar.—De Serrin.—De Crampton.

variaciones más ligeras de la corriente, la aproximacion es constante y la amplitud del arco es siempre rigurosamente la misma. El rodaje de su mecanismo se ha calculado y construido de manera que cada vuelta de la rueda del freno

corresponde á un descenso de un décimo de milímetro en el tallo del carbon superior. Segun las experiencias, conformes con las indicadas por el *Engineering*, cuando se anunció el aparato á mediados de 1880, una lámpara Crampton funciona sin interrupcion durante trescientas veinte horas, emitiendo siempre luz fija y muy clara.

La poderosa luz que desde la cima del fronton del arco de entrada de la Exposicion irradia sus resplandores por el horizonte de los Campos Elíseos, hasta el Arco de Triunfo, es emitida por un regulador Maxim, de la misma clase de los que quedan indicados. En todos ellos la intensidad de la luz depende de la energía de la corriente, del grueso y disposicion de los carbones, y de la inclinacion con que incida sobre los objetos, ofreciendo respecto á este último detalle la singular circunstancia de que la irradiacion en el plano horizontal de los carbones es muy inferior á la que se produce cuando forma un ángulo de 60 grados con dicha línea, en cuyo caso llega á su máximum de intensidad. Esta alcanza con carbones de grueso regular á alumbrar tanto como 1.000, 1.500, 2.000 mecheros Cárcel, y en casos excepcionales, con poderosos focos de electricidad, puede conseguirse que el arco voltáico iguale á 4.000, 6.000 y 8.000 mecheros, por más que en los usos industriales muy pocas veces se pasa de 1.000. En los grandes focos, cuando se trata de iluminar extensos espacios y por mucho tiempo, resulta este alumbrado mucho más barato que el de otros sistemas si se aplicaran en tan grande escala. Así se calcula que la luz producida por un regulador Serrin y una máquina Gramme, tiene once veces ménos precio que el gas, á treinta céntimos el metro cúbico. Se logra obtener con estos aparatos hasta 250 mecheros Cárcel por caballo de fuerza, y en las máquinas modernas se consume tan sólo un kilogramo de carbon por caballo.

Empléanse los reguladores en los trabajos que ocupan mucha extension, en las grandes obras públicas, en las fábricas y en los faros sobre todo, cuya instalacion y desarrollo son cada dia más grandes. Desde 1862, en que empezó á aplicarse el alumbrado eléctrico á los faros, con reguladores Serrin y máquinas Nollet y Van Malderen, se van adoptando en to-

das las costas por sus innegables condiciones de superioridad. Aunque su planteamiento fué al principio muy costoso y lo es aún bastante, como la intensidad y alcance de la luz son tan grandes comparados con los del aceite, no vacilan los gobiernos en adoptarlo. Cada unidad de luz cuesta de 90 á 120 francos por año en el alumbrado eléctrico, y 400 en el de aceite. Los gastos completos, sin embargo, hoy que esta industria puede decir que empieza á plantearse, son mayores en la electricidad que en el anterior sistema, puesto que el coste de sostenimiento de un faro eléctrico de primer orden cuesta por año de 11 á 14.000 francos, mientras que el de aceite excede poco de 8.000.

El gran faro que se ve en el salon del Palacio de la Industria representa el tipo de los sistemas adoptados.

Para producir la electricidad que ha de sostener la iluminación en las costas no se aceptan ya las máquinas Nolle de *La Alianza*, sino las de Grammey Siemens, y sobre todo la de Meritens, de imanes, inventada en 1879, cuyas corrientes son de intensidad constante, sin que se pierda ninguna de las que produce, de muy poco gasto para su gran producción y de perfecta regularidad. Dan una intensidad de 1.200 mecheros Cárcel por cada quince caballos de vapor, y las últimas construidas, cuyos elegantes modelos se ven en la Exposición, llegan á dar 100 mecheros por caballo con el regulador Serrin y con un alcance en el mar de 50 kilómetros. Funcionan ya esas máquinas en los dos faros de South-Foreland, en el del cabo Lezard, en el de Macquarie, en la Nueva Gales del Sur, y en los de Planier, cerca de Marsella. Francia instalará muy en breve este alumbrado en cuarenta y seis faros, é Inglaterra en ciento, con grandes lentes de 60 á 80 y 100 centímetros de diámetro.

DE CORRIENTE DOBLE Ó MÚLTIPLE.—Los reguladores descritos necesitan para cada uno una corriente ó circuito completo con su doble hilo de ida y vuelta; esto es, cada aparato exige una máquina productora, porque como la intensidad de la corriente es la que determina la posición regular de los carbones, si se colocaran en el circuito dos, tres ó más reguladores, la corriente, al aproximarse los carbones de uno de

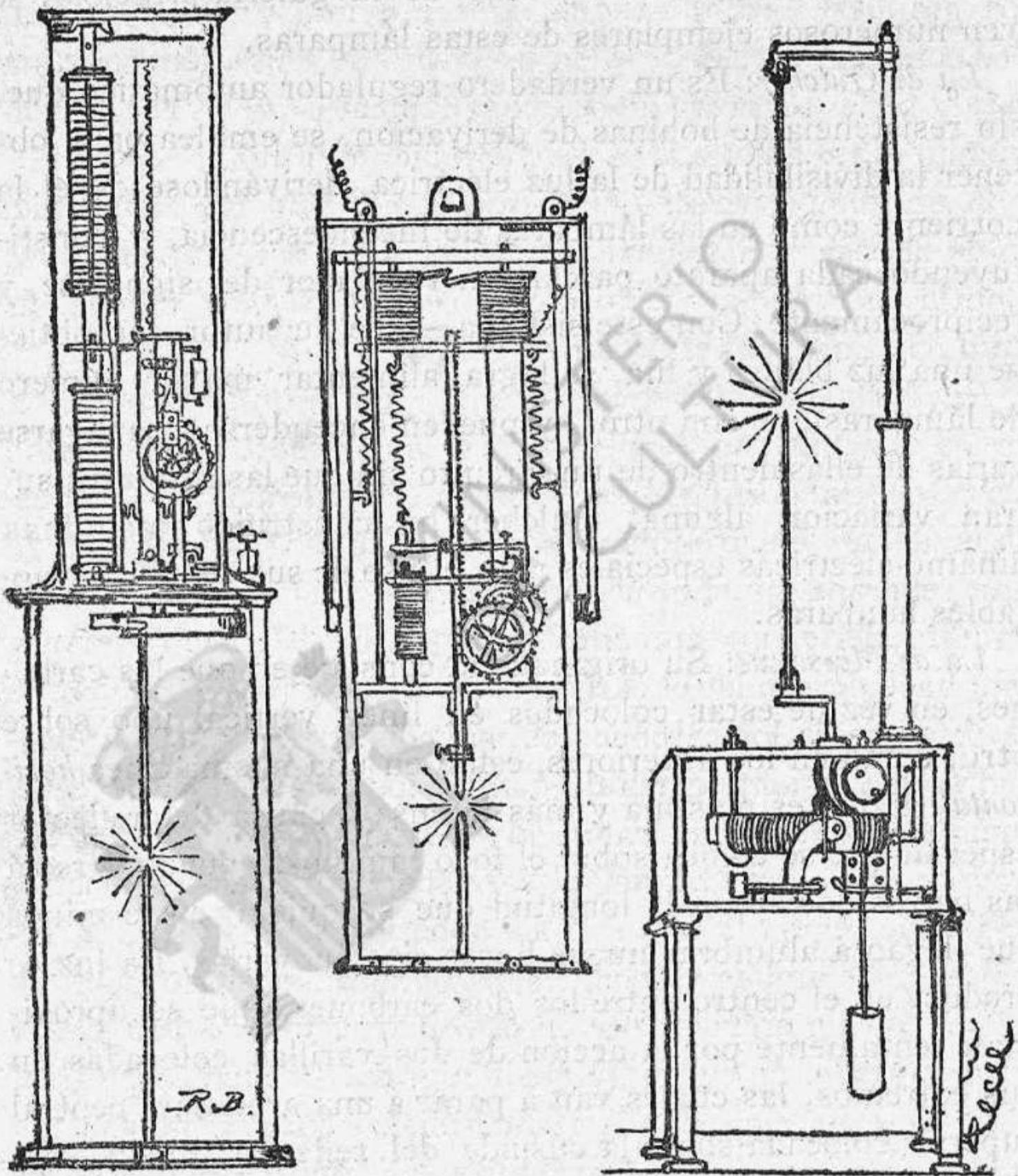
ellos, no obraría con la regularidad necesaria en los de los otros, y como todo el circuito participa de cualquiera alteracion que sobrevenga en un punto determinado de él, resultaria alterada tambien inmediatamente la regularidad del primer aparato, y ninguno funcionaria bien. Esta cualidad de los grandes reguladores de corriente única imposibilitaba, por consiguiente, el deseado propósito de alimentar con una sola y poderosa corriente muchas lámparas á la vez, resolviendo el problema de la divisibilidad de la luz.

A un tiempo parece que dieron con la solucion el ingeniero de la casa de Siemens, Mr. Helfer Alteneck, en Alemania, Lontin en Francia y Tchicoloff en Rusia, si bien procediendo de distinta manera, como veremos.

*Reguladores de derivacion:* En el aparato Lontin la posicion de los carbones no se regula por la corriente general, sino por la de una corriente derivada de ésta que atraviesa las espiras de un electro-iman especial. Cuando los carbones se han separado mucho, la corriente general repelida pasa al circuito derivado, aumenta la potencia del electro-iman y éste hace descender el carbon superior. La regularizacion de la distancia de los carbones es independiente de la intensidad de la corriente general, porque toda variacion de ésta, cualquiera que sea su valor, al llegar al carbon inferior, se traduce por otra variacion correspondiente en el electro-iman que regula la posicion del superior. Ahora bien; la relacion entre ambas variaciones es siempre constante, porque así se dispone previamente en la construccion de las piezas del aparato, y no cabe alteracion alguna. Pueden emplearse, pues, en este regulador corrientes más ó ménos intensas, y pueden introducirse en el circuito hasta doce y veinte focos de luz diversos. El inventor construye máquinas generadoras especiales que producen á la vez varias corrientes distintas, de modo que con una sola máquina se pueden encender multitud de luces en diversos circuitos. Cuando apareció este aparato, á fines de 1878, llamó extraordinariamente la atencion por sus grandes ventajas sobre los reguladores ordinarios. En el lado Sur de la gran nave de la Exposicion, entre otras lámparas, hay cuatro del sistema Lontin.

A esta clase de reguladores pertenecen:

*La de Gramme:* Su porta-carbon inferior es fijo, el foco luminoso móvil, y el regulador está colocado sobre el carbon superior. Forman el mecanismo dos partes completamente



*Reguladores de derivacion:*

De Siemens.—De Gramme.— De Gulcher.

distintas, una que produce el avance progresivo del carbon positivo, y otra su retroceso para la constitucion del arco. Tiene, además del electro-iman ordinario, el de derivacion de accion intermitente, que impulsa un movimiento de relo-

jería y hace que los carbones se aproximen en cuanto la corriente general disminuye, como queda explicado. Este aparato se dió á conocer en Mayo del año actual, y con una máquina de seis caballos se vió que producía cinco focos de 150 mecheros de intensidad cada uno. En los lados de la gran nave del Palacio, y debajo de la galería principal, se ven numerosos ejemplares de estas lámparas.

*La de Gulcher:* Es un verdadero regulador automático que, sin resistencia de bobinas de derivacion, se emplea para obtener la divisibilidad de la luz eléctrica, derivándose de él la corriente como en las lámparas de incandescencia, y constituyendo cada aparato parcial un regulador del siguiente, y recíprocamente. Con este sistema—dice su autor—se obtiene una luz blanca y fija, se logra alimentar mayor número de lámparas que con otros, y pueden encenderse y apagarse varias de ellas dentro de un circuito sin que las restantes sufran variacion alguna. Gulcher ha construido máquinas dinamo-eléctricas especiales para el uso de sus sencillas y notables lámparas.

*La de Mersanne:* Su originalidad consiste en que los carbones, en vez de estar colocados en línea vertical uno sobre otro, como en los anteriores, están en una misma línea *horizontal*; la luz es más fija y más intensa á causa del reflector especial que se coloca sobre el foco luminoso; puede darse á las barras de carbon la longitud que se quiera, en términos que llegan á alumbrar nueve horas sin renovarlas. La luz se produce en el centro entre los dos carbones, que se aproximan lentamente por la accion de dos varillas colocadas en sus extremos, las cuales van á parar á una armadura central superior colocada sobre la cúspide del reflector, donde está el electro-iman de derivacion del circuito general. La accion mútua de la corriente general y de la derivada, así como el procedimiento de aproximacion y separacion de los carbones, son como quedan ya indicados al explicar el fundamento de estos reguladores. Las lámparas Mersanne alumbran la sala XIX de la Exposicion.

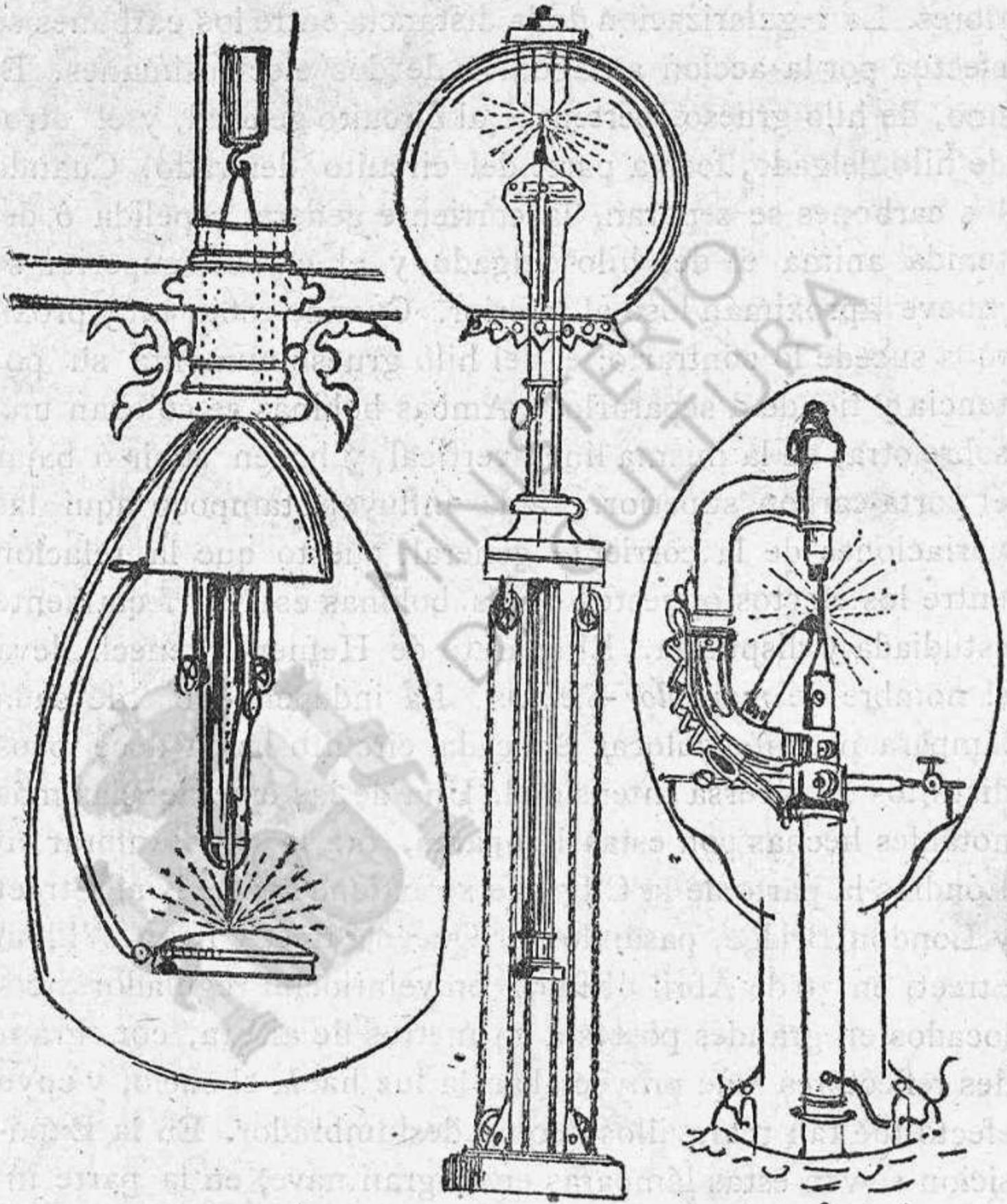
En la fiesta nacional del 14 de Julio se alumbró parte del boulevard de los Italianos con una nueva lámpara de

*carbones horizontales*, modificación de la de Mersanne debida á Million.

*Reguladores diferenciales*: Inventados por Hefner Alteneck, de la casa Siemens, de Berlin, ó por Tchikoleff, son un mecanismo muy sencillo é ingenioso y distintos de los anteriores. La regularización de la distancia entre los carbones se efectúa por la acción antagónica de dos electro-imanés. El uno, de hilo grueso, pertenece al circuito general, y el otro, de hilo delgado, forma parte del circuito derivado. Cuando los carbones se separan, la corriente general repelida ó detenida anima el del hilo delgado, y el carbon superior se mueve aproximándose al inferior. Cuando están muy próximos sucede lo contrario; el del hilo grueso aumenta su potencia y tiende á separarlos. Ambas bobinas se colocan una sobre otra, en la misma línea vertical, y hacen subir ó bajar el porta-carbon superior. Nada influyen tampoco aquí las variaciones de la corriente general, puesto que la relación entre los efectos opuestos de las bobinas está perfectamente estudiada y dispuesta. El aparato de Hefner-Alteneck lleva el nombre de *regulador Siemens*. La independencia de cada lámpara permite colocar en cada circuito hasta doce focos distintos de diversa intensidad. Una de las experiencias más notables hechas con estas lámparas, fué la de alumbrar en Lóndres la parte de la City que se extiende entre King Street y London Bridge, pasando por Queen Street y King Willian Street, en 30 de Abril último, con veintiocho reguladores colocados en grandes postes á 24 metros de altura, con grandes reflectores que proyectaban la luz hácia el suelo, y cuyo efecto fué tan maravilloso como deslumbrador. En la Exposición se ven estas lámparas en la gran nave, en la parte inglesa de las galerías bajas, en las secciones alemana y prusiana, en el pabellon de la villa de París y en la sala XIII.

Pertenecen á este grupo, entre otras: *La de Berjot*: Entre los dos electro-imanés dichos, lleva este aparato una caja con mecanismo de relojería que asciende y descende impelida por ellos y que mueve á su vez la cremallera del porta-carbon superior. Es tan sensible este regulador, que la caja parece que está en un estado continuo de vibración, y se mueve al menor cambio

de intensidad de las corrientes, de modo que éstas pueden regularizarse sin que haya el menor cambio en la intensidad luminosa. Los carbones se adaptan á los porta-carbones por medio de una especie de pinzas de resorte, con anillos de pre-

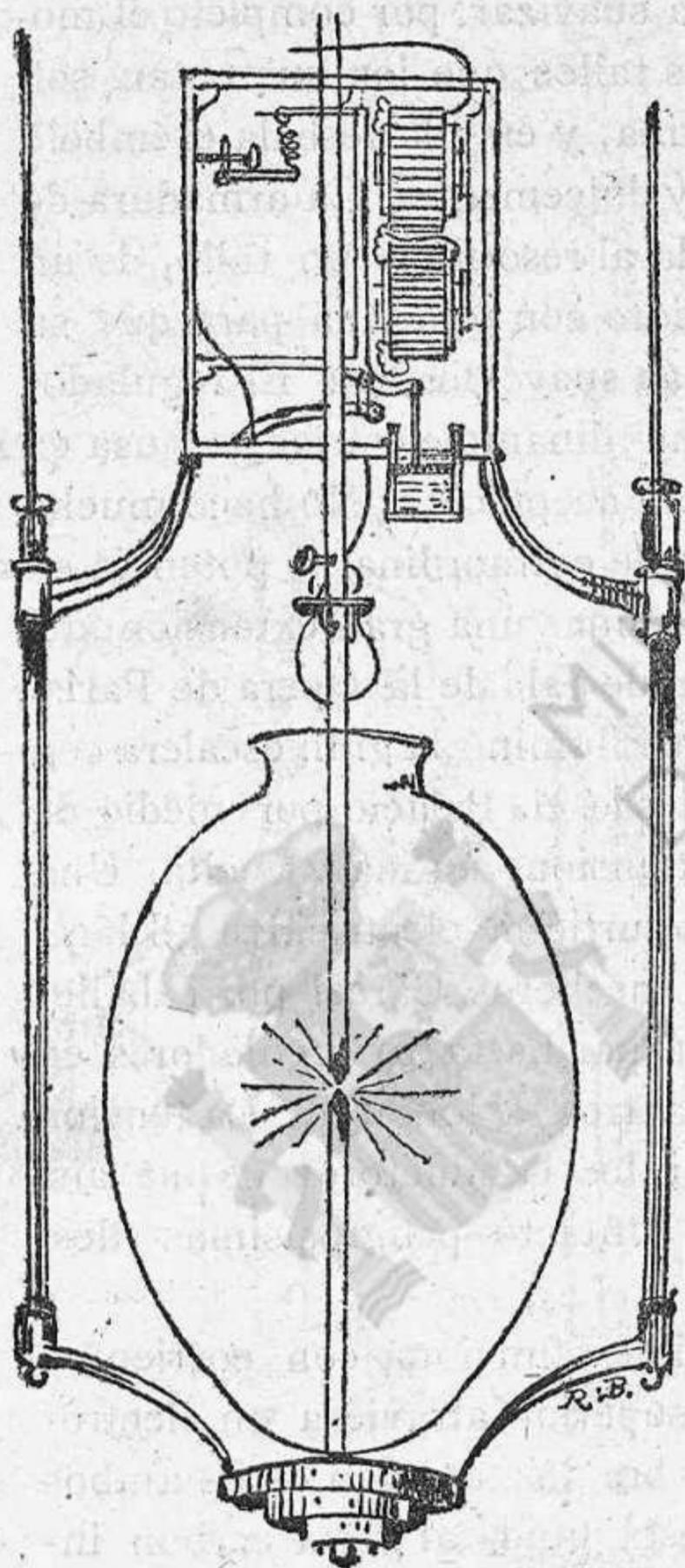


*Reguladores diferenciales:*

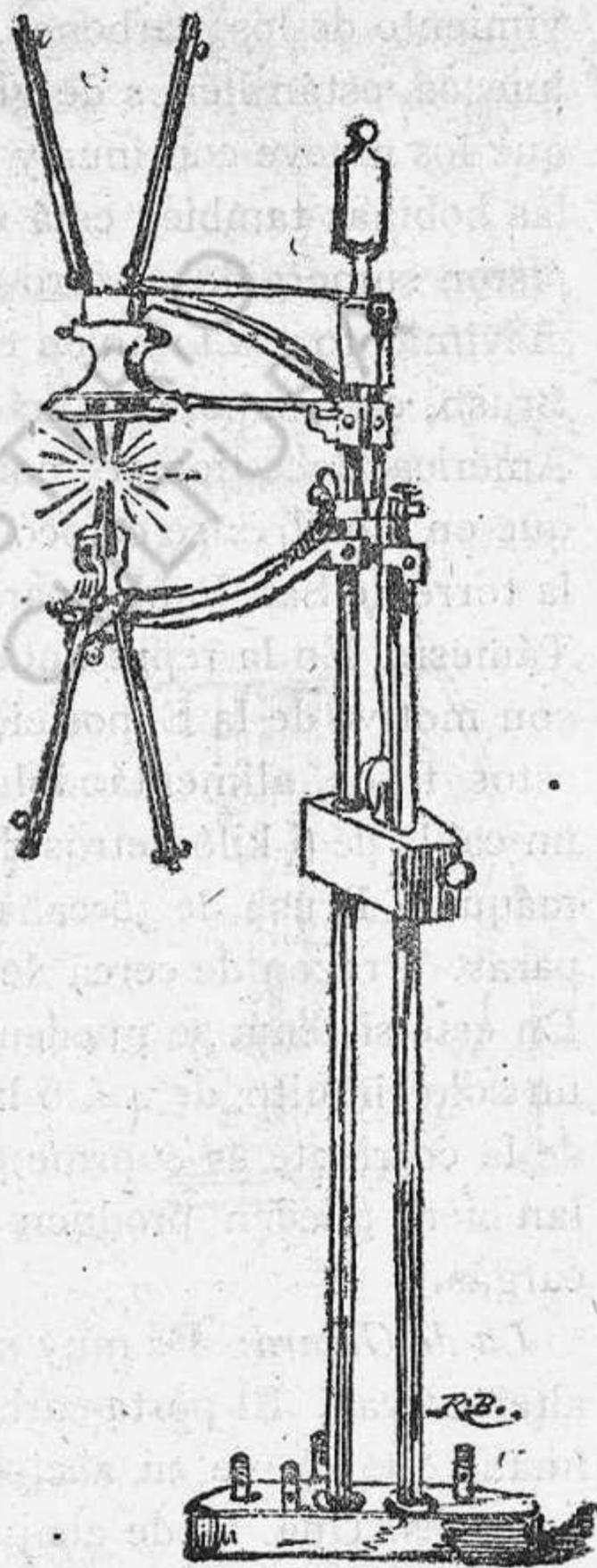
De Berjot.—De Bruschi.—De Gerard.

sion de perfecto contacto, semejantes á los porta-lápices. Tienen elegante aspecto y marchan muy bien. Se ven en el pabellon de Telégrafos, en la sala IX y en algunos grandes candelabros.

*La de Brush:* No tiene ningun aparato de relojería, ni de rodaje. Es doble en su disposicion, es decir, lleva dos portacarbonos superiores é inferiores, que se consumen sucesivamente. Las bobinas reciben cada una dos espirales arrolla-



Lámpara regulador diferencial.—Weston.



Lámpara Rapiéff.

das en sentido inverso: la una forma el circuito de los carbonos, la otra es la de derivacion. Cuando los carbonos se separan, la potencia de su circuito aumenta, y al contrario, operándose el descenso cuando aumenta el de derivacion, segun

queda dicho. Entre las dos bobinas hay una más pequeña, que corresponde al circuito derivado y que tiene por objeto cerrar el circuito y apagar la lámpara cuando haya algún accidente en el aparato por exceso de corriente general, puesto que en este sistema se usan las máquinas productoras más intensas que se conocen. Para suavizar por completo el movimiento de los carbones, los tallos que los sustentan son huecos, están llenos de glicerina, y en ella resbala el émbolo que los mueve continua y muy dulcemente. La armadura de las bobinas también está unida al resorte de un tallo, de un piston sumergido en otro cilindro con glicerina para que su movimiento sea también el más suave posible. El regulador Brush, con su potente máquina dinamo-eléctrica, se usa en América hace tiempo, con gran aceptación. No hace mucho que en Londres se colocó uno de extraordinaria potencia en la torre de San Pablo, para iluminar una gran extensión del Támesis. En la representación de gala de la Ópera de París, con motivo de la Exposición, se iluminó la gran escalera con estos focos, alimentándolos desde el Palacio por medio de un cable de 6 kilómetros de extensión, en ida y vuelta. Una máquina Brush de 35 caballos surtió de electricidad 38 lámparas, á razón de cerca de 80 mecheros Cárcel por caballo. En este sistema se pueden agrupar hasta 40 reguladores en un solo circuito de 4 á 6 kilómetros de longitud. La tensión de la corriente es enorme, y si los conductores no se aíslan bien, pueden producir al contacto peligrosísimas descargas.

*La de Gerard:* Es muy sencilla y funciona con corrientes alternativas. El porta-carbon superior atraviesa un electroiman, que ejerce su acción sobre las armaduras de ambos carbones. Una, la de abajo, está unida al porta-carbon inferior; la otra impulsa un freno que regula el descenso del superior. La marcha y acción de las corrientes es idéntica á las anteriores. El aparato lleva además otro accesorio denominado *vigilador automático*, que tiene por objeto unir la corriente con las lámparas inmediatas cuando cualquiera de ellas se apaga por un accidente imprevisto. Se pueden ver en la sala XVI.

*La de Weston:* Su electro-iman es de construcción especial. En cada bobina están arrollados alternativamente, y en sentido inverso, el hilo grueso y el hilo delgado (procedimiento también aceptado ya en los aparatos Brush), de modo que la potencia del electro-iman depende de la acción diferencial de ambos. Un resorte de tensión variable mantiene en una posición fija la barra del porta-carbon. El movimiento de la armadura depende de la diferencia entre la tensión de este resorte y la fuerza atractiva del electro-iman. Para suavizar sus movimientos está unida al tallo de un pistón, que resbala en un cilindro lleno de glicerina. El hilo fino del electro-iman va unido á la corriente general, como en los demás reguladores, y constituye la corriente de derivación. Hay en el Palacio dos máquinas dinamo-eléctricas de este autor, de 18 caballos cada una: diez de sus lámparas brillan debajo de la galería Sur, y cuatro encima. Su efecto es de primer orden.

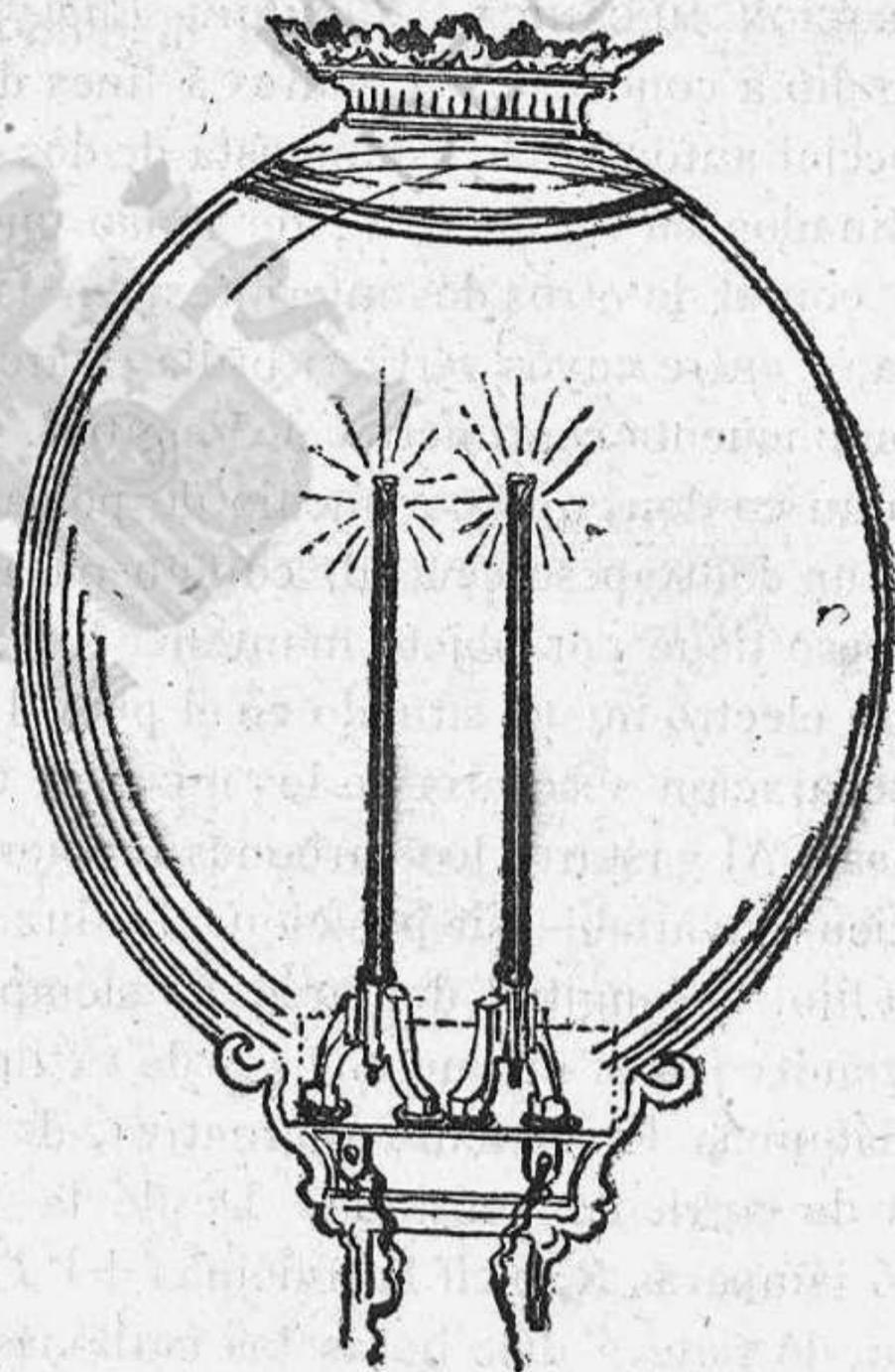
DE SEPARACION MECÁNICA.—*Lámpara Rapiéff:* Este electricista ruso dió á conocer en Lóndres á fines de 1878 una lámpara especial automática, compuesta de dos carbones superiores inclinados en forma de V, de modo que su vértice corresponde con el de otros dos inferiores, en la misma forma invertida, y entre cuyos vértices brilla el arco. Los carbones tienen cincuenta centímetros de longitud. Cada carbon está unido á un cordón, que por medio de poleas especiales va á parar á un contrapeso central, comun para los cuatro. Este contrapeso tiene por objeto mantener los carbones en contacto. Un electro-iman situado en el pie del aparato determina la separación necesaria de los mismos, en cuanto la corriente pasa. Al gastarse los carbones funciona el contrapeso y mantiene invariable su posición. La luz se conserva en un punto fijo, la longitud del arco es siempre igual, se vuelve á encender por sí mismo en caso de extinción y funciona con máquinas de corriente alternativa, de igual modo que con las de corriente continúa. Desde la fecha citada alumbran 16 lámparas Rapiéff las oficinas del *Times* de Lóndres, y duran de siete á diez horas los carbones. Un tanto semejante á ésta es la de *Gerard*, cuyos carbones tienen di-

versa colocacion, y que á medida que se consumen descenden, impelidos por su propio peso. Tambien la lámpara *Broc-kie* puede considerarse como mecánica é incluida en esta seccion.

### III.

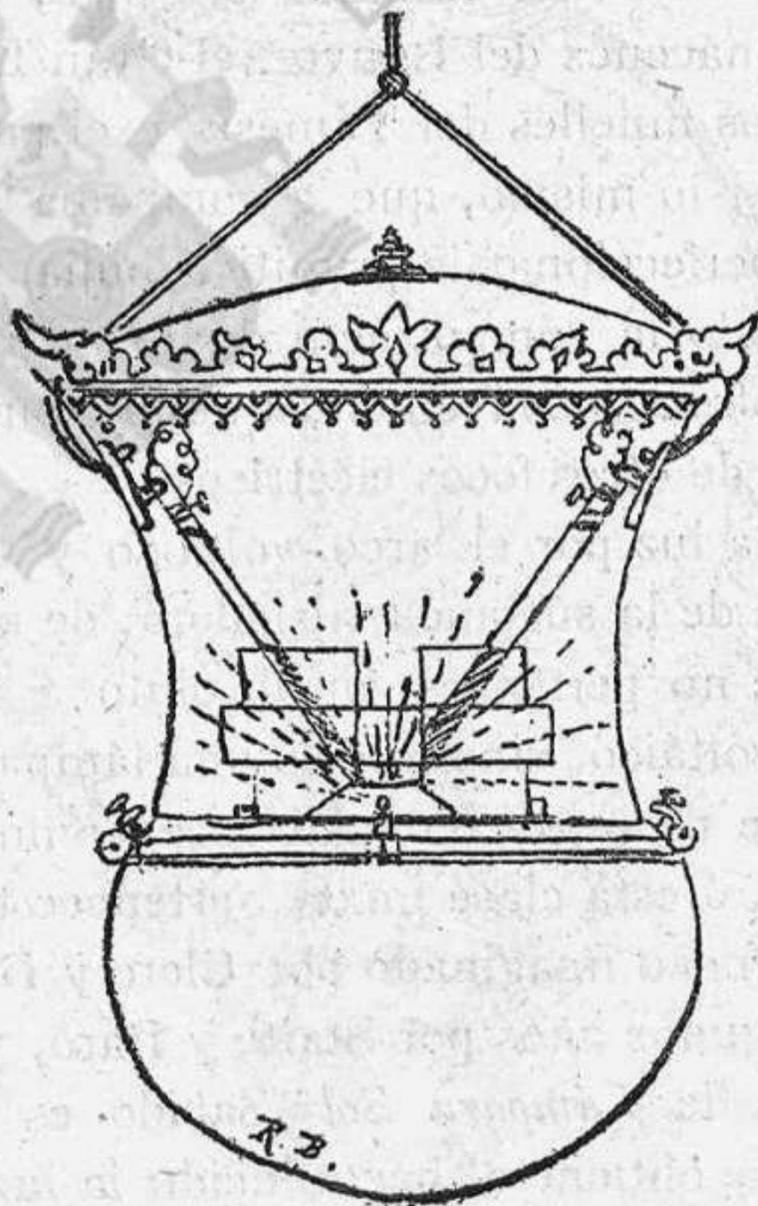
#### BUJÍAS.

Hemos dicho que, con gran sorpresa del mundo sabio, apareció el invento del oficial ruso Mr. Pablo Jablochkoff, cuando todos los electricistas pugnaban por perfeccionar los reguladores para obtener una separacion fija de los carbones y el arco voltaico de inmejorables condiciones.



Bujía Jablochkoff.

La *bujía eléctrica* de Jablochkoff, compuesta de dos barras de carbon de 4 milímetros de diámetro y de 30 centímetros de altura, unidas en su extremo superior por una mecha de la misma sustancia, colocadas una al lado de la otra paralelamente, y con un intervalo de algunos milímetros, relleno de una sustancia aisladora llamada *colombin*, mezcla de partes iguales de sulfato de cal y de sulfato de barita, que se funde y volatiliza dando partículas incandescentes, tiene en efecto la forma de una bujía ordinaria y no necesita para su combustion regular ni electro-imanés, ni contrapesos, ni aparato alguno de relojería. Las barras se consumen de alto abajo con brillo fijo, y para que el gasto de ambas sea constante, se usan, para animarlas por la corriente, máquinas de corrientes alternativas. Duran dos horas y cuestan 30 céntimos. Cada soporte, rodeado de un globo de cristal deslustrado, puede contener tres, cuatro y hasta seis bujías, que se consumen sucesivamente, haciendo pasar con la mano ó automáticamente la corriente de una á otra, cuando aquélla va á



Lámpara Sol, de Clerc.

terminar y ésta empieza, de modo que la duracion del alumbrado puede prolongarse hasta ocho ó doce horas.

Esta bujía, regulador constante, vino á resolver de plano el problema de la divisibilidad de la luz, y á su autor se debe, sin duda alguna, el imponderable beneficio de la aplicacion doméstica y práctica del alumbrado eléctrico.

El éxito de la invencion, repetimos, fué inmenso.

Hoy mismo brillan más de 2.800 bujías Jablochhoff en diferentes naciones cultas de la tierra. Su mérito no está en la bondad de la luz, sino en la sencillez del aparato. Su luz no es fija, ofrece muy desiguales tintas, fatiga la vista, y á lo mejor se extingue. En cada circuito sólo pueden encenderse de 5 á 6 bujías, y para mayor número hay que construir máquinas especiales. Cada bujía da una intensidad neta de 35 mécheros Cárcel; pero con el uso de los globos de vidrio deslustrados y con la pérdida por inclinacion, la radiacion utilizable queda reducida á 12 ó 15, cantidad que, como se ve, es muy inferior á la que producen los reguladores de division. A pesar de estos inconvenientes, continúan alumbrados por tan sencillo sistema la avenida de la Ópera, el Hipódromo, los grandes almacenes del Louvre, el Gran Hotel y el Hotel Continental, los muelles del Támesis y el puerto de Havre. Sensible es, por lo mismo, que la compañía explotadora no se esmere en perfeccionar la primitiva bujía, porque aunque se han reformado la composicion de los carbones y la del aislador, aún ofrece inconvenientes que le han hecho quedar muy á la zaga de otros focos eléctricos.

Esta bujía da luz por el arco voltáico y tambien por la incandescencia de la sustancia aisladora, de modo que puede asegurarse que no pertenece en absoluto á la clase de las luces de arco voltáico, sino que es una lámpara *mixta*.

Por más que no puede considerarse como bujía, por su forma especial, á esta clase mixta pertenece tambien un notable foco luminoso imaginado por Clerc y Bureau, ya concebido hace algunos años por Staite y Baro, y que se conoce con el nombre de *Lámpara Sol*. Sabido es el gran efecto luminoso que se obtiene al hacer incidir la luz del hidrógeno y del oxígeno en combinacion sobre un trozo de cal ó de

magnesia. Si se hace brillar el arco voltaico en el seno de una cavidad de magnesia ó de cal, ¿adquirirá también su luz ese admirable esplendor?

Clerc ha contestado categórica y admirablemente al construir su lámpara. Compónese ésta de dos carbones inclinados, que penetran en dos orificios abiertos en un bloc de materia refractaria, mármol, magnesia ú otra, en cuya parte inferior hay hecha una cavidad prismática. Los carbones no pueden salir por el extremo de los orificios en los que asoman sus puntas, distantes una de otra algunos milímetros, cuyo espacio ocupa la base de la cavidad. Al pasar la corriente, el arco salta de uno á otro, su elevada temperatura pone en incandescencia al mármol, y esta incandescencia aumenta considerablemente la luz, como sucede con la cal en el aparato Drummond. Los carbones, conforme se gastan, descienden por su propio peso y la luz se mantiene admirablemente fija. El bloc de materia refractaria se compone de ocho trozos distintos: dos de granito que sirven de soporte á otros dos de piedra blanca que dan paso á los carbones, dos de mármol y dos superiores que completan la forma prismática del conjunto. Todo él está contenido en una caja ó armadura de hierro, que se abre perfectamente para renovar los trozos de mármol. La posición de la luz es constante, de un tinte blanco dorado muy esplendoroso y agradable. Como el hueco del bloc mira hácia abajo, en esa misma dirección se proyecta la luz; pero puede fácilmente modificarse la disposición de las piezas y hacer que irradie en diversos sentidos. Cada carbon se consume un centímetro por hora, los blocs duran veinte y el gasto total es de cinco céntimos por hora y lámpara. Tiene tan notable invento el inconveniente de exigir mucha fuerza motriz, porque llega á absorber hasta la de tres caballos por lámpara, produciendo 56 mecheros por caballo. En las galerías de la Exposición hay 12 lámparas-sol y alumbran además el pasaje Jouffroy, la alcaldía de la calle Drouot y el panorama de Westminster en Londres.

Con el invento de la bujía Jablochhoff ocurrió lo que con todos los de alguna trascendencia: tuvo muy pronto reforma-

dores que lo trataron de perfeccionar. Entre ellos sobresalieron Wilde, Jamin y Debrun.

*La bujía de Wilde* se diferencia de aquélla en que no tiene aislador sólido ni mecha. Los carbones distan sólo unos tres milímetros uno de otro. Cuando la bujía está apagada, uno de ellos está inclinado y en contacto por la punta con el otro. En cuanto pasa la corriente y brilla la luz, un pequeño electro-iman colocado debajo del inclinado le separa, poniéndole vertical. Si la bujía se apaga, de nuevo el carbon se inclina y se enciende. Debajo de los soportes hay unos resortes que empujan hácia arriba á las barras, á medida que se consumen; la longitud de ellas es de 65 centímetros, de modo que cada bujía dura tres horas. Como no tiene colombin aislador incandescente, no ofrece su luz el cambio de tonos desagradables que la primitiva.

El académico *Jamin* modificó también la bujía Jablochhoff, suprimiendo el aislador y haciendo arder los carbones por su parte inferior. Para mantener el arco fijo en ese punto, rodeó su bujía de un cuadro circular oblongo, de madera, como el de un galvanómetro primitivo, por cuyos lados exteriores ajustó un hilo conductor dándole gran número de vueltas. Las corrientes, al circular por este hilo múltiple, atraen á la que pasa por el arco y la fijan. Pero este cuadro absorbe mucha corriente y mucha fuerza, proyecta mucha sombra y en realidad no fija la luz, ni mucho ménos. Sus resultados son muy poco satisfactorios. En las galerías del Palacio hay una fila de 60 bujías de esta clase, y las salas V y VI están también alumbradas con ella. En Lóndres se han adoptado en el panorama de Leicester Square.

*La bujía Debrun*, modificación de la primitiva por este profesor de la Facultad de Ciencias de Burdeos, carece también de aislador, los carbones se encienden por su base, donde están en contacto al principio, regulados por un electro-iman. Al entrar en combustion, se separan y el arco sube, sin cuadro de induccion, hasta los extremos superiores, donde brilla y queda fijo. Duran estas bujías de tres á seis horas, con un coste de 35 á 60 céntimos. Se las ve en la Exposicion en la instalacion especial de la Compañía Debrun.

Todas las bujías tienen el grave inconveniente de producir una especie de ruido ó vibracion muy molesta, que les hace perder gran parte de su mérito. Son focos de luz muy poco económicos, y si no se perfeccionan mucho, es imposible que sostengan la competencia con los reguladores ni con las lámparas de incandescencia.

## IV.

## LÁMPARAS DE INCANDESCENCIA.

EN EL VACÍO.—*Lámpara Edison*: Habiéndose propuesto el célebre físico de Menlo-Park resolver el problema del alumbrado eléctrico por incandescencia, empleó, como hemos dicho, en sus largos ensayos el platino, el rodio y el iridio y aún estos mismos metales recubiertos de óxidos metálicos, pero sin éxito alguno. Pensó despues en construir hilos de carbon del mismo diámetro que el de los metales. El carbon, se dijo, tiene á igual temperatura una potencia radiante luminosa superior á la del platino; su capacidad calorífica es menor; puede, pues, elevarse á mayor temperatura que éste con ménos calor; opone 250 veces más resistencia al paso de la corriente, y, en fin, no se funde. Pero ¿cómo dar al carbon el diámetro y forma de un hilo capilar? Por bien que se prepare, es un tanto maleable, sí, pero se corta y se amolda mal. Cuéntase que un día, al encender Edison un cigarro con una tira de papel arrollada en espiral, y al ver que el papel quemado y reducido á carbon, al desembarazarse de sus cenizas quedó en forma de filamento resistente, concibió la idea de utilizar el carbon de papel para sus ensayos. Hizo fabricar papel especial de muchas clases y de múltiples procedencias, obtuvo hilos muy resistentes, pero la luz producida con ellos no presentaba la fijeza debida, por efecto de la desigualdad de las fibras que constituyen el papel.

Para tener fibras iguales era necesario buscarlas en los vegetales mismos, y, en efecto, Edison analizó y estudió las de

muchas plantas diversas, y envió personas entendidas á Cuba, al Brasil, á las Indias y al Japon, para que buscaran y llevaran á su casa ejemplares de troncos y tallos de árboles especiales. Una de ellas, Mr. Moose, recorrió la China y el Japon, y halló una especie de bambú, de fibra muy regular y fina, á la que Edison dió la preferencia por sus cualidades sobresalientes para la produccion de filamentos de carbon igual y homogéneo. Edison lo inventó todo: los aparatos de diseccion de las fibras, de corte, de colocacion en los crisoles, de carbonizacion, y de ajuste en los resortes de los reóforos. Cada hilo de carbon tiene  $\frac{1}{5}$  de milímetro de diámetro y 12 de largo y en forma de  $\Omega$ , y por millares se colocan en los crisoles, se carbonizan rápidamente y salen del fuego negros, relucientes y flexibles como un pelo de la crin de caballo.

Una vez así obtenidos, se fijan á dos hilos de platino especialmente preparados, para que no se calienten ni dilaten mucho, y contenidos en un tubo de vidrio, cuyo tubo, con los soportes y el hilo, se suelda al globo de vidrio que constituye la lámpara. El globo tiene un orificio en su parte superior, por el cual se hace el vacío en él, por medio de bombas automáticas, de grande efecto, ideadas y construidas por Edison tambien. Mientras se hace el vacío, ó enrarecimiento grandísimo del aire, se deja pasar la corriente por el hilo de carbon para que salgan de él los gases que pudiera retener entre sus poros, con cuya operacion adquiere una solidez, una homogeneidad y una resistencia considerables, en términos que parece un hilo de platino. Hecho el enrarecimiento, se cierra el globo á la lámpara, y el aparato puede ya funcionar, sostenido, suspendido, en reposo, en movimiento, en el aire ó en el agua, en la atmósfera pura ó en la viciada de las minas.

Segun la forma sencilla, doble ó múltiple que se dé á los hilos, y la intensidad de la corriente, así aumenta ó disminuye la luz de cada lámpara. Tomando como tipo el alumbrado ordinario, hay lámparas equivalentes á 1 y 2 mecheros Cárcel, con excelente luz, por completo semejante á la del gas. Dura cada carbon de 1.000 á 1.200 horas, es decir, de 6 á 7 meses, con 5 horas de alumbrado diario, y cuesta cada lámpara 5 reales. Aseguran que en Menlo-Park se construyen

cada día 2.000 lámparas, ocupándose en esta tarea 60 obreros.

¡Ojalá fuera tan sencillo y tan barato el producir la electricidad que alimenta las lámparas y el conducir las corrientes al través de largas distancias! Hoy, que la industria del alumbrado eléctrico empieza, todo esto es difícil y muy caro; pero los obstáculos mecánicos y económicos desaparecerán pronto, gracias al potente influjo de los progresos. Edison, con su genio, ha abierto el camino para llegar á vencer todas las dificultades. Además de su lámpara, ha inventado máquinas dinamo-eléctricas especiales, distributores, indicadores, contadores y reguladores de las corrientes. En la Exposición se admiran todos estos elementos necesarios, que se han puesto en práctica en la ciudad de Nueva-York. Como se canaliza la conducción del gas, así se tienden los conductores eléctricos, subterráneamente, en tubos llenos de una sustancia muy aisladora. El alambre conductor es doble, de forma semicilíndrica, de 2 centímetros de grueso en la línea general, y de uno en las líneas de distribución á domicilio, dimensiones que pueden variar según las circunstancias. En los puntos de cruce y ramificación de las líneas hay una caja, ingeniosamente dispuesta, donde por medio de unas pinzas especiales se unen los hilos principales de ida y vuelta á los derivados, no directamente por cierto, sino por el intermedio de una lámina de plomo, para evitar que por un aumento considerable casual de la intensidad de la corriente, los conductores delgados se pongan incandescentes y produzcan las consiguientes averías. Al fundirse el plomo intermedio se rompe la comunicación, y el peligro cesa. Llámense estas placas de seguridad *Cut-off*, en América.

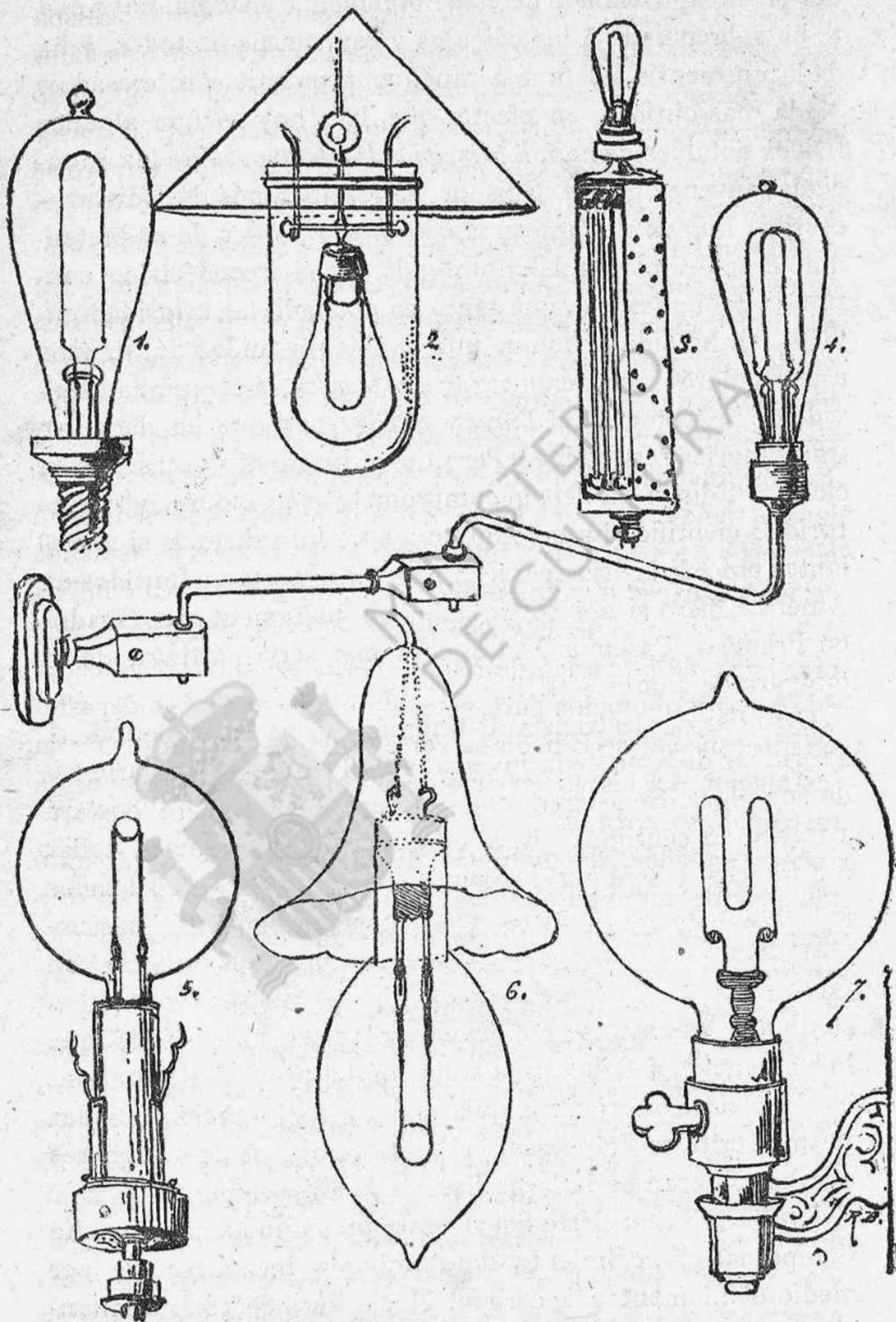
En el interior de las casas los conductores son hilos sencillos bien aislados, que van á parar cada uno á una birola de cobre, de dos que existen aisladas entre sí, formando un anillo que está fijo al pie ó mango de la bomba de la lámpara. En el hilo de acceso hay también en el interior del mango una porción de hilo de plomo, como parte de garantía contra las corrientes muy intensas. La comunicación activa ó contacto entre el conductor y los hilos de la lámpara se esta-

blece por medio de una llavecita lateral, cónica y de ancha superficie, para que reduzca á una cosa insensible la chispa que salta cuando se cierra el paso de la corriente. Las lámparas se aplican á todas las formas de iluminacion, simples ó compuestas, como sostenes sencillos, candelabros, arañas y juegos de luz. En la Exposicion brillan 160, cuyo número se aumentará considerablemente estos mismos dias.

Edison ha presentado tambien, como hemos dicho, su máquina generadora, un tanto semejante á la de Siemens. En ella la bobina da vueltas entre los polos de un electro-iman vertical de gran fuerza. La corriente auxiliar que alimenta las espiras del electro-iman se toma en derivacion de la corriente general producida. El nuevo modelo de máquina de Edison, instalada últimamente para aumentar el número de luces, tiene el gran electro-iman horizontal, é inmediato á ella está la caldera económica tipo Wilson, de 150 caballos de fuerza, capaz de alimentar 2.400 lámparas de ocho bujías á la vez, ó 1.200 de diez y seis, que es la destinada á alumbrar parte de la ciudad de Nueva-York, donde hay ya cerca de tres mil abonados para este alumbrado. En el departamento especial de Edison se ven los planos y estudios de la instalacion del nuevo servicio de iluminacion de la populosa metrópoli americana.

Su regulador, de manivela de cuadrante, es un aparato tan sencillo como admirable, y sirve para aumentar ó disminuir en un momento dado la intensidad de la corriente que produce la máquina y para animar á voluntad el movimiento de la caldera que produce la fuerza.

Un galvanómetro de reflexion ó de espejo proyecta constantemente sobre un plano horizontal dividido un punto luminoso, que por su mayor ó menor intensidad y por su posicion, indica el estado y fuerza de la corriente en toda la red de distribucion de ella, de modo que un solo empleado, de guardia en estos aparatos, puede dar á la corriente mayor ó menor intensidad, y sabe sin cesar cuál es la que adquiere en toda la línea y en cada uno de los puntos de derivacion ó servicio particular. Los fotómetros y contadores de la luz no son ménos sencillos ni admirables.



1, 2, 3, 4. Lámparas Edison.—5. Lámpara Swan.—6. Lámpara Lane-Fox.  
7. Lámpara Maxim.

Más adelante nos ocuparemos de la importante cuestión del precio aproximado de este notabilísimo sistema, cuyo éxito ha sobrepujado á los cálculos y esperanzas de todos, y ha dado un mentís solemne á muchos pronósticos interesados. Nada más curioso, en efecto, que leer hoy lo que algunos físicos notables decían, *á principios de este año*, sobre las anunciadas invenciones de Edison. «Prescindamos de Edison—escribia uno en un famoso *Anuario científico*—y de su pretendido descubrimiento del alumbrado por el arco eléctrico continuo. Esta cuestión, que tanto ha excitado la curiosidad pública, no ha sido más que una maniobra audaz de algunos especuladores americanos; *jugada de bolsa*, á la que han servido de instrumento el *Times* y el *Fígaro*, y que ha dado extraordinarios resultados. Pero no se juega dos veces con la ciencia. Edison ha dejado comprometer su nombre, y su autoridad científica ha perdido mucho. No sabemos si semejantes procedimientos parecen naturales y están admitidos en América, pero sí nos consta que son justamente reprobados en Francia. Pasemos á otra cosa más seria, á tratar de la lámpara de Jamin.» (!!!!)

Otro físico, electricista distinguido, decia en su periódico, al criticar duramente la invencion de Edison y al negarle todo su valor: «Se asegura que la lámpara de Edison costará 1 franco 25 céntimos. Esta cifra causa risa; dígase 1 dollar ó 5 francos, y será más verosímil... Los progresos realizados por Jamin con su lámpara son incomparablemente más importantes que los que la prensa americana nos anuncia con tanto ruido para entretenernos.» Y, sin embargo, aún no hace un año que esto se publicaba, y Edison ha probado que habia vencido á todos en la solución del problema del alumbrado eléctrico, mientras que, por confesion reciente de los mismos críticos franceses, la bujía Jamin es de las peores que hoy figuran en la larga lista de la Exposicion.

*Lámpara Swan:* Este físico venia preparando hace mucho tiempo su procedimiento de alumbrado incandescente por medio de filamentos de carbon. Hacia fines de 1880 se anunció por fin que habia llegado á obtener un resultado decisivo. Su filamento de la lámpara no procede de una fibra de bam-

bú, como en la de Edison, sino de una mecha de algodón empapada en ácido sulfúrico diluido, que apergamina dicha sustancia. Los hilos así preparados se introducen en crisoles rellenos de polvo de carbon, donde se carbonizan y adquieren una gran resistencia. Colócanse en forma de herradura, con un anillo en el centro, en globos de vidrio vacíos, para que así en su parte alta y media del hilo se acumule mayor cantidad de luz. Esta es más clara, de ménos calor y de más intensidad que la de Edison, porque, para la misma corriente, llega á brillar como doce ó veinticinco bujías, mientras que la de éste sólo alcanza de ocho á doce. Los extremos del hilo, un tanto aumentados de diámetro, encajan en dos piezas ó porta-carbones de platino, que parecen verdaderos porta-lápices y que están sostenidos en la base de la lámpara por una placa de vidrio. Estos sostenes de platino comunican con dos láminas de resorte, colocadas exteriormente; para ajustar la lámpara en su soporte basta apretar estas láminas y soltarlas en seguida, y la corriente se establece.

Empléase esta lámpara en Newcastle, residencia del inventor, en el *Chateau* de Spottiswoode, el ilustre presidente de la Sociedad Real de Lóndres, y alumbra en la Exposicion la sala del Congreso, el pabellon del *Post-Office*, la sala del *buffet*, y otros departamentos.

En su alimentacion se usa variedad de aparatos generadores, ya las máquinas Brush, las de Siemens, las de corrientes alternativas de Meritens, que parecen ser las más á propósito, ó ya los acumuladores Faure. Con la máquina Brush, de gran tension, se llega, segun dicen, á alimentar 160 lámparas dispuestas en diez y seis circuitos paralelos.

Las lámparas *Lane-Fox* y su sistema se diferencian de los dos anteriores en la naturaleza y colocacion del hilo de carbon, y por el ingenioso sistema de distribucion eléctrica, con el cual la intensidad de las corrientes al llegar á las lámparas se regulariza por dos aparatos automáticos. Los filamentos de carbon son fibras vegetales vulcanizadas, esto es, combinadas con azufre é impregnadas en oxiclóruo de zinc, que se carbonizan al rojo y adquieren gran tenacidad. Colócanse, en los globos de vidrio, en forma de  $\Omega$ , como los de Edison,

haciéndose también en ellos el vacío, durante la primera incandescencia. Tiene el hilo de carbon el mismo diámetro en toda su longitud, y sus dos extremos van introducidos en dos cilindritos de plumbagina, á los que llegan por la parte opuesta los dos hilos de platino del circuito. Estos hilos son de bastante diámetro, y está, cada uno de ellos respectivamente, dentro de un tubo de vidrio, soldado por su parte anterior á la plumbagina, y por la posterior á un vasito ó ampolla común de vidrio, rellena de guata de algodón. En ambos tubos, al rededor del hilo de platino, hay una pequeña cantidad de mercurio, y el vasó que los une, por cuyo fondo entran los hilos de cobre del circuito, está perfectamente cerrado y enlodado con yeso.

Con esta disposicion, aumentados los contactos metálicos en superficie, se logra disminuir mucho la temperatura producida por el paso de la corriente al llegar á los capilares hilos de carbon.

Los globos de estas lámparas son deslustrados unos hasta su mitad, y limpios otros. El regulador que mantiene siempre fija la intensidad luminosa forma parte del mismo circuito que las alimenta y funciona automáticamente. Dos ruedas dentadas, colocadas en un mismo eje, y cuyo movimiento excitan varios electro-imanés, hacen oscilar en un cuarto de círculo una palanca que lleva en su extremo un frotador, que toca á un arco ó línea de contactos, correspondientes á otros tantos elementos de resistencia de distinta intensidad. Cuando la corriente es muy grande, el frotador establece el contacto con una resistencia mayor aún, y la intensidad de aquélla vuelve á su grado inicial y vice-versa. Por cada caballo de vapor pueden alimentarse de 7 á 8 lámparas de 12 bujías cada una. Alumbran en el palacio estas lámparas la sala de lectura, una de las telefónicas y el pabellon de la compañía Brush.

*Lámpara Maxim:* Su grueso filamento incandescente está formado por carbon de carton bristol, mecánicamente cortado en forma de M. Despues de calentarlo al rojo entre dos planchas de fundicion, se introduce en una atmósfera de hidrógeno muy carburado, de gasolina, que llena los poros del

filamento de moléculas de carbon, dándole extraordinario poder conductor para el paso de la corriente. Se le coloca en la lámpara, se hace en ella el vacío y se le pone incandescente, con lo cual acaba de carbonizarse, al mismo tiempo que los gases que en ella hay encerrados se evacuan por la continuacion de la formacion del vacío. El filamento de carbon se une á los hilos del circuito por medio de unos tornillos muy pequeños; estos hilos se adhieren á la base de la lámpara con una especie de cemento azulado, que forma como un esmalte, que se suelda al vidrio con entera facilidad y perfeccion.

Maxim ha presentado, además de su lámpara, máquina generadora y aparato regulador de la corriente. En la máquina, las bobinas, semejantes á las de Gramme, giran entre dos electro-imanés, colocados verticalmente sobre y debajo de ellas. La disposicion de las bobinas permite recoger á voluntad, juntas ó separadas, continuas ó alternativas, las corrientes que producen, por lo cual estas máquinas se emplean lo mismo para la obtencion de luz por incandescencia que por arco voltaico. Una máquina diminuta, excitatriz, suministra la corriente inicial que anima las espiras de los electro-imanés. Sobre ésta obra por medio de unas escobillas metálicas el regulador de la intensidad de la corriente, que constituye un aparato de extraordinaria sensibilidad, aunque tiene el defecto de accionar con la lentitud suficiente para que, cuando se han apagado diversos focos en un circuito, antes de que obre, se eleva tanto la temperatura de los carbonés que siguen encendidos, que se rompen y concluyen por apagarse todos, cuyo defecto lo corrige Maxim con una disposicion especial que da al regulador, gracias á la cual todas las luces se apagan por una fraccion de segundo, volviendo á encenderse instantáneamente.

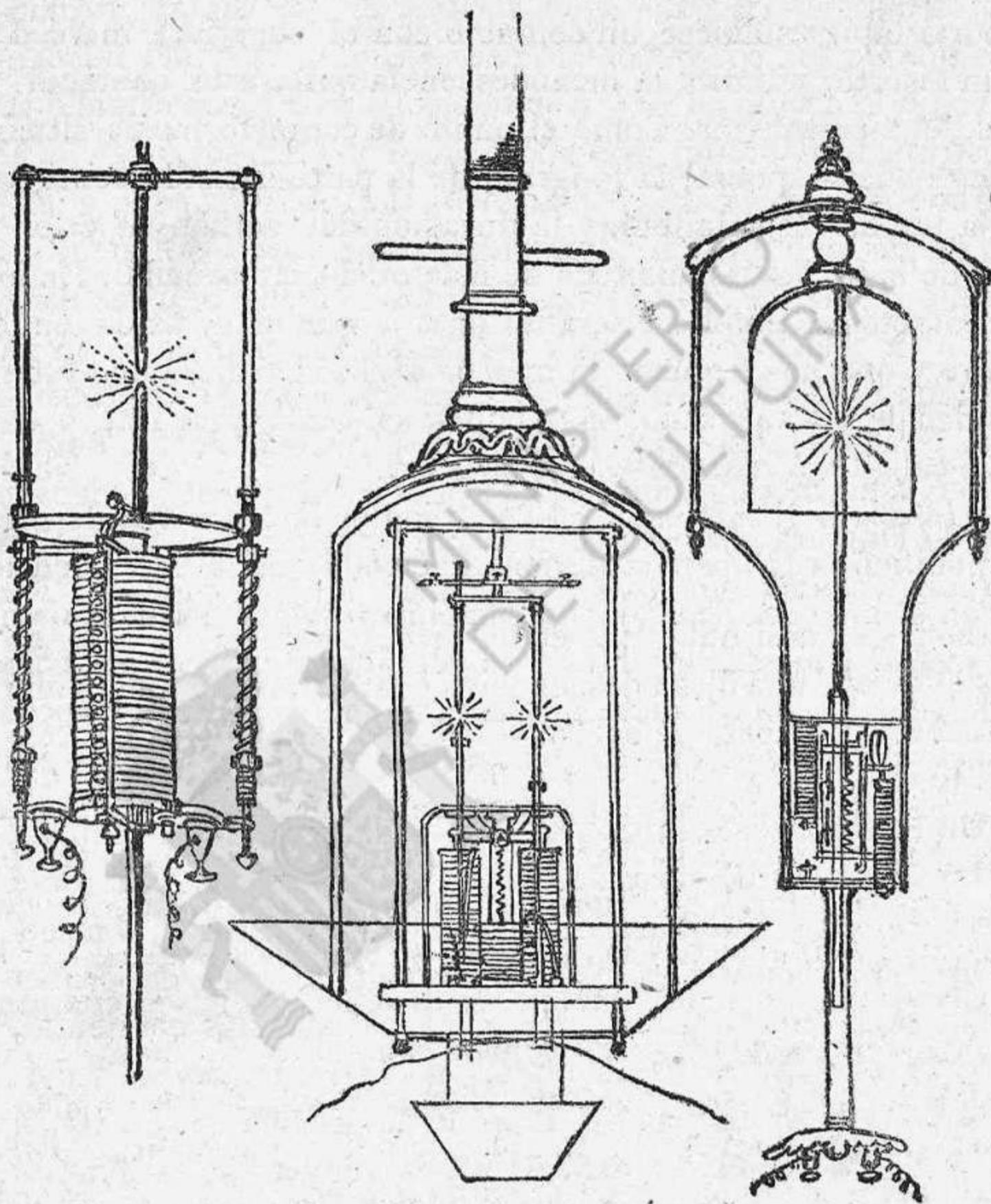
Tiene esta lámpara extraordinario brillo; alumbrá más que ninguna otra. Por cada caballo de vapor llegan á alumbrarse 6 lámparas de 25 bujías, cuya intensidad puede aumentarse más aún. Hace bastante tiempo que en América se explota en grande industrialmente este alumbrado, por la *United States Electric Lighting Company*, la cual emplea más de 500 obreros en la construccion de lámparas y máquinas.

En esta seccion de las lámparas, cuyos carbones arden en el vacío, fuera del contacto del aire, ó en gases inertes, puede colocarse la *modificada de Jamin* ó de arco voltaico en el vacío, producido por la combustion inicial. Al hacer arder la bujía de Jamin, ya descrita, en un globo lleno de aire y perfectamente cerrado, se ve llenarse éste de vapores rutilantes producidos por la combinacion del oxígeno y del nitrógeno bajo la accion de la corriente eléctrica. El gas formado se destruye bien pronto, el ácido hiponítrico da su oxígeno al carbon incandescente, y quedan en el globo nitrógeno y óxido de carbono incoloros, en cuyo caso, el arco voltaico, es ya fijo, brillante y sin variacion alguna en su color azulado ni en su posicion. Los carbones ya no se gastan, sino en la mínima cantidad de 0<sup>m</sup>,002 por hora; cada bujía dura 160 horas, y cada lámpara 800 horas, ó 24 noches de 10 horas. «Con esta modificacion—dice Jamin—se puede asegurar que la lámpara eléctrica es perpetua; que basta renovar los carbones cuando se la vaya á limpiar; que el gasto de los carbones es casi nulo; que es indiferente su calidad; que su luz adquiere una fijeza desconocida hasta ahora, y que, como se sabe, la lámpara se enciende por sí sola en cuanto su corriente se cierra.»

DE INCANDESCENCIA EN EL AIRE.—Antes de que se hablara de las lámparas de incandescencia en el vacío, empezaron á darse á conocer las llamadas de contacto imperfecto, tan sencillas como económicas, y cuyos resultados son de primer orden para determinadas aplicaciones. Nada más elemental, en principio, que estos aparatos: una barra de carbon movable se apoya en un disco ó trozo de la misma sustancia; á causa de las oquedades del carbon, el contacto no es completo; se hace pasar la corriente, la resistencia es grande, la punta del contacto se calienta, se hace incandescente, el carbon inmediato arde tambien, la combustion se verifica y el brillo de la luz se aumenta sobremanera. A esta clase pertenecen, entre otras, las siguientes:

*Lámpara Reynier*: En 1877, despues de una tentativa hecha por Varley, presentó este físico su curiosa lámpara, consistente en una barrilla de carbon, que por su propio peso se

apoyaba sobre un disco cilíndrico del mismo cuerpo. A medida que la barra se quemaba, su descenso establecía constantemente el contacto con el sosten. Los primeros carbones de la lámpara Reynier tenían 2 milímetros de diámetro, 30 centímetros de longitud, y duraban 2 horas, y con el empleo de



Lámparas Reynier, Joel, Werderman.

este aparato se dió por resuelto el problema de la divisibilidad de la luz eléctrica. Más adelante se cambiaron su disposición y su forma, porque el cilindro inferior de carbon se alteraba con las corrientes intensas de las máquinas, porque se necesitaba emplear una barra superior muy larga y pesada, por-

que habia que arreglarlo cada dos horas, y porque se trastornaba con facilidad el mecanismo muy delicado de báscula, del cilindro de carbon. En la nueva forma de lámpara suspendida con bomba, el carbon superior movido por un peso, se pone en contacto con un pequeño tope fijo del mismo cuerpo. Un tubo oblicuo lateral, con carbon, una especie de porta-lápiz establece un contacto con el superior, merced á un resorte, y limita la incandescencia entre este contacto y el del tope inferior. Como el punto de contacto puede situarse donde se quiera, la longitud de la parte incandescente varía tambien á voluntad, y la duracion del carbon superior y la de la luz, se regulan así de este modo tan sencillo. En los contactos se emplea el grafito natural que no se oxida en el aire y que no se quema tampoco. La luz adquiere una intensidad de 8 á 14 mecheros ó bujías en cada lámpara, y con un caballo pueden obtenerse de 4 á 6.

*Lámpara Werderman:* El físico inglés Ricardo Werderman modificó la lámpara anterior, haciendo que la barra de carbon se moviese de abajo á arriba impelida por un mecanismo especial y fuese á establecer su contacto y punto de incandescencia, con un disco fijo de la misma sustancia, colocado superiormente. Tambien en esta lámpara, como hemos visto en la anterior, se hace que éntre en incandescencia una parte determinada de la barra, á voluntad, por medio de un contacto lateral que forman dos resortes metálicos, que eliminan las resistencias inútiles y fijan la longitud de la parte incandescente. Aunque muy sencilla en su composicion y en su aspecto, ha exigido esta lámpara más de dos años de constantes observaciones y reformas para llegar á ser un aparato de verdadero uso práctico y de excepcionales condiciones. Hoy puede asegurarse que es uno de los más notables focos eléctricos que se conocen. En sus circuitos se encienden y se apagan las lámparas á voluntad, y del mismo modo se aumenta y disminuye su intensidad por medio de resistencias convenientemente distribuidas. Es por lo demás una lámpara que ofrece poca resistencia y que necesita corrientes de gran intensidad y cables de bastante dimension. Funciona con máquinas de corrientes continuas y

alternativas. Brillan estos focos en la sala del teatro en la Exposición, formando una araña de veinticuatro lámparas y otras seis en la rampa de la escena; en la sala III del buffet, en el salón del presidente y en los diez grandes candelabros de la gran entrada central del palacio.

Modificada muy ingeniosamente constituye la *lámpara de Napoli*: El ingeniero de este nombre ha suprimido, en efecto, el contrapeso superior, sustituyéndolo con un sistema de palancas articuladas, que aumentan considerablemente la presión de los resortes de contacto sin que la lámpara pierda nada de su sensibilidad; ha dispuesto las poleas inferiores de tal modo que permiten utilizar mayor longitud del tubo de sosten en la marcha de la barra de carbon ascendente, y ha colocado un disco ó tope metálico en vez del de carbon, con todo lo que, consiguiendo los mismos efectos, logra dar un aspecto mucho más sencillo y elegante al aparato. Cada foco tiene una intensidad de veinte á veinticinco mecheros.

La *lámpara Trouvé* es como un juguete, reducción de las de esta clase, y que utilizando barras de carbon muy fino produce una luz de algunos mecheros. Cárcel con una pila de seis pares Bunsen.

La *lámpara revólver* de Thomassi está dispuesta en forma de círculo, alrededor de un tubo de hierro de tres centímetros de diámetro, y hace girar sobre un pie á un número determinado de carbones de corta longitud. A medida que uno se consume, entra el siguiente en el circuito, impulsado por un mecanismo de relojería.

En la *lámpara Joel* se ha simplificado sobre manera el mecanismo que determina los contactos de las de Werderman y Napoli, y se ha logrado dar completa independencia á cada aparato en el circuito general. Una cuerda sin fin sostiene en la parte superior un peso, que determina el descenso de la barra de carbon, cuya punta va á tocar á un tope de cobre, en el punto de la incandescencia. Encima del tubo que contiene á la barra hay un electro-iman de hilo fino, que regula la abertura de las pinzas en que termina el tubo, para dejar descender regularmente al carbon, cuando se separa mucho del tope y tiende á formarse el arco volta-

co en vez de la incandescencia del contacto. En los casos en que la barra se haya gastado por completo ó en que convenga renovarla, se hace uso de dos tornillos-botones colocados en la parte lateral é inferior del aparato. En la seccion inglesa es donde brillan varias lámparas de este sistema.

Dos graves inconvenientes tienen todos estos aparatos de incandescencia en el aire: la necesidad de renovar á menudo los carbones y su coste relativamente excesivo.

## V.

CARBONES.—MÁQUINAS.—COSTE.—INTENSIDAD.—FOTÓMETROS.  
EFECTOS DE LA LUZ.—DESARROLLO DE ESTE ALUMBRADO.

Siendo, como se ve, el carbon la única sustancia que se emplea en la produccion de la luz eléctrica, se comprenderá el gran empeño que los físicos han tenido, y tienen, por obtener carbones artificiales que reúnan las condiciones necesarias para lograr los mejores resultados. Davy empleó en sus experiencias el carbon de leña, y Foucault usó el formado con carbon de retorta, pero aún éste ofrecia graves inconvenientes. Las cualidades que debe reunir el carbon para la produccion de la luz, son: perfecta homogeneidad; gran densidad, y conductibilidad por consiguiente; la mayor cantidad de carbono puro posible y facilidad de ser cortado ó preparado en forma conveniente. El de retorta sólo tiene la buena condicion de la densidad.

Ahora bien; ¿cómo han tratado los físicos de proveerse de carbones que reunieran en lo posible esas cualidades?

Por tres diversos procedimientos.

1.º Tallando ó serrando las barras en los bloks ó trozos de carbon de las retortas del gas, despues de haberlos destilado y purificado, operacion que, aunque daba muy buenos productos, era costosísima. Emplearon este procedimiento Foucault y Bunsen (1842) y Jacquelain (1876).

2.º Constituyendo una especie de armadura de carbon y rellenándola completamente de una disolucion carbonosa, un hidrocarburo líquido, melaza, disolucion de azúcar ú otros. Así lo hicieron Watson y Slater (1852); Lacassagne y Thiers (1857) y Peyret recientemente.

3.º Formando una mezcla íntima de materias carbonizadas sólidas y de un líquido aglomerador dando á la mezcla una forma determinada en aparatos á propósito, desecándola, llenando los poros resultantes con carburo líquidos y sometiendo de nuevo el todo á la temperatura del rojo.

Así Staite y Edwards usaron (1846) polvo de cok y disolucion de azúcar. Lemolt (1849) carbon de madera y carbon de retorta pulverizados y alquitran líquido; Curmer negro de humo y bencina y esencia de trementina; y, en fin, en estos últimos años Archereau, Gramme y Gaudin han empleado carbon en polvo, óxidos y sales y disoluciones de azúcar. Entre otros cuerpos, usaron en sus experiencias fosfato de cal y de huesos, cloruro de cálcio, borato de cal, sílice precipitada pura, magnesia, borato de magnesia, alúmina y silicato de alúmina.

Carré añade al carbon en polvo óxidos metálicos, cuya influencia en la composicion y resultados es admirable. A este físico se deben los mejores carbones conocidos, y hoy por hoy los más económicos. Fabrica en efecto mezclas especiales tan plásticas y consistentes á la vez, que se estiran perfectamente á la hilera con prensas de gran potencia. Los polvos de carbon y óxidos forman las mezclas empapados en jarabes de gelatina, goma y otros, obteniéndose barras cilíndricas de muy pequeño diámetro y de bastante longitud, de gran homogeneidad y densidad. El carbon de retorta da una luz equivalente á 103 mecheros (en los reguladores); el de Archereau á 120, y el de Carré á 180.

Aún parece que sobrepujan, sin embargo, á los carbones de Carré los que fabrica en Napoli, el reformador de la lámpara Werderman, compuestos de una mezcla de 25 partes de alquitran y de 75 de polvo del cok resultante de la destilacion de esta sustancia. Así la materia aglomerada y el aglomerante son de idéntica naturaleza y el carbon resulta

de una homogeneidad absoluta, que da mayor intensidad y más fijeza á la luz que la que se obtiene con los carbones Carré. Estos, en las lámparas Warderman, se consumen á razon de 25 centímetros por hora, mientras que los de Napoli sólo tienen un consumo de 7 á 8.

El insigne electricista P. Jablochhoff, al hablar de esta cuestion del consumo de los carbones, se opone á que se exprese en cifras de longitud del carbon gastado y propone y demuestra lo razonable que seria la adopcion de cifras que indiquen el peso en gramos de dicho gasto. «Las longitudes consumidas—dice—no dan idea alguna ni de la intensidad luminosa de los focos, ni de la cantidad de energía que absorben, mientras que el peso consumido, si no es matemáticamente proporcional á la luz producida, es dato muy aproximado, á lo ménos en lámparas de igual género.» Por lo demás, continúa hoy muy en boga el estudio de las cualidades de los carbones, así naturales como artificiales, relativas á su resistencia á temperaturas determinadas, y entre los trabajos más curiosos que se han publicado merecen leerse en los *Wiedeman's Annalen* los que resumen las experiencias hechas por el físico japonés Hanichi Muraoka.

Animan á los diversos focos luminosos que se han descrito, multitud de máquinas distintas, cuyo fundamento y disposicion se han indicado tambien en la parte correspondiente. Para que quede consignado aquí como detalle curioso, expondremos el siguiente resúmen:

Surten de electricidad á las lámparas Werderman, á las bujías Jablochhoff y á los aparatos Jamin las máquinas auto-excitatrices Gramme; á las lámparas Berjot las máquinas Meritens; á los reguladores Gramme la ordinaria del mismo nombre; otras del mismo género construidas por la casa de Dalmau é hijo, de Barcelona, á las lámparas Gramme; á las lámparas Jaspar las máquinas de este mismo autor; á los aparatos franceses, alemanes é ingleses de la casa Siemens, sus máquinas especiales, como las de Weston á sus lámparas diferenciales, y las de Edison, pequeño y gran modelo, á sus curiosas lámparas de incandescencia; á las lámparas Brush, Lane-Fox y Swan, la de Brush; la de Wilde á las bu-

jías de este nombre, y la de Lachausseé, modificación de la de Siemens, á las lámparas-sol de Clerc.

Dados los progresos, reformas incesantes y multiplicidad de focos, es hoy punto ménos que imposible decir nada concreto acerca del coste de la luz eléctrica, sujeto como está, además, á lo muy variable de las condiciones y circunstancias de la instalacion. Segun marchan los trabajos y estudios del alumbrado eléctrico, es seguro que las cifras que hoy resumen, con más ó ménos exactitud, el precio de los focos, habrán variado por completo antes de poco tiempo, y que empezando como está, la aplicacion industrial en grande escala de este servicio público reviste hoy las condiciones de carestía y de dificultad que son consiguientes, sobre todo en las naciones donde la industria constructora está á muy poca altura.

Por lo demás, se comprende que cuando la instalacion del alumbrado se hace en grande escala, cuando se necesitan emplear muchos focos, durante gran número de horas, el coste resulta proporcionalmente mucho menor que cuando se trata de un solo edificio, de una plaza ó de una calle de corta extension. Repetido está ya tambien que cada clase de focos tienen su empleo especial: los reguladores de foco único para los faros, para las grandes obras, para las proyecciones de guerra y marina: los reguladores de derivacion y diferenciales para las calles y plazas y grandes establecimientos públicos; así como las bujías múltiples; y las sencillas y las lámparas de incandescencia para los espacios de regulares y pequeñas dimensiones, como salas, galerías, comercios, bibliotecas y habitaciones de todas clases.

Con una máquina Gramme y un regulador Serrin, la luz es setenta y cinco veces más barata que con las bujías de cera, cincuenta y cinco más que con las de esperma y once más que con el gas á treinta céntimos el metro cúbico. Las lámparas de division dan un rendimiento bastante menor: en ellas se pierde mucha fuerza en calentar los diversos grupos de carbones, en contrarestar el constante enfriamiento de las superficies radiantes y en vencer numerosas resistencias. Es verdad que aunque el coste resulta elevado, tienen la gran

ventaja de la divisibilidad y distribución conveniente de la luz y que se la utiliza más á voluntad y con mayor provecho que en las de foco único.

En las bujías Jablochhoff y otras, los gastos de instalación corresponden por cada una á los de diez luces de gas, y se calcula, contando motores, máquinas, hilos y demás elementos, que se elevan á 1.600 francos por bujía. El gasto por hora es de unos 50 céntimos, que viene á ser el de diez ó doce luces de gas; pero como la luz es mucho más intensa, es preferible y más económico su uso en aquellos puntos en que para cada diez metros de extensión hay necesidad de sostener por lo ménos doce luces de gas.

El alumbrado por incandescencia es más caro que el de los reguladores. Sin embargo, según Edison y otros electricistas, aplicado á las ciudades importantes con todo el desarrollo y elementos que exige su instalación, resulta una tercera parte más barato que el gas. Para las instalaciones pequeñas todo proyecto de alumbrado eléctrico resulta hoy excesivamente caro, y sólo á los pueblos, á las compañías y á los particulares de grandes recursos les es dable el hacer ensayos, aunque siempre en grande escala. El querer consignar en cifras redondas el coste de cada sistema es hoy muy aventurado. La Exposición demuestra que el alumbrado eléctrico es posible, es realmente práctico, lo cual por sí solo constituye un inmenso progreso en un período de muy pocos años; de la contemplación del rápido desarrollo con que se ha verificado este progreso, se deduce que, tal vez muy pronto, añadirá á las cualidades de posible y práctico la de económico, tanto en las instalaciones grandes como reducidas, á cuya completa solución fuerza es confesar que no se ha llegado todavía.

La intensidad de las luces más notables por cada caballo de vapor puede indicarse resumida de este modo: contando ya, desde luego, con que en los grandes reguladores de luz única se puede acumular una potencia de luz equivalente á 1.000, 2.000 y 4.000 mecheros Cárcel:

Reguladores de division: de 20 á 40 <i>focos</i> distintos de 50 á 80 <i>mecheros</i> cada uno				
Lámparas de luz fija... de 4 á 8	"	"	de 50	"
Bujías..... de 4 á 20	"	"	de 30	"
Lámpara Edison..... de 10 á 12	"	"	de 8 á 16	"
Idem Swan..... de 12	"	"	de 12 á 20	"
Idem Lane-Fox..... de 7	"	"	de 10 á 16	"
Idem Maxim..... de 6	"	"	de 25 á 26	"
Idem Reynier..... de 5	"	"	de 8 á 14	"
Idem Werderman..... de 6	"	"	de 12 á 16	"

Lástima grande es, el que para la apreciacion de la verdadera intensidad luminosa de los focos sea el mechero Cárcel un tipo diverso en las naciones. En Francia, se llama así el tipo de una lámpara de resorte, de aceite de colza, que consume 42 gramos por hora y que equivale á siete bujías. En Alemania la lámpara Cárcel equivale 7,6 bujías, y en Inglaterra á 9,5. En Francia misma el tipo Cárcel, modelo de los faros, es diverso del ordinario, puesto que se refiere á una lámpara que consume 40 gramos.

No está resuelta aún la adopcion de un fotómetro especial para tal estudio de la verdadera intensidad de las luces eléctricas. Edison ha presentado uno; Grova otro y Helmholtz otro, llamado *leucoscopia*, cuya descripción, no muy necesaria aquí, prolongaría mucho este capítulo.

Es curiosa la opinion de algunos físicos acerca de los efectos de la luz eléctrica en el órgano de la vision. El profesor Cohn, de Breslau, deduce de sus experiencias que las letras, los signos y los colores se perciben mucho mejor con la luz eléctrica que con la luz del dia. El color amarillo se distingue con sesenta veces más intensidad, el rojo con seis y el verde y el azul con dos, tratándose sobre todo de distancias considerables. Segun los datos expuestos en una de las últimas sesiones de la Sociedad de ciencias naturales de Brunswick, el profesor Blasius, ponderando las ventajas de la luz eléctrica, ha recordado que no da lugar á la formacion de productos perjudiciales á la salud, como los de la combustion de muchos cuerpos y que evita todo peligro de explosion. Aunque en la formacion del arco voltaico hay combustion, se produce una cantidad de ácido carbónico muy escasa y no se desprende ningun gas deletéreo. El doctor Hoppe dió cuenta de sus experiencias

acerca de la potencia visual, y por consiguiente de la facilidad en la percepcion de los colores, bajo la accion de la irradiacion eléctrica. Con ella se perciben, en efecto, y sobre todo el amarillo, á mucha mayor distancia que con la luz del dia, conforme con lo indicado en 1879 por el referido profesor Cohn. La luz serena y dulce de los reguladores de division y de las lámparas de incandescencia, irradiada al través de globos de vidrio deslustrados, aunque tiene gran intensidad, no fatiga absolutamente nada la vista.

Caro y todo, hoy por hoy este alumbrado llama tanto la atencion en los pueblos emprendedores, que es ya increíble el desarrollo que va adquiriendo. Tres años lleva de verdadera propaganda industrial, desde la invencion de las bujías Jablochhoff, y maravilla en efecto la aceptacion que obtiene. Hé aquí una ligera indicacion de alguna de las principales instalaciones que se han hecho en el breve período de Mayo á mediados de Octubre de este año:

Ciudad de Lincoln, Inglaterra, fábricas de Robey, alumbrado Brush.

Vía férrea San Miguel-Leoben, Austria, locomotoras con lámpara eléctrica, alumbrada la vía hasta 300 metros delante del tren. (Ensayos.)

Paquebot norte-americano *Gity of Richmond* alumbrado con lámparas Swan.

Boston, alumbrados por el sistema Brush el Scollay Square, el Young-Hotel y los Tremon-House y Crawford-House.

Puerto del Havre, alumbrado con bujías Jablochhoff; contrato por diez años.

Docks de Chatham con 17 lámparas Brush.

Paquebot *Sérvia* con lámparas Swan.

En la ciudad de Lago Salado, los mormones alumbran con la luz eléctrica la mayor parte de los almacenes, hoteles y establecimientos públicos, segun una reciente descripcion publicada en el *Deutschen correspondenten*.

El gran buque torpedo *Polyfemo*, en Chatham, alumbrado por el sistema Brush; gastos de instalacion de los aparatos: 50.000 francos.

El club Royal Thames-Yacht de Lóndres.

La estacion de King's Cross de la compañía Great Northern Railway.

Las minas de hulla de Pleasley, cerca de Mansfield; 34 lámparas Swan encendidas en globos de seguridad Crompton, instalacion hecha bajo la direccion de los ilustres físicos Tyndall, Abel, Warrington y otros.

La Exposicion de Matanzas, en nuestra isla de Cuba, 50 lámparas Brush.

La estacion de Nápoles con 5 lámparas, equivalentes á 150 luces de gas.

En Dublin las calles de Nassau y Dawson y el Saint-Stephen's Green, con lámparas Brush.

La catarata del Niágara alumbrada por las noches durante todo el verano.

Las grandes fábricas de Packard en Ipswich, Inglaterra, con lámparas Burguin.

Las fábricas de algodón de Mackinnon, Marckenzie y compañía, en Calcuta.

Los navíos de la escuadra francesa con luz de proyeccion en las operaciones contra los puertos de la costa de Túnez.

Las minas de hulla de Mostym, norte de Inglaterra, lámparas Brush.

El teatro de Covent-Garden en Lóndres.

El puerto de Belfast en Irlanda.

La estacion del ferro-carril del Cabo de Buena Esperanza.

La administracion central de Correos de Lóndres; lámparas Brockie.

El Graben y la catedral de San Estéban en Viena.

La gruta de Dobscan, condado de Gomor, Hungría. (Ensayos.)

La ciudad de Cockermouth, Inglaterra.

Las oficinas del periódico *New Zealand Herald*, en Auckland, Oceanía, con lámparas Brush.

Los docks del puerto de Limerick.

El paseo del monte Pincio en Roma. (Ensayos.)

La ciudad de Liverpool.

El puerto de Dundee, Escocia.

Los docks Alfred Graving en Melbourne, Australia.

Muchos establecimientos públicos de La Haya, Utrecht, Amsterdam y Rotterdam.

Concesion de autorizaciones de empréstitos por el Parlamento inglés, para establecer el alumbrado eléctrico á las ciudades siguientes: Huddersfield 20.000 libras esterlinas; Wigam 20.000; Preston 10.000; Lancaster 5.000; Burton-upon-Trent 5.000.

Todos los buques de la compañía North Shore Flourand Rice Mill; lámparas Swan.

Los baños de mar de Scarborough, York.

El paquebot *City of Worcester*, con 170 lámparas Edison.

En Normandía, en Rouen, en Dieppe varios establecimientos, con lámparas diferenciales Siemens.

El panorama de Westminster, Lóndres, con 20 lámparas Sol.

La fortaleza y bahía de Christiania. (Ensayos.)

El polígono militar de Montpellier. (Ensayos.)

El puerto de Yokohama, Japon.

La Exposicion de Agricultura de Bergen-op-Zoom, Holanda; reguladores Crompton.

El mercado de Farrigdon road, Lóndres.

Las fábricas de algodón de Muir, en Cawmpore, India inglesa.

La fábrica de papel de Rossi en Schio, Italia, lámparas Siemens.

El gran túnel del Severn, Gales.

A esta lista, extractada de las notas inglesas, podemos añadir otras dos mucho más extensas, de otras instalaciones efectuadas en los Estados-Unidos y en Alemania. Calcule, pues, el lector, si en un período de cuatro meses el desarrollo del alumbrado eléctrico ha sido tan grande, hoy que da los primeros pasos, ¡cuál no será su desenvolvimiento cuando la ciencia realice los progresos que deben esperarse en sus aplicaciones á esta industria, y cuando abra ancho paso á las instalaciones económicas!

Natural es que en estos momentos palpite ya la lucha entre el alumbrado de gas y el eléctrico. Con los grandes y económicos progresos que se van realizando en el alumbrado de

gas, instalado como está ya en todo el mundo culto, la batalla ha de ser muy ruda; y lo que es por hoy, en algunas naciones, favorable á este sistema. La evolucion se hará poco á poco, no sabemos en cuanto tiempo, y tal vez concluirá en que continuarán los gasómetros fabricando gas, para mover las máquinas dinamo-eléctricas y en que se llenarán las tuberías subterráneas con los cables conductores de las corrientes. Ambas industrias se fundirán en una sola. Hé aquí la opinion del ilustre y respetado catedrático de Glasgow, sir William Thomson, acerca de este asunto, publicada por *L'Electrician*, en una carta dirigida á un concejal de aquella ciudad:

«Estoy persuadido, bajo el punto de vista de la economía, de los recursos físicos, de la hulla, etc , y de los excelentes resultados que obtendrá la higiene y el *confort*, de que la luz eléctrica ha de haber reemplazado, dentro de algunos años, al gas en el alumbrado de los pueblos. Merecen tomarse en consideracion, sin embargo, los grandes capitales empleados en las fábricas de gas. Creo que obra Vd. cuerdamente al aprovechar esta ocasion para reducir el capital empleado en gas por el Ayuntamiento. ¿No podria Vd. llevar adelante su buen propósito, haciendo pasar poco á poco los créditos concedidos al gas, á ser invertidos en luz eléctrica? Si lograra usted que se diera una orden permitiendo á la ciudad la adopcion del alumbrado eléctrico, como una ampliacion del del gas, yo creo que el paso de uno á otro se haria sin perjudicar los intereses que el municipio tiene comprometidos en la fábrica del gas, y que obtendria positivos beneficios. Si además lograra Vd. obtener una autorizacion que permitiera á los fabricantes de gas llenar sus tubos con cables eléctricos, de seguro que se aprestarian á establecer el alumbrado eléctrico, con mucha más economía y beneficio que los que hoy obtienen.»

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

(Se continuará.)



RECUERDOS  
DE  
UN CONTEMPORÁNEO.

*MADRID EN 1830-1838.*

**L**AS costumbres que intento describir no pueden menos de guardar analogía con los acontecimientos políticos sobrevenidos en la cuarta década de nuestro siglo. Si bien mi voluntad quisiera rechazarlos, ellos se imponían tan fuertes é incontrastables cual se impusieron á los que resistir su influencia pensaban cuando marcó el destino la época de trasformacion sufrida por la sociedad española.

Asombra, por cierto, cambio tan radical en tan corto espacio, á los pocos que pueden considerarle. O el terreno se hallaba muy dispuesto, ó valían mucho los que le prepararon á su antojo, ó fueron sólo instrumento en manos de la Providencia, árbitra del porvenir de los pueblos.

Todo cambió; hasta las nociones de lo justo y lo injusto, hasta la manera de discurrir, hasta lo que pudiera dar al semblante aspecto y forma diversa á la que antes tenía, sin excluir el lenguaje en giros y acepciones desconocidos.

Fué aquello para los contemporáneos una especie de aclimatación rápida é intelectual (permítaseme la frase, que otras más extravagantes corren con fortuna), en que las imaginaciones de muchos perdieron sus facultades; pero los hubo que, admitiendo las nuevas ideas como á huéspedes á quienes hace largo tiempo se tiene dispuesto albergue en la propia casa, aprovecharon la ocasión que les ofrecía el deseo general é instintivo de reformas indispensables, de lo que, unido á la excelente maña de los ménos en número y superiores en valer, para encaminar á la multitud por los derroteros que venían preparándose, resultó un cambio en la vida íntima de Madrid, de cuyo origen político protesto de nuevo no me será fácil prescindir, áun conociendo lo mal perjeñado de los sistemas de gobierno para el agradable recreo que deseara proporcionar á mis lectores.

Hecha esta salvedad, entro en materia sin tardanza, procurando ganar por solícito lo que temo perder por falta de ingenio.

\*  
\* \*

El matrimonio de Fernando VII con doña María Cristina de Borbon, verificado en 11 de Diciembre de 1829, fué para los liberales de España un suceso de que auguraron felices resultados.

Ya fundasen sus esperanzas en la probable sucesión directa que alejaría del trono al teocrático infante D. Carlos, tan querido de los apostólicos, ó bien en la fama de princesa de superior talento que precedió á la de Nápoles, lo cierto es que el partido liberal la recibió con aplauso, contribuyendo á realzar los festejos celebrados en su obsequio, notables por su esplendidez, áun entre los de aquel reinado, el más caro en sangre, dinero y aceite, segun la voz pública le calificaba.

El célebre Quintana desarrugó el ceño, y para solemnizar el régio enlace, pulsó la potente lira, callada hacia largos años, anunciando á los dichosos cónyuges abundante prole, cual convenia á la feliz España.

Es cierto que se tuvo á gran maravilla entre los íntimos de la córte que pudiera el Soberano montar á caballo para asistir al estribo derecho del carruaje de su desposada en su tránsito de la puerta de Atocha á Palacio; pero al fin sus achaques, harto graves á la sazón, se lo permitieron, y una vez más acreditó la fama de bizarro jinete, adquirida con justicia desde su primera juventud.

No podían ménos los atractivos de la jóven reina que alcanzarle grande ascendiente popular, y subió de punto cuando, en los primeros meses de su advenimiento, corrió la nueva de notarse síntomas en Cristina de próxima maternidad.

El bando apostólico se preparó á la rebeldía, y los oprimidos en 1823 aumentaron su entusiasmo y esperanzas. Todo era para ellos preferible á la calamidad de que subiera al trono D. Carlos. Los colores que vestia la Soberana se adoptaron cual divisa de civilizaci6n y adelanto, su nombre dió título al partido opuesto al absolutismo, y cristinos se llamaron los liberales, en tanto que pudieran adoptar su apellido de origen.

Pronto se desvanecieron por completo temores, esperanzas de feliz porvenir, y hasta la tranquilidad relativa que desde años atras se disfrutaba.

La revolucion de París en 1830 dió al traste con los Borbones de la primer dinastía; la rama de Orleans alentó á los emigrados españoles, que, mal aconsejados, pasaron la frontera para caer mucha parte en manos del verdugo, despues de sufrida azarosa persecucion. Pocos y destrozados volvieron para ser blanco de los desdenes y menosprecio del Gobierno francés, que, reconocido ya por Fernando VII, miraba como carga enojosa las obligaciones contraidas con los patriotas constitucionales, esmerándose en faltar á ellas, como antes puso empeño en contraerlas.

Con efecto, en pleno Consejo de personas notables, presididas por el Monarca, se acordó reconocer á Luis Felipe Rey de los franceses, circunstancia eficaz para destruir las tramas de los emigrados.

Disuelta la solemne conferencia, platicaba en un corro el

ministro Zambrano con otros sujetos de calidad, y como su parecer fué siempre contrario al reconocimiento, decia para justificarle: «Temen la guerra porque no saben que yo, con los cuatro regimientos de caballería de la Guardia, soy capaz de llegar hasta París.»

—Sr. D. José, le dijo Castaños, que fué su contrincante en el Consejo, y á la sazón pasaba, avíseme Vd. cuándo emprende el viaje, que tengo que hacerle algunos encargillos.

Una época de verdadero terror comenzó en España: la horca alzó su terrible silueta en la plaza de la Cebada de Madrid, sin perjuicio de los fusilamientos que podían verificarse donde pluguiese al capricho de los tribunales de sangre.

Narrador verídico, compendio con sentimiento lo referente á tan aciagos días, y buscando medio de llegar al término, no encuentro resúmen que mejor pinte la situación que la copia del art. 5.º de un draconiano decreto, publicado en 1.º de Octubre.

Dice así:

«Por el solo hecho de tener correspondencia epistolar con cualquiera de los individuos que emigraron del reino á causa de hallarse complicados en los crímenes políticos del año 20 al 23, se impondrá la pena de dos años de cárcel y doscientos ducados de multa, sin perjuicio de que si la expresada correspondencia tuviese tendencia directa á favorecer sus proyectos contra el Estado, se procederá conforme al art. 2.º (que imponía la pena de muerte).»

Así se reprodujeron, por la impaciencia de algunos, los tiempos horribles de la reacción absolutista, cuando sin violentar los sucesos había motivos de prometerse días de grato porvenir.

No cejaban un punto las conspiraciones, aunque tomar parte en ellas fuese poner un pié en el primer escalón del suplicio.

Cierta mañana apareció en la Plaza Real una bandera tricolor, y el desgraciado que la puso expió su maldad de un modo pronto y terrible.

He dicho maldad teniendo en consideración que el delincuente resultó ser un individuo de las antiguas tropas cons-

titucionales, agente del Gobierno despues, comprado para denunciar á sus compañeros, á quienes quiso comprometer en el asunto de la bandera y reparticion de proclamas que por aquellos dias circularon.

Por fortuna salvó á los conjurados, para no caer en el infame lazo, la desconfianza que hacia tiempo inspiraba el re-negado, á pesar de sus antecedentes. Delatado como propagador de impresos subversivos, trató de pintar su conducta como meritoria; pero el tribunal no admitió sus descargos, sentenciándole á morir en la horca cual promovedor de la sublevacion.

Raro era el dia que la autoridad no arrancaba de los sitios públicos pasquines alarmantes. Uno de los que hicieron más fortuna, y apareció en las mismas puertas de Palacio, estaba concebido en los siguientes términos:

*«Cristina:  
Este palacio es de Mina,  
Y para el mes de Febrero  
Vendrá á ocuparle el casero.»*

Los conspiradores dedicaban las noches á esparcir por las calles impresos excitando á la sedicion, cuyo origen se afanaba la policia por encontrar sin conseguirlo.

Muy cerca estuvo de la pista, pero su lujo de precauciones se la hizo perder.

Calculando que, una vez sorprendida la imprenta, todo lo demás era llano, convocó á unos cuantos impresores para que reconociesen las fundiciones empleadas en la impresion de los papeles subversivos, y declarasen los establecimientos de donde salian.

Todos los conocieron, mas no hubo ninguno que aceptase el oficio de denunciador. El más autorizado, realista puro hasta la muerte, apenas concluido el reconocimiento, corrió á prevenir al comprometido compañero lo que ocurría.

Ya era tiempo. Apenas dió lugar á deshacer los moldes, ocultando algunas impresiones en iguales tipos á los que se perseguian (por cierto, cubriendo la puerta del aposento en

que se escondieron con un armario lleno de muñecas, que se dedicaba á vestir por oficio una de las mujeres de la familia), cuando se presentó la justicia á practicar un escrupuloso registro, deteniendo preventivamente á cuantos entraban en la casa.

No todos imitaron al honrado impresor. Un miserable denunció á Calomarde, por mezquino precio, varios sugetos comprometidos, y en una misma noche (17 de Marzo de 1831) fueron presos D. Francisco Bringas, el oficial de Artillería Torrecilla, el librero Miyar, D. Rodrigo Aranda, D. Salustiano Olózaga y el arquitecto D. Agustin Marcoartú, si bien éste logró salvarse descolgándose por un balcon á la calle, donde le detuvo una patrulla. Sin perder su serenidad el fugitivo, se puso á merced de la hidalguía del jefe militar, como un amante desgraciado reducido á tal situacion por no comprometer la honra de una dama. Su talante distinguido y puro lenguaje persuadieron al oficial, que no podia ser un malhechor quien así se producía, y sin más averiguaciones le dejó marchar.

Olózaga consiguió huir de la cárcel, gracias á los auxiliares que dentro de ella le proporcionaron una chaquetilla, una gorra de cuartel de voluntario realista, un farol y franca la puerta del calabozo. Llegó hasta la salida, encargó al centinela que cuidase del farol mientras volvía y tomó la calle abajo con la mayor calma, apareciendo á la mañana siguiente en la diligencia con hábito de fraile francisco y pasaporte para Roma, encargado de asuntos de la órden.

Esto se dijo entónces por los bien enterados en el asunto.

Bringas libró la vida á costa de perder la inteligencia, Miyar sufrió la pena de muerte; los demás lograron entretener su causa hasta el advenimiento de tiempos mejores.

Excusado es decir, que donde tales cosas ocurrian, la franqueza en el trato era imposible. Cada uno se congregaba con los de su misma opinion: los realistas altivos, intolerantes, amenazadores: los liberales recelosos, vigilados aún en lo íntimo de su hogar, mal conteniendo en su pecho el odio profundo contra sus perseguidores.

La censura de teatros y obras continuaba implacable; me-

jor dicho, la última no existía por falta de objeto en quien ejercitarse, y únicamente logró boga un periódico publicado en la capital de Guipúzcoa, bajo el título de *Estafeta de San Sebastian*, favorable al Gobierno, como es de suponer, pero al cabo decía algo más que la *Gaceta de Madrid*.

Por fin, desvanecidas las causas que produjeron la situación violenta, se estableció una especie de tregua, pues tranquilidad sólida no podía esperarse.

Volvieron las fiestas públicas á revestir su carácter especial; las tradicionales vueltas de San Anton se verificaron con la misma concurrencia de siempre; mutuamente se chasqueaban los madrileños con panecillos de harina y acíbar, se mandaban por el correo cartas de trueno, procurando asustar al descuidado con carretillas y petardos, y durante el Carnaval era gran diversion acudir á los barrios bajos, donde las manolas y allegados empolvaban á los transeuntes con harina, manteaban el pelele ó mataban el gallo, cuando no establecían columpios de una acera á otra donde lucir su gentileza, y aún algo más que nunca debe lucirse, concluyendo la fiesta en la Pradera del Canal el Miércoles de Ceniza con el famoso y nunca bien ponderado regocijo bárbaro, llamado Entierro de la Sardina, entre las merendonas de escabeche y buñuelos humedecidos con el brebaje á que se da el nombre de vino en las afueras de Madrid.

Ya que la ocasion se presenta, ninguna mejor para referir, como de pasada, el origen más aceptable de la costumbre de enterrar la sardina, y no creas, amigo lector, que las muchas dudas, incertidumbres y varios pareceres, al llegar á este punto, de cuantos han escrito de las antiguallas de la córte, movieron mi ánimo á registrar mamotretos perdiendo el tiempo en tan inútil empeño; debo á la casualidad poder asegurar que la especie de bacanal vergonzante que termina el Carnaval proviene lisa y llanamente de que los artesanos de Madrid, especialmente los zapateros, acostumbraban á restaurar sus fuerzas á media mañana con una sardina, y como el precepto del ayuno les vedaba esta refaccion, de ahí el burlesco entierro de aquélla al comenzar la Cuaresma.

Hecha esta breve interrupcion, que algun curioso no ten-

drá por excusada, diré tan sólo que por los primeros años de la década de 1830 á 1840 pensar en máscaras hubiera sido conjurar en contra del que lo inténtase todas las potestades de la tierra; disfraces torpes y ridículos abundaban como ahora; á la carátula se la preparaba la época de gloria y esplendor que veremos en adelante; mas á la sazón llevaba consigo anatema político.

Pasando por alto las felicitaciones de San José, con su obligado obsequio de vino y bizcochos á los visitantes, las arengas laudatorias de éstos al señor de los días, las tarjetas con la historia de Pablo y Virginia ó Cupido disparando la flecha, que remitían los absolutamente impedidos de visitar personalmente; la romería de San Isidro, sin más diferencia de la actual que haber desaparecido las campanillas de barro que le daban carácter, llegámos, á través de las verbenas, de cuya animacion no podemos formar idea por las turbulentas y peligrosas que hoy día conocemos, á una de las fiestas más pintorescas y animadas de la córte.

Quiero hablar de la feria de San Mateo, que bien puedo hacerlo sin empacho cuando Goya no creyó rebajar su inimitable pincel inmortalizándolas en admirables y característicos cuadros.

Se verificaron en diversos parajes; bien en la calle de Atocha, en la plaza de la Cebada, y por lo comun en la calle de Alcalá.

A pasear en ellas se reunía la poblacion elegante. Era de ver á los jóvenes de buen tono (lechuguinos se llamaban entónces) obsequiar á las damas con sendos pañuelos henchidos de melocotones, avellanas y acerolas, que las favorecidas, por su parte, no desdeñaban de probar debajo de la mantilla, mientras los niños ensordecían los oídos con toda clase de pitos é instrumentos de ruido, de que se hallaba tan provista la feria como exhausta de cosa rara ó de valer.

Mas lo pintoresco, lo apreciable y original de las ferias de Madrid se hallaba en todas partes ménos en el sitio destinado oficialmente á ostentar su utilidad.

El contraste no es nuevo: en otros casos y centros de grave importancia acontece lo mismo con las personas, y

cuando á nadie se le ocurre extrañarlo por muy frecuente, mucho ménos debe admirar sucediera con los juguetes y trastos viejos. Perdónese la ligera observacion en gracia del propósito de seguir sin meterme en contrapuntos, pues segun opinaba Maese Pedro, suelen quebrarse de sotiles.

Todo vecino tenia derecho á poner en venta á la puerta de su casa cuantos objetos le convenia. De ahí resultaba una mezclanza tan original y extraña, que sólo viéndola puede comprenderse.

En una obra recientemente publicada por D. Enrique Dupuy de Lomé, bajo el título *De Madrid á Madrid* dando la vuelta al mundo, dice el autor que en los mercados del Japon lo que más le sorprendió fué la multitud de cosas cuyo uso no comprendia. Lo mismo pudiera decirse de la feria antigua de la capital de España; con la circunstancia favorable de que muchas veces se encontraban objetos muy convenientes que estaba uno lejos de pensar hallarlos en ninguna parte.

Aquello era una exposicion restrospectiva de prendas de varias edades, caprichos y circunstancias, en su verdadero carácter, usadas, rotas y revueltas en confuso monton; algunas en su genuina integridad; no pocas magnífico modelo de arte; otras recuerdo precioso de tiempos antiguos. Libros raros, fáciles de adquirir sin la interesada gestion del librero, y todo ello á la mano del curioso, que de seguro no volvia á su casa sin caer en la tentacion de llevar consigo algun trasto, segun los calificaban las señoras, poco dispuestas, por lo comun, á cederles sitio que no fuese lo más remoto de la guardilla ó desvan.

No hay duda que una prendería en cada puerta interceptaba la circulacion; razones áceptables son las que han hecho retirar la feria lejos de la vista, pero Madrid ha perdido un espectáculo *sui generis*, y no pocas ventajas á cambio de transitar quince dias con mayor desembarazo.

En el mismo tiempo se verificaba la Exposicion de Bellas Artes en la Academia de igual título. Escasa en lo general, no pasaba el número de obras del patio, sala del trono y alguna otra; mas podia visitarse la coleccion de la Academia,

riquísima en preciosos originales, vaciados antiguos, bajo-relieves y estampas en cobre, famosas por la delicadeza del buril.

Ya que de costumbres trato, algo he de hablar del arreglo de la barba y cabello por entónces, pues á fé si alguno me tachase de nimio podría citarle autores graves que no han desdeñado ocupar su péñola con semejante cuestion, de suma importancia desde los primeros tiempos.

No era poca la que se concedia á la forma de las patillas y el bigote por el Gobierno absoluto y sus patrocinadores. Si las primeras crecian largas, sospechoso era de fracmasonismo el que las llevaba; y en cuanto al bigote, prohibido estaba con severas penas á la clase civil dejarle crecer, pudiendo darse por satisfecho el sorprendido en la calle con el masculino adorno si un alguacil ó esbirro se contentaba con llevarle á rasurar á su costa en la barbería más próxima.

De los militares, sólo á los granaderos, cazadores y la caballería se les autorizaba para usar mostacho, y barba larga no habia que pensar en verla en otra gente que los capuchinos y gastadores de los regimientos, que si no la tenian la usaban postiza para los actos de servicio.

En cambio de tan reglamentario rigor con el aspecto del rostro se gozaba completa libertad en la disposicion del cabello, y en verdad que los madrileños usaban de ella con amplitud. Dos grandes *bandós* á los lados, un alto tupé que se procuraba cayese con gracia, era el tocado más comun en el sexo masculino, sin excluir por eso el rizado á lo Petibón. Llevar el pelo corto, apenas se comprendia hubiese quien lo adoptara. Nadie queria ser calvo, ni áun á riesgo de sufrir la suerte de Absalon. Tres pelucas eran de necesidad para los escasos de cabello: una aparentando corte reciente; otra en estado medio, y la tercera larga, cual si reclamase el oficio de la tijera.

Pequeñeces disculpables, propias de todas épocas y condiciones.

Acercábase en esto el dia de la jura de la princesa Isabel, nacida en 10 de Octubre de 1830, despues de publicarse como ley del reino la pragmática-sancion de 1789, consignan-

do en las hembras el derecho de suceder en el trono. Con este motivo se dispuso acercar tropas á Madrid bajo pretexto de un simulacro que se verificó en los campos de Vicálvaro y Ventas del Espíritu Santo, seguido de un desfile militar ante los Reyes. Estos espectáculos marciales eran frecuentes para los antiguos madrileños que acudían gozosos á presenciar el bélico aspecto de las tropas, engalanadas todavía según la usanza del primer imperio francés.

Con efecto, los arreos lujosos de infantes y ginetes, las plumas, cordonaduras y alamares; las altas gorras, shakós y morriones, tan incómodos y costosos en campaña, constituían en parada un conjunto guerrero y magnífico que atraía irresistiblemente.

Abrian la marcha las dos compañías de zapadores-pontoneros y del tren de la Guardia Real, con sus bruñidos útiles ó herramientas, mandiles de cuero y estatura escogida. Seguía una brigada de granaderos, compuesta de dos regimientos de la Guardia Blanca, así llamada por ser blancos los vivos de su uniforme. Las altas gorras á la sajona de aquellos soldados realzaban su elevada talla, y el primer regimiento era el único del ejército que ostentaba el pendón morado de Castilla.

Caminaba en pos otra brigada de granaderos de la Guardia Real provincial, que apellidaban los militares Guardia Amarilla, por usar como distintivo alamares de estambre de aquel color, anchos y unidos sobre el pecho de la casaca.

Los oficiales usaban galon de oro, y de plata los de la Guardia Blanca. Las gorras de pelo de los granaderos y los shakós de otra brigada de cazadores provinciales que seguían en el orden de marcha, llevaban largos plumeros del color de las ginetas.

Los regimientos de línea parecían después sencillos en extremo, comparados con los hermosos batallones que llevo enumerados, sin embargo de sus casacas azules, y verdes en las tropas ligeras, pantalón blanco y plumero de varios colores.

En lo que todos rivalizaban era en el lujo y vestimenta del tambor mayor, que marchaba al frente de la banda de tambores del primer batallón, después de la escuadra de gasta-

dores. Su adorno quedaba al capricho del cuerpo á que pertenecía. Se le buscaba, si era posible, de talla gigantesca, cruzándole del hombro derecho á los pies con una bandolera enorme cubierta de bordados, distintivo de su cargo, á más del gran baston que llevaba en la mano. Era, puede decirse, la muestra y figurante del regimiento.

Tanto lujo y aparato se eclipsaban al aparecer la division de caballería de la Guardia, subdividida en dos brigadas, compuesta la primera de un regimiento de coraceros y otro de granaderos, y la segunda de cazadores y lanceros. Especialmente los dos últimos regimientos eran un modelo de buen gusto en tropas ligeras, que no recuerdo, ni de vista ni por referencia, haya excedido nadie.

Despues de esto avanzaba en órden la caballería de línea, con casco y botas altas, antecediendo á los escuadrones más sencillos de cazadores á caballo, tras de los que llegaba el escuadron de artillería de la Guardia, de tres compañías con seis piezas cada una, cerrando la marcha los batallones de artilleros á pie, las compañías montadas y la del tren.

¿Deberé mencionar los tres batallones de voluntarios realistas, su batería rodada servida por las mulas y dependientes de la limpieza de la villa, y los escasos jinetes que prescindieron de la música al ver que excedia en número al grupo que los jefes llamaban escuadrones á voz en grito?

Sí: ¿por qué no he de hacerlo? Su coronel, D. José M. Villamil, era un excelente organizador que los trataba como á reclutas: el uniforme nada tenia de ridículo, por más que así le pinten en novelas y teatros, y sus oficiales de nombramiento real, bastante trabajo tuvieron en no ver cumplidas sus aspiraciones á un hábito de las órdenes militares que se les prometió por reglamento, cumplidos diez años de servicio.

Como no hay gloria cumplida en el mundo, ocurrió un incidente en la fiesta que vino á formar como si dijéramos su parte jocosa para los testigos del lance.

Las compañías desfilaban por mitades ante las personas reales al grito ¡viva el Rey! oyéndose siempre que este grito resonaba una voz clara que decia: *¡Por dos cuartos tres!* Volvíase á dar el viva á S. M., y de nuevo se dejaba oír: *¡Tres*

*doy por dos cuartos: no vale más!* La insistencia y lo inoportuno hizo que se detuviera al voceador, que averiguado el caso, resultó ser un oficial indefinido á quien su estrecha situacion obligaba á vender yesca y papel de fumar, del que daba tres libritos con el retrato de Fernando VII, por dos cuartos.

Si fué gracia, pudo costarle cara en otra ocasion ménos propicia á la benevolencia con los antiguos liberales, de los que nadie dudaba habria pronto que valerse contra el bando apostólico.

Antes de esto el célebre decreto de amnistía, permitiendo á los emigrados volver á su patria, hizo que afluyesen á Madrid multitud de personas cuyas ideas, trato y la distincion con que eran recibidas, influyeron en el estado social de un modo notable. Las relaciones íntimas fueron ménos estrechas, divididas profundamente hasta las familias por las ideas políticas; mas en lo exterior creció la expansion entre todas las clases á beneficio de la amplitud otorgada á las reuniones públicas y particulares.

No se concedió permiso para celebrar bailes de máscaras: en las calles y paseos siguieron proscritas con rigor, pero en casas, cafés, y á poco en los teatros, se bailaba con frenesí, como deseando recobrar el tiempo perdido en diez años de prohibicion.

Era una tolerancia que llegaba al extremo de cruzar las alegres cuadrillas ante las patrullas y rondas impunemente, y hasta con aplauso por el hecho de tomar parte en una diversion considerada cual protesta viva contra las ideas antiguas.

Todos se disfrazaban: para jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, era indispensable la careta, si habian de asistir á las fiestas de Momo. El punto de vista que ofrecian mil ó dos mil personas, que bailes habia donde se contaba este número, con trajes diversos, ridículos muchos, apropiados y elegantes otros, pero todos de colores vivos y aspecto original, se puede mejor comprender que describir. Nadie pensaba que Fernando VII habia muerto, que su viuda gobernaba el reino y que la guerra civil amenazaba por varias

partes. Se bailaba verdaderamente sobre el cráter de un volcán, y ¡cosa rara! hasta los voluntarios realistas establecieron su sociedad de baile, allá por las calles del barrio de la Morería.

El café de Neptuno, en la calle del Caballero de Gracia, se convirtió en una especie de casa de contratación de billetes y trajes. El que no estaba satisfecho con los suyos acudía á cambiarlos por otros, ofreciendo dos por uno, v. gr., ó un dominó y un billete por un vestido de arlequin ó payaso.

Se entiende los billetes de convite, repartidos con profusion sin cuidarse de las manos en que podrian caer. Procedimiento que hoy causará extrañeza y entónces dió muy pocos motivos de arrepentimiento.

El afan de enterarse y tratar de las novedades, que cada dia eran más importantes, llevó á los cafés numerosa concurrencia, aunque no tanta ni con carácter de sociedad deliberante como en la primer época constitucional.

El café Nuevo, en la calle de Alcalá, era el centro de los noticieros, de los declamadores y donde se daban ó quitaban reputaciones al capricho del más hablador, auxiliado de los que nunca acertaron á discurrir por cuenta propia, raza abundante en todos tiempos.

El café de Lorencini le disputaba algun tanto el monopolio, autorizado por su antigua historia bullanguera y azarosa; pero su concurrencia habitual, compuesta de cesantes y retirados de varias épocas y por diferentes causas, formaba un coro de deschichas capaz de ahuyentar al más intrépido y amaestrado contra relaciones infaustas y peticiones á quemarropa.

No pudo sostener la competencia. Era la generacion que se iba en pugna con la que venia.

Al café de los Realistas, en la plaza de Santo Domingo, le bastó el nombre para arrastrar una existencia precaria desde que los asuntos políticos tomaron otro rumbo, á pesar de haber cambiado de título y áun logrado verse favorecido por los milicianos nacionales del primer batallon que se reunia á sus inmediaciones.

Los demás aumentaron en concurrentes, se establecieron

otros nuevos, y la costumbre de formar en ellos tertulias comenzó á propagarse.

El del Príncipe, conocido más bien por *El Parnasillo*, fué el centro de reunion de los mejores literatos: su historia sería la de los escritores cuyo justo renombre durará tanto como el habla castellana, y si pudieran saberse las opiniones emitidas en aquellas estrechas piezas, tendríamos la crítica más autorizada de las obras modernas en poesía y arte dramático.

En este período se iniciaron las mejoras locales de Madrid.

El corregidor D. Domingo María Barrafon, aquel de quien se dijo guardaba bajo un fanal la bocamanga de un uniforme que tocó amistosamente el Rey en cierta conferencia á solas, aumentó el arbolado y comenzó á cambiar el alumbrado de candilejas por excelentes reverberos, ensayados en la calle de Carretas. El inolvidable marqués de Pontejos reformó las aceras como hoy dia se hallan, cambió el irregular sistema de numerar las casas por manzanas en numeracion correlativa por calles, comenzando el número más bajo por la parte inmediata á la Puerta del Sol, órden que permite al forastero volver al centro con facilidad si una vez se extravía, é hizo poner á la entrada de las calles títulos que pudieran leerse, cambiando los nombres de algunas repetidos, ridículos ó nada decentes.

Ya se habia colocado en la plaza de Santa Catalina, hoy de las Córtes, la estatua del príncipe de los ingenios, costeada por el comisario de cruzada D. Manuel Fernandez Varela, primer homenaje permanente consagrado en la córte á los hombres célebres de España, y se dió grande impulso á las obras del monumento del Dos de Mayo, en memoria del heroismo nacional.

Sustituida la vergonzosa censura que pesaba sobre las producciones del saber, por otra templada y culta, el cambio fué tan grande como repentino, y tantos fueron los diarios y revistas que salieron á luz, que apenas podré recordar algunos de los principales. Entre ellos no son para olvidados *El Boletín del Comercio*, *La Estrella*, *El Siglo*, *El Compilador*, *El Espectador*, *El Cínife*, *La Revista Española*, *El Forobado*, y más

tarde ó más temprano, *El Eco del Comercio* y *El Correo Nacional*.

Entre las publicaciones literarias se distinguió *El Artista*, descollando sobre todos *El Semanario Pintoresco*, dirigido por D. Ramon de Mesonero Romanos, que áun cuando no hubiera proporcionado otro beneficio que propagar y perfeccionar en nuestro país el grabado en madera, seria lo bastante para inmortalizar su nombre.

Los centros de honesto recreo, unido á la instruccion y estímulo á las bellas artes, fueron muchos y superiores en mérito digno de alabanza.

La academia filarmónica, el instituto español, y sobre todo el liceo artístico y literario, han dejado recuerdos imperecederos en cuantos á ellos asistian.

En el último se oyeron los suaves acentos del tenor Rubini, se establecieron los juegos florales, se representaba con suma perfeccion, y la pintura, escultura, canto y poesía encontraban aplauso y premios de valor.

El teatro, sobre todo, sufrió un cambio favorable é inesperado, no sólo merced al mayor ensanche que se otorgó al ingenio, sino á consecuencia de la escuela romántica puesta en boga, verdadera y exagerada protesta contra las reglas clásicas, pero que á vueltas de sus grandes absurdos, permitió á la imaginacion volar sin trabas hasta lo fantástico y legendario.

Antes de escribir algunas breves palabras de la lucha entre ambas escuelas, debo mencionar la obra en que se iniciaron más de lleno las reformas teatrales aparecidas como por ensalmo.

Logró esta preferencia *El Edipo*, de D. Francisco Martinez de la Rosa, tragedia clásica, con su sencillez severa, sujeta á la fatalidad inevitable; modelo del arte antiguo, que por más variaciones que la moda introduzca, arrancará aplausos en todo tiempo, siempre que los encargados de su ejecucion sepan interpretarla.

Lo hicieron á maravilla en sus primeras representaciones la Concepcion Rodriguez, los hermanos Latorre y el excelente barba Noren.

No hubo llamadas al autor, aún no puestas al uso, ó mejor dicho, al abuso; de corona sólo se creía digno á un Tasso ó un Petrarca; mas en cambio serian muy escasas las gentes cultas que no retuviesen en la memoria largas tiradas de sus rotundos versos.

Era de oír, y áun de ver, pues visto sólo no bastaba, á los aficionados procurando imitar á Cárlos Latorre, cuando decía, refiriendo su visita al panteon:

Fuera, profano, fuera repitiendo,  
Confuso el eco, ¡fuera!! retumbaba.

El último *fuera* le declamaba el eminente actor de un modo especial, simulando el zumbido del viento, y lo que áun hecho por aquél, daba lugar á variedad de pareceres entre los críticos, ocasionaba á sus imitadores tales atragantos y ahogúos, que la tragedia concluía en parodia la más divertida y difícil de inventar.

El aparato escénico fué inmejorable. Decoracion cerrada, figurando la plaza de Tebas, con el templo del dios á la izquierda del espectador y postrados ante sus gradas coros de niños, hombres y mujeres implorando clemencia.

Pronto siguieron los dramas románticos: traducciones al principio de Víctor Hugo, Casimiro Delavigne y Bouchardy; mas no tardaron los autores españoles en presentarlos mejores, hechos con mayor juicio y ajustados á la historia patria.

Una mañana sorprendió á los curiosos el anuncio de un drama caballeresco, titulado *El Trovador*, compuesto por un soldado de Isabel II. Lo era en efecto, acuartelado en el depósito de Leganés, de donde vino á Madrid sin licencia á presenciar el estreno de su obra.

El éxito sobrepujó toda esperanza; los aplausos unánimes fueron tantos, y tanto el pedir la salida del autor, que el jóven recluta se presentó en las tablas sacado de la mano por D. Cárlos Latorre y doña Concepcion Rodriguez; distincion otorgada por primera vez en nuestra escena. A sus pies cayó una corona, la empresa le concedió un beneficio y Mendi-zábal la licencia absoluta.

Autores no ménos recomendables siguieron la misma senda. *Doña María de Molina*, de Roca de Togores; *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch; el siempre admirado *D. Alvaro*, del duque de Rivas; *El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, alteraban en competencia con las comedias de Breton de los Herreros y Ventura de la Vega, todas representadas con el esmero, lujo y propiedad que desde entónces se ha cuidado de mantener, salvo algunas excepciones dignas de olvido, incluyendo en ellas cierta sala decorada al gusto del renacimiento en el drama *Guzman el Bueno* y unos actores que hace pocas noches vestian botas altas hasta la rodilla disponiéndose á un baile aristocrático de principios del siglo.

Sin embargo, estamos muy distantes de los dias en que un cómico preguntaba al célebre Maiquez, que le hacia vestir un traje á la romana: ¿en dónde he de guardar en esta ropa mi pañuelo y la caja del tabaco?

El romanticismo pasó con sus melencidos apasionados, sus damas pálidas y ojeras, llevando colgado al cuello el frasquito con agua de colonia, á falta del tósigo que les contaron llevaba Lucrecia Borgia, y hasta mi charla ha terminado tambien, dejando á otro la tarea de relatar las pocas variantes ocurridas en las costumbres populares desde los años en que doy punto, sin detenerme siquiera á establecer paralelo entre las escuelas literarias pasadas y la que hoy se llama *realista*; es decir, la vergüenza sin velo; extravío de la imaginacion sin precedente ni consecuencias, cuyo término dará materia á quien tuviere el capricho de evocar recuerdos fuera de mi jurisdiccion.

DIONISIO CHAULIÉ.





## LA EXPEDICION ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 <sup>(1)</sup>

---



L Comandante general de la division ha tenido por conveniente dar á la misma la organizacion siguiente:

«Comandante general: el Teniente general don Fernando Fernandez de Córdova.

*Segundo jefe:* el Mariscal de campo D. Francisco Lersundi.

*Jefe de Estado Mayor:* el coronel D. Senen de Buenaga.

*Comandante general de Artillería:* el coronel teniente coronel D. Antonio Fano.

*Comandante general de Ingenieros:* el coronel D. Vicente Tallado.

*Auditor:* el ministro togado del Supremo Tribunal de Guerra y Marina D. Serafin Estévez Calderon.

*Ministro principal de la Administracion militar:* el comisario de guerra de segunda clase D. Francisco Borsi.

*Comisario de la division:* el de tercera clase D. José Albareda.

*Jefe de Sanidad militar:* el viceconsultor supernumerario don Pedro Canesa y Pujol.

---

(1) Véase la pág. 174 de este tomo.

## OFICIALES DE ESTADO MAYOR.

El teniente coronel graduado capitán D. Antonio Madera.

El idem id. D. Manuel Fernandez Ibarra.

A las inmediatas órdenes del comandante general para el desempeño de las funciones del expresado cuerpo, el teniente coronel graduado capitán D. José Gomez Arteché.

## AYUDANTES DE CAMPO DEL COMANDANTE GENERAL.

El coronel graduado teniente coronel de Infantería D. José Ramon Sanz.

El capitán graduado teniente de Infantería, D. Francisco Figueras.

El idem id. de id. D. Mariano Figueras.

El subteniente de idem D. Ramon Despujol.

AYUDANTES DE CAMPO DEL COMANDANTE GENERAL  
EN SEGUNDO.

El teniente coronel graduado primer comandante de Infantería D. Mariano Socías.

El capitán de idem D. Segundo de las Cuevas.

El capitán graduado teniente de idem D. Miguel Verduguer y Niestar.

## AYUDANTE DEL COMANDANTE GENERAL DE ARTILLERÍA.

El teniente coronel graduado teniente D. Manuel Alarcon.

Aposentador general, D. Carlos La Calle.

Conductor de equipajes, D. Miguel Pons.

## INFANTERÍA.

## PRIMERA MEDIA BRIGADA.

*Jefe:* el brigadier de Infantería D. José Antonio Turon.

*Cuerpos:* primer batallón del regimiento de Infantería de la Reina Gobernadora, núm. 27.

Cazadores de Chiclana, núm. 7.

## SEGUNDA MEDIA BRIGADA.

*Jefe:* el coronel de Infantería D. Carlos Yahut.

*Cuerpos:* tercer batallon de Granaderos.

Tercer batallon del regimiento del Rey, núm. 1.

## TERCERA MEDIA BRIGADA.

*Jefe:* el coronel D. José de Santiago.

*Cuerpos:* dos batallones del regimiento de San Marcial, número 45.

## ARTILLERÍA.

Primera y cuarta batería de la segunda brigada montada.

## INGENIEROS.

Primera compañía de minadores.

## CABALLERÍA.

Una seccion del regimiento de España, para escolta del comandante general.

*Destinados á las inmediatas órdenes del comandante general.*

El coronel de Infantería D. Ventura García Loigorri y el de Caballería D. José Rich.

Coronel graduado D. Fernando G. Ruano.

El idem Conde de Cumbres-Altas.

Teniente coronel capitan de Artillería D. Francisco Manrique.

Primer comandante de Infantería D. Ramon Lago.

Capitan D. Lorenzo Ochotorena y Sartorius.

Idem D. Antonio Morí.

Lo que se hace saber en la órden general de este dia, para conocimiento de todas las clases.—El coronel jefe de Estado Mayor, *Buenaga.*»

Como se ve, si la expedicion era exígua en cuanto al número de los soldados que la componian, en cambio, figuraban en ella los más acreditados cuerpos de nuestro ejército é iban éstos mandados por jefes y oficiales cuyas cualidades rele-

vantes tendré ocasion de recordar en el curso de mi relato. Muchos de los que entónces fueron como subalternos, han alcanzado despues, por sus méritos y condiciones, los primeros puestos de la milicia española; otros han muerto, viéndose privado el país de los servicios que sin duda hubiéranle prestado.

El 22, dia señalado para el embarque de las tropas, verificóse esta operacion con el mayor órden y entusiasmo. Aquél fué un dia de conmocion para Barcelona. La poblacion en masa acudió á las murallas y muelle, prorumpiendo en vivas y aclamaciones con que despedian á los soldados, hijos de aquellos otros que en los pasados siglos recogieron tan preciados laureles en la tierra que nuevamente iban á recorrer las armas españolas. Nueve buques eran los dispuestos por la Marina para el trasporte de la division: el vapor *Vulcano*, el *Blasco de Garay*, el *Piles*, el *Castilla*, el *Lepanto*, el *Isabel II*, la fragata *Cortés*, la *Villa de Bilbao* y la *Mozart*. En el *Vulcano* debia verificar yo la travesía, con el jefe de Estado Mayor, el comandante general de Ingenieros, el comandante de Estado Mayor D. José Gomez Arteche, mis ayudante de campo, el conde de Cumbres-Altas, coronel á mis órdenes, la compañía de ingenieros y la de granaderos del regimiento del Rey, y en el *Blasco de Garay* embarcóse el general Lersundi, con sus ayudantes, repartiéndose los cuerpos convenientemente en los buques de la escuadra. Aquella noche dirigí el siguiente oficio al ministro de la Guerra:

«Excmo. Sr.: A las cuatro y media de esta tarde ha embarcado la division expedicionaria de mi mando, habiéndose verificado esta operacion en hora y media y ante toda la poblacion, que ha acudido á presenciar el acto. Las tropas han demostrado su contento y el excelente espíritu que las anima, habiendo desfilado por delante del Capitan general, situado en su palacio. Concluido el embarque, he visitado todos los buques de la armada, enterándome del órden y distribucion que se ha dado á las tropas, las cuales me prometo harán la navegacion con todo descanso y comodidad. Estoy altamente satisfecho de la actividad é inteligencia con que lo ha dirigido todo el brigadier Bustillos.

»La expedicion se hará á la mar al amanecer de mañana,  
»dirigiendo su rumbo á Gaeta por las bocas de Bonifacio.—  
»Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona 22 de Mayo  
»de 1849.—Fernando Fernandez de Córdova.»

La escuadra, en efecto, salió de Barcelona al amanecer del día 23. Algunos buques de vapor, bien artillados, remolcaban los de vela, navegando á la cabeza de la escuadra el *Isabel II*, y á la retaguardia el *Vulcano*, de mi insignia. El tiempo sereno y la mar bella ofrecian todas las garantías de una feliz travesía. Al caer la tarde continuaba la calma, mas no bien hubo cerrado la noche, saltó el viento al Nor-noroeste, refrescando bastante, pero sin inspirar cuidado por de pronto, pues atendido lo adelantado de la estacion, no era probable acrecentase su fuerza. Mas no fué así. Serian las diez, cuando la mar, más gruesa por momentos, empezó á dar que temer á los marinos, llegando las olas á barrer la cubierta de los buques. No puedo encarecer como debiera el buen ánimo que manifestaron entónces las tropas, mortificadas en extremo por el fuerte balance y los continuos golpes con que arreciaba el mar, que no lograron, sin embargo, arrancar ni una voz de los soldados, ni introducir perturbacion alguna. Al amanecer del 24, aunque seguia la violencia del viento, como el mar entrara más de popa, comenzaron nuestros buques á navegar con más desahogo. Entónces se advirtió la ausencia del *Isabel II* y de la *Villa de Bilbao*, á la que daba remolque el vapor *Castilla*. Obligado éste por una avería de consideracion á separarse del que tras de sí llevaba, hubo de dirigirse, en direccion oblicua, fuera del rumbo de los que seguian, para evitar que por su mal gobierno, atravesándose á cada instante, viniera sobre sí la corbeta ú otro cualquiera, ocasionando de este modo averías mayores, y acaso una catástrofe terrible. La *Villa de Bilbao* quedó con esto retrasada. Confieso que aquella noche fué para mí de inquietud y zozobra. Bustillos no llegó á temer, segun despues supe, percance alguno, confiado en los prácticos que llevaba á bordo de cada buque y en la pericia y serenidad de los excelentes oficiales que los mandaban. A las diez de la mañana comenzó, por fortuna,

á ceder el viento, á tranquilizarse el mar, y hácia el medio dia era ya aquél manejable de todo punto, experimentando así las tropas de transporte menor incomodidad y mayor reposo.

Sin suceso alguno particular, seguimos la navegacion todo el dia 25 en demanda de las costas de Córcega y Cerdeña; sólo que hacia la mitad de aquel dia se reconoció por la proa un vapor que resultó ser el *Isabel II*, separado de la escuadra desde la noche del 23, el cual comunicó por medio de señales, no bien estuvo al alcance de la vista, las circunstancias que le habian obligado á variar el rumbo, alejándose de nosotros. Aquella noche comenzaron á reconocerse los fanales de Razzoli en Cerdeña y de La Vizzi en Córcega, que determinan y señalan el paso de las bocas de Bonificio, angosto y difícil estrecho que forman las dos importantes islas del Mediterráneo; pero siendo prudente para atravesarlo aguardar al dia, dió sus órdenes para ello el comandante de la escuadra, maniobrando en consecuencia. A las nueve de la mañana del siguiente, 26, habiamos dejado ya á nuestra espalda las dos islas, que se perdian en el horizonte, confundiendo sus azuladas tintas con el azul de un cielo sereno y de una mar en calma, y dirigiamos nuestro rumbo hácia el monte Circello, primer punto que se reconoce en las costas de Italia, navegando en busca del golfo de Gaeta. Aquella noche, la última de nuestra travesía, trascurrió tambien sin que ningun accidente merezca mencionarse, y al rayar el alba del 27, encontróse la escuadra á distancia tan sólo de algunas millas de Gaeta, en cuyo puerto fondeó la fragata *Mozart*, pasado el medio dia, entrando tres horas despues el resto de la division con entera felicidad. Sólo la corbeta de vela *Villa de Bilbao*, por efecto del mal tiempo que corrió y por haberse visto privada de remolque, hubo de doblar por el Sur la isla de Cerdeña, retrasándose considerablemente. En su busca envió Bustillos, aquella misma tarde, dos vapores para apresurar su arribo.

En el parte que el dia siguiente, 28, enviaba al Gobierno dándole cuenta de nuestra navegacion y llegada, decia: «No puedo omitir, llegando á este punto, el hacer presente á V. E. los servicios que ha prestado á la expedicion la

» marina de S. M., desde su comandante D. José de Bus-  
 »tillos, hasta el último marinero. Méenos se puede decir que  
 »cumplian con su deber, ó que llenaban las obligaciones de  
 »la cortesía, que afirmar en verdad que todos se han entrega-  
 »do á la satisfaccion de un instinto fraternal inevitable.  
 »Cuidados para con el soldado, interés y solicitud para con  
 »los jefes y oficiales, oficiosidad y esplendidez, todo prodi-  
 »gado con el mayor esmero y exquisitos miramientos, tales  
 »son los caractéres que el cuerpo de la Armada ha desplegado  
 »en este caso.»

De las primeras circunstancias de mi llegada á Gaeta y de lo que en aquellos dias acontecia en la plaza, dará suficientes pormenores la siguiente comunicacion, que dirigí al ministro de la Guerra el mismo dia 28, aprovechando la salida de un vapor de la escuadra que volvia á las costas españolas:

«Excmo. Sr.: Ayer 27, á la una del dia, doblé la punta  
 »de Gaeta, entrando en su puerto á bordo del vapor *Vulcano*.  
 »Graves acontecimientos han tenido lugar en este país en  
 »los últimos dias.

»Al fondear en el puerto, ya notamos un campamento es-  
 »tablecido entre la ciudad y el sitio llamado el Borgo, ocu-  
 »pado por dos ó tres batallones, y la antigua bandera napo-  
 »litana en los buques de S. M. y en la plaza, sustituida á la  
 »bandera tricolor; circunstancias todas que hiciéronme sos-  
 »pechar los graves sucesos que habian ocurrido en este  
 »país. En cuanto salté en tierra, me informé de lo acaeci-  
 »do. Los franceses, el 15 del corriente, comenzaron á  
 »entenderse con los triunviros de Roma, sin duda pa-  
 »ra establecer una suspension de hostilidades, cosa que si  
 »parecia imposible verla propuesta, por no estar satisfecho  
 »todavía de una manera digna el orgullo militar de Francia,  
 »mortificado por los acontecimientos del 30 de Abril, no fué  
 »por eso ménos cierta, pues el 17 del presente se publicó  
 »una suspension de hostilidades entre los franceses y los ro-  
 »manos. No me detendré en hacer notar á V. E. lo extra-  
 »ño de estas estipulaciones, sin contar, no ya con el asenti-  
 »miento, pero ni áun con el conocimiento de las potencias

»que tomaron parte en las conferencias habidas en Gaeta  
»sobre el arreglo de los negocios en los Estados Pontificios.  
»Los revolucionarios de Roma, que tan encarnizados enemi-  
»gos se habian mostrado de los franceses dias antes, se con-  
»fiaron tanto en su benevolencia despues de este armisticio,  
»que sin recelo alguno salieron de la capital, segun se dice,  
»de siete á ocho mil hombres, para atacar al ejército del Rey  
»de Nápoles, que, en la confianza del apoyo y cooperacion  
»de los franceses, habia avanzado sobre la capital en núme-  
»ro de 9.000 hombres. S. M. siciliana se encontraba en Al-  
»bano con su ejército, como el general Oudinot en Castell  
»Guido, para la realizacion de las estipulaciones de la confe-  
»rencia de Gaeta, cuando supo la celebracion del armisticio  
»entre franceses y romanos. Entónces S. M. vino la vuelta  
»de Velletri para cubrir las fronteras de sus Estados, cuando  
»fué atacada su retaguardia por las fuerzas romanas al man-  
»do de Garibaldi. Segun unos, apenas podian subir éstas á  
»4.000 hombres; pero otras personas entendidas que se ha-  
»llaron en el encuentro las hacen llegar á 8.000. De cual-  
»quier modo que sea, ello es que los romanos sufrieron mu-  
»chas mayores pérdidas que el ejército napolitano, sin lograr  
»aquéllos apoderarse siquiera de un solo bagaje del inmenso  
»convoy que éste arrastraba. Sin embargo de la poca impor-  
»tancia de este hecho de armas, el movimiento de retirada  
»hizo cundir el desaliento por todas partes; los pueblos que-  
»daron desiertos; Terrachina y otros puntos en donde se ha-  
»bia enarbolado el estandarte papal, fueron abandonados, y  
»no dejó de resentirse en mucho la moral del ejército real.  
»S. M. se ha encontrado en trance bien difícil, obligado á re-  
»tirarse de las cercanías de Roma en virtud del armisticio  
»celebrado, cuando más eficaz debia esperar la cooperacion  
»del ejército francés, apenas sofocadas en partes de sus Es-  
»tados las rebeliones revolucionarias, y con un ejército, que,  
»aunque respetable, no tiene todavía la conciencia de su  
»fuerza ni, por consiguiente, confianza en su organizacion y  
»firmeza. S. M. consideró deber retirarse, como lo hizo, es-  
»tableciéndose en Gaeta. El terror era tal que, segun me ha  
»asegurado el obispo de Cuenca, si á la sazón hubiérase ha-

»llado un vapor español en el puerto, el Santo Padre no hubiera vacilado en embarcarse para Mallorca.

»Hallándose los espíritus bajo tales impresiones, ya apreciará V. E. la oportunidad de nuestra llegada, pues si bien la division no es numerosa, ha bastado para serenar los ánimos y sustituir con la razon y el buen criterio militar, el terror y el espanto. En verdad que tal impresion era bastante disculpable, pues cuando se caminaba en estas negociaciones, en apariencia al ménos, con el más perfecto acuerdo entre las cuatro potencias católicas, garantizado todo con la solemnidad de las conferencias diplomáticas, cuyas decisiones no podian ofrecer dudas en su interpretacion ni obstáculo para realizarlas, era suceso aquél capaz de afectar la constancia más firme, leyendo especialmente la comunicacion del general francés, en que participaba haberle prevenido su Gobierno que ulteriormente no obrase de acuerdo ni con los españoles ni con los napolitanos. Este suceso, que considerados los antecedentes todos no tendrá igual en los anales de la historia, sólo puede calificarse como una asechanza diplomática y como un ardid ó traza, puesta en planta para provocar en contra de las tropas católicas la misma mortificacion que sufrieron los franceses el 30 de Abril último. Acaso en este suceso haya tenido parte, más la indiscrecion del ministro francés en Roma Mr. Lesseps, que la verdadera política de su Gobierno; pero no por esto es ménos cierto que los efectos han sido lamentables.

»En tal estado las cosas, S. M. el Rey se dignó en la noche de ayer hacerme conocer por conducto del embajador de España, D. Francisco Martinez de la Rosa, sus vivos deseos de que yo saliese al encuentro de las fuerzas revolucionarias, para lo cual ponía bajo mis órdenes todas sus tropas disponibles. Los acontecimientos ibanse agravando por momentos. Garibaldi y el triunvirato romano, orgullosos con las ventajas adquiridas, trataban, segun suponía S. M., de efectuar una invasion en el reino de Nápoles con fuerzas que no debian bajar de 14 á 15.000 hombres.

»Suponíase tambien que Garibaldi se hallaba en Arche

» con 7.000 hombres, y Galeta y otros jefes en Frosinone  
» con 5.000, reuniendo ambos 500 caballos y 14 piezas de ar-  
» tillería. Al conocerse este amago del enemigo, unos 700  
» hombres, restos del ejército pontificio, al mando del gene-  
» ral Zuchi, que se encontraban en Ponte-Corbo, se habian  
» desbandado, y el miedo y el terror, recobrando su primera  
» intensidad, daban lugar á temer otros desastres. S. M. el  
» Rey, en vista de estas circunstancias, deseaba confe-  
» rirme el mando de sus tropas, unidas á la division espa-  
» ñola, para rechazar de sus Estados á los invasores y oponer  
» un dique á los proyectos propagandistas de Garibaldi. Aun-  
» que la generosa y benévola distincion de S. M. el Rey de las  
» Dos Sicilias en favor mio, en cualquier otro tiempo exigiria  
» antes de todo el que yo lo elevase á conocimiento de S. M. la  
» Reina, para aguardar su soberana resolucion sobre este  
» punto, todavía lo extraordinario del caso y las circunstan-  
» cias difíciles que se aglomeran, y más que todo los deseos  
» manifestados por el embajador español cerca de la Santa  
» Sede, que tomaba bajo su responsabilidad la admision mia  
» de tan honroso cargo, me decidieron á dar mi consenti-  
» miento, siempre con la idea de renunciarlo si no conviniese  
» á la política del Gobierno de S. M. No escapará á la pene-  
» tracion de V. E. el mal efecto que hubiera causado una re-  
» pulsa de mi parte, en trance como el presente, en que, cual-  
» quier acto que no llevase el sello de la decision y de la firme-  
» za, aumentaria el desmayo y el terror de que es necesario  
» sacar á toda costa, así á este país, como en los Estados  
» Pontificios á los súbditos pacíficos y fieles del Santo Padre.  
» Por otra parte, entrando en las instrucciones que el Gobier-  
» no de S. M. se dignó suscribir, al confiarme el mando de la  
» expedicion, la cláusula de servir de custodia al Sumo Pon-  
» tífice, procurando su seguridad á toda costa, no me parece  
» cumpliria con estos deberes permitiendo que fuese per-  
» seguido hasta en el triste asilo á que lo han relegado la in-  
» gratitud y la perfidia.

» En las conferencias que S. M. el Rey de las Dos Sicilias  
» se ha dignado celebrar conmigo, me ha manifestado el pen-  
» samiento militar que tiene y debe seguirse, el cual me parece

»reunir todas las condiciones del acierto. Quiere, pues, que  
»se reuna el ejército en la dirección de San German, punto  
»estratégico y célebre por haber desde allí, el Gran Capitan,  
»inutilizado los esfuerzos de los franceses cuando quisieron  
»invadir el reino de Nápoles. Ahora que, para rechazar los  
»esfuerzos de Garibaldi, se cuenta con numerosa y buena  
»caballería, este intento debe conseguirse con mayor facili-  
»dad y ulteriores ventajas. Comenzando las operaciones des-  
»de aquel punto, podía ocuparse después alguna parte de  
»los Estados Pontificios para dar aliento á los unos y cer-  
»cenar lo más posible los recursos de los rebeldes de Roma.  
»Si, por fortuna, la ocasión se presentase de castigar la osa-  
»día de Garibaldi y éste se viera obligado á encerrarse en  
»Roma, avanzando por consecuencia el ejército aliado hasta  
»ponerse en contacto con el francés, puedo asegurar á V. E.  
»que estoy resuelto á poner de mi parte cuantos medios  
»sean compatibles con la dignidad de España y de Nápoles  
»para tranquilizar la susceptibilidad del general Oudinot y  
»de sus tropas, de modo que las futuras operaciones dejen  
»la política del Gobierno de S. M. sin compromiso de nin-  
»guna especie. De las fuerzas que ha de reunir el ejército  
»aliado, podrá V. E. formar juicio por el estado minucioso  
»que tengo el honor de elevar á sus manos, debiéndole ad-  
»vertir, sin embargo, que los batallones suizos tienen una  
»reputación no desmerecida; pasan por muy buenas tropas  
»las de la casa real, el tercero de línea y los batallones de  
»cazadores, y cuéntanse como de primera calidad la caba-  
»llería, que se compondrá de 1.500 hombres.

»Como mi primer objeto es dejar siempre libre de todo emba-  
»razo la política del Gobierno de S. M., no quiero indicar aquí  
»pensamiento alguno que pueda empeñarlo en nuevos sacri-  
»ficios de reforzar esta expedición con más tropas; pero como  
»tengo entendido que los embajadores de S. M., cerca de la  
»Santa Sede y del Rey de Nápoles, hacen gestiones en este  
»sentido con V. E., creo oportuno hacer presente que en el  
»caso de aumentarse estas fuerzas, las tropas que llegaren  
»deberán ser de calidad no inferior á las que ya pisan el sue-  
»lo italiano. Los acontecimientos, no permitiendo que las

»tropas españolas entren en instruccion, exigen que al llegar  
»á este país puedan utilizarse inmediatamente y aumenten  
»por su disciplina y condiciones el crédito de que vienen pre-  
»cedidas.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Gaeta 28  
»de Mayo de 1849.—*Fernando Fernandez de Córdoba.*»

Tales eran las graves circunstancias y dificultades con que debia tropezar en Italia, cuando aún no habian pisado aquel suelo las tropas españolas. Los deseos de Fernando de Nápoles, de que daba cuenta á mi Gobierno, las instancias que desde el primer momento hizome Martinez de la Rosa para que tomara el mando del ejército napolitano, y mi aceptacion inmediata, cuestiones eran que podian tener en Europa una resonancia verdaderamente trascendental, empeñando al Gabinete de Madrid en una política más activa y predominante de lo que esperaban y aún querian los consejeros de la Reina. Limitábanse al principio los deseos del marqués de Pidal á que nuestras tropas contribuyeran á la restauracion del Pontífice, obrando de acuerdo y de concierto con las de aquellas potencias que habian concurrido á la conferencia de Gaeta; pero de esto á que el general español se pusiera al frente de las tropas de una de aquellas naciones, no sólo para concurrir á este fin, sino para hermanar la suerte de ambas, ante las futuras eventualidades que pudieran surgir de aquellos críticos momentos, habia en realidad una distancia considerable que muy pronto agrandarian las susceptibilidades diplomáticas, cuyos tratos, acuerdos y negociaciones continuaban con mayor actividad que nunca.

Prueba era de lo que afirmo el despacho que, algunos dias antes de embarcarse la expedicion el 18 de Mayo, enviaba Pidal á Martinez de la Rosa, ampliando sus instrucciones y dándole á conocer con más detallados pormenores el espíritu del Gobierno. España persistia en la línea política que desde el principio de las negociaciones se habia trazado, reducida á no mezclarse en los negocios interiores del gobierno político de los Estados Pontificios, dejando en plena libertad al Pontífice para que, consultando las necesidades de sus pueblos, adoptase, despues de restaurado, el gobierno y las instituciones que mejor pudieran convenirles. En esto diferenciábase España

totalmente de lo que Francia pretendía, declarándose en sus proclamas y escritos oficiales, *mediadora* del conflicto surgido entre la autoridad temporal del Santo Padre y las aspiraciones del pueblo. Y no era que en Madrid presidiese un espíritu político eminentemente reaccionario y en abierta oposición á toda reforma liberal. Antes por el contrario: afirmaba Pidal en sus despachos de aquellos días, que la actitud del Gobierno español no significaba de modo alguno una oposición á que Pío IX dictase las disposiciones que se creyeran favorables al bienestar de sus súbditos; ni mucho menos que se entendiera que España era, ni podía ser, contraria á las concesiones del Papa en sentido constitucional. «Pero así como el Gobierno de S. M., decía Pidal en el despacho de 18 de Abril á que antes me he referido, no intenta influir en estas resoluciones en el sentido y forma en que al parecer lo hace la Francia, aún lo hará ménos en el diametralmente opuesto. *España, como nacion regida constitucionalmente, ve-ria, por el contrario, con satisfaccion* que el Santo Padre, obrando libre y espontáneamente, otorgue á sus pueblos todas aquellas concesiones que con su sabiduría juzgase favorable á su bienestar, al mantenimiento del órden interior y al afianzamiento del Gobierno Pontificio.»

Tal era el espíritu político de nuestro Gobierno, en nada conforme con el que informaba la política francesa, segun hemos visto, pero distante también, aunque no fundamentalmente, de las corrientes autoritarias que prevalecían en la opinión del Rey de Nápoles y de su Gobierno. Nuestra unión militar con sus tropas, haciéndolas operar bajo mis órdenes, hubiéranos hecho solidarios de cuanto el Rey Fernando intentara, colocándonos desde luego en abierta contradicción con la Francia. Verdad es que Austria coincidía con el Gabinete español en todo (1) y que en caso de un rompimien-

---

(1) En 8 de Mayo decía Schuwarzemberg, ministro de Negocios extranjeros en Viena, al representante del Emperador en Madrid en despacho de aquella fecha:

“Para el caso de que el Santo Padre manifestase deseos de que las conferencias de Gaeta continuasen prestándole el auxilio de sus luces y de sus

to con Francia, aquella nacion hubiéranos ayudado lealmente; pero de todos modos, la oferta del Rey de Nápoles, los deseos de Martinez de la Rosa y mi resolucion de ponerme á la cabeza del ejército napolitano unido á las fuerzas de la division española que mandaba, hubieran sido gérmen y principio de multitud de complicaciones y quizá de conflictos para la paz de Europa.

En el capítulo siguiente veremos por qué causa no se realizó aquel proyecto, volviendo á tomar el hilo de este relato á partir del dia en que arribó la escuadra española á las costas napolitanas.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorria.

(*Se continuará.*)

“consejos, hemos autorizado al señor conde de Esterhazy para que pueda tomar parte en sus deliberaciones futuras, dedicándose siempre á defender el principio del respeto debido á la independencia del Sumo Pontífice, y desechando toda proposicion que tenga el valor de una condicion impuesta á Su Santidad. Sabemos que algunos hombres públicos franceses meditan para los Estados de la Iglesia diferentes proyectos de organizacion. Entre ellos, existen algunos á los que no podemos dar nuestro voto. El plan que el partido católico parece haber adoptado, consiste en dejar al Papa la plenitud de sus derechos políticos y en aconsejarle cuando más:

“1.º Que organice la consulta.

“2.º Que secularice los empleos, reservando sin embargo al alto clero la secretaría de Estado, el ministerio de Instruccion pública y las nunciaturas.

“3.º Que introduzca ciertas reformas administrativas y judiciales, cuya utilidad es reconocida por todos.

“Estas bases encierran los elementos necesarios á nuestro juicio para la reconstruccion del edificio social en los Estados de la Iglesia...”

Como se vé por este curioso documento, el mismo espíritu reformador, en sentido cuerdamente liberal, animaba á los Gobiernos de Madrid y Viena en todo cuanto tenia relacion con la futura política de la Santa Sede.



# AVENTURAS

DE

## UN SALTIMBANQUIS.<sup>(1)</sup>

**S**IN embargo, esto no era de todo punto exacto. Los materiales de que se componía aquella mísera habitación estaban algo disgregados, y la luz penetraba en la misma por una abertura circular practicada en la parte superior. En cuanto los viajeros se instalaron como les fué posible, en cada agujero y en cada rendija de la choza aparecieron un par de ojos, ó uno solo allí donde no había sitio suficiente para dos. Al mismo tiempo, por la abertura superior asomaron tres ó cuatro cabezas de negros, con sus ojos blancos desmesuradamente abiertos, y sus enormes labios, dilatados de un modo extraordinario por la sonrisa más necia que puede imaginarse. Aquellos negros espectadores comprendían perfectamente su indiscreción, porque siempre que se veían descubiertas, las cabezas desaparecían instantáneamente...

(1) Véase la pág. 342 de este tomo.

mas para ser sustituidas por otras. Al oír el ruido que sonaba fuera de la choza, al sentir las sacudidas que la ponían en movimiento, y al ver asomar por las rendijas un gran número de manos y de pies, se comprendía que el desfile no llevaba trazas de acabar.

No dejaba de ser molesta semejante curiosidad. Los cuatro europeos habían llegado con su vestimenta de viaje; pero, previendo el caso de que tuvieran que presentarse ante Su Majestad, habían comenzado á revolver sus baules y á ponerse sus trajes de ceremonia. ¡Cómo vestirse y arreglarse con tantas miradas fijas en uno! Esto no ofrecía ningun inconveniente para Mr. Binny; mas para los hermanos Horner y para Mr. Cobb era una cuestion muy dificultosa. Es preciso tener presente la diferencia que habia, por ejemplo, entre Silas Horner con su traje vulgar de todos los dias, cubierto con un sombrero hongo, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, y Silas el mágico adornado con el espléndido aparato que ya hemos descrito; seria lo mismo que si comparásemos un grajo con un pavo real ó un gallo con un faisán dorado. Y la verdad es que aquella trasformacion efectuada en público quitaba al personaje todo el prestigio de que debia rodearse.

Después de una detenida deliberacion, el intérprete se encargó de alejar de allí tan molesta muchedumbre. Oriundo de Sierra Leona, y por lo tanto, tan poco civilizado como los naturales del país, salió de la choza apostrofando á los curiosos, á quienes amenazó con la cólera del rey Gezzo, si no trataban con mayor respeto á los hombres blancos honrados con su poderosa proteccion. Para apoyar sus argumentos, comenzó á distribuir soplamocos á derecha é izquierda, aplastando por aquí narices indiscretas y tirando por allí de las piernas á los que se encaramaban á la choza, para hacerles tomar las de Villadiego, no sin producir gran espanto en los hombres blancos, que temian que aquellos procedimientos nada suaves llegaran á producir efectos deplorables. Afortunadamente, aquellos indígenas eran unos pobres diablos. Contentáronse con reír y dar palmadas gritando: *Akabo! Akabo!* que en la lengua del país significa:

«¡Muy bien, muy bien, amigo mio!» Luégo, tan pronto como el intérprete volvió la espalda, comenzó nuevamente y con mayor denuedo la indiscreta curiosidad. Para terminar aquella desagradable situación, el ciudadano de Sierra Leona no encontró mejor recurso que pedir á Mr. Binny dos ó tres puñados de tabaco y conducir á sus compatriotas á la sombra de un paredon inmediato, en donde les hizo fumar unas cuantas pipas, acompañadas de relaciones más ó ménos fantásticas acerca de los extranjeros, con lo cual pudieron éstos cambiar de vestimenta con entera libertad.

A la caída de la tarde se divisó un gran tropel de negros en el camino de Alada. A medida que avanzaba, pudo distinguirse en la vanguardia al mensajero de Mr. Binny, acompañado de un personaje sumamente raro. Iba vestido con una larga túnica azul con una figura bordada en el pecho que parecía representar una especie de cocodrilo. Llevaba en la cabeza, probablemente afeitada, un cucurucho de paño encarnado, en cuyos lados despuntaban dos pequeñas orejas de plata. Su equipo se completaba con un fusil atravesado á la espalda y un sablecillo sujeto á la cintura, sombreado todo ello por un gran quitasol de color verde, toscamente fabricado, que llevaba en una mano, en tanto que la otra jugueteaba con una varilla de madera blanca.

Detrás de aquel majestuoso individuo marchaba un peloton de soldados negros como el ébano y sin más vestido que un juboncillo de color carmesí. Armados indistintamente de un fusil y de una gran cuchilla, llevaban de cuatro en cuatro, sobre sus hombros, igual número de hamacas, cada una de ellas pendiente de dos largas barras. A la izquierda del peloton figuraban cinco ó seis monigotes, todos con sus correspondientes quitasoles del mismo color, pero un poco más pequeños que el del hombre que iba en la vanguardia. Además del sable suspendido á su cintura llevaban en la mano un latiguillo de cuero con el cual acariciaban de cuando en cuando las espaldas de los porta-hamacas, sin más pretexto aparente que el de afirmar su autoridad. En pos de todos ellos caminaba esa turba de harapientos que se agrega en todos los países á las expediciones militares.

Los hombres blancos vieron avanzar con cierto espanto aquel imponente séquito; pero pronto fueron tranquilizados por el intérprete, que había ya leído en el rostro del mensajero una respuesta favorable.

Apresuróse á explicar á sus amos que el hombre que mandaba aquella fuerza era un gran *carbocier*, ó sea un funcionario de primera clase, y que la varilla que llevaba en la mano representaba *la orden del Rey*. Después de esto, el intérprete se adelantó hácia el *carbocier*, y para significar su respeto al objeto sagrado de que éste era portador, se tendió boca abajo en el suelo.

—¡Demonio! ¡vaya una ceremonia chocarrera! exclamó el americano dirigiendo una mirada de espanto á su camisa y á su chaleco bordado. ¿Estaremos nosotros obligados á repetir esa misma operacion?

—No me haria maldita la gracia, dijo Silas; ¿y á vos, amigo Benjamin?

—Creo que no tendrán la desfachatez de exigirnoslo, replicó Mr. Cobb, no ménos encendido que la levita bajo la cual estaba á punto de cocer como una langosta sumergida en agua hirviendo.

—¡Qué demonio! repuso Mr. Binny, todo eso es cuestion de medio minuto. Nosotros no hemos venido aquí para echarlas de aristócratas, sino para reunir todo el dinero que nos sea posible. Es preciso que traguemos esa píldora; quiere decir que todo quedará remediado con darnos luégo una mano de cepillo.

Silas hizo un gesto que podia pasar por la sonrisa fatídica de un nigromante, tal como era su papel segun el programa de Mr. Binny. A todo esto, el intérprete se había levantado y hacia señas á la compañía indicándole que se acercase para oír la palabra del rey. Entónces Silas Horner, llevando de la mano al pequeño Job, se adelantó algunos pasos. Llevaba á su derecha á Mr. Binny, que no cesaba un momento de saludar, y á la izquierda á Mr. Cobb, cada vez más sofocado por su uniforme militar y su sombrero de tres picos. El *carbocier* tendió su varilla, y Mr. Binny se prosternó denodadamente del mismo modo que lo había hecho el intérprete negro.

—Ahora vos, Benjamin, dijo poniéndose en pie.

Mr. Cobb movió orgullosamente la cabeza.

—¡Nunca! Eso me parece indigno de un cristiano.

—Sois un majadero, repuso el americano. Vamós, Mr. Silas, imitad mi ejemplo. No hemos de ir á echarla de orgullosos cuando acabamos de poner los pies en el Eldorado.

—¡Yo! dijo Silas igualmente indignado. ¡Prosternarme yo como un pagano ante esos grandísimos brutos! No esperéis de mí semejante cosa.

Las vacilaciones reveladas por aquel coloquio sostenido en voz baja habian bastado para producir cierto disgusto. El *carbocier*, extrañando indudablemente que los dos hombres blancos no siguiesen el ejemplo del primero, tendia su varilla con altanera actitud. Los oficiales parecian participar de la sorpresa de su jefe, y los porta-hamacas, no ménos sorprendidos, aprovechaban aquellos momentos para sentir algun alivio en sus espaldas. A todo esto, el intérprete, lleno de estupor por aquella inesperada dificultad, contemplaba á los unos y á los otros lo mismo que un babeiaca.

—Ignoraba que fueseis metodistas, dijo el americano logrando á duras penas sonreirse; debiais habérmelo dicho antes. Yo, por mi parte, me prosternaria doce veces ó más por otras tantas libras esterlinas.

—Pues entónces, dijo Silas encogiéndose de hombros, prosternaos por mí.

—Y por mí, añadió Mr. Cobb.

El intérprete, que deseaba hacer desaparecer aquellas dificultades, vió en estas palabras un ingenioso medio de dar por terminado el asunto. Explicó al *carbocier* que la religion de los hombres blancos admitia el homenaje por procuracion, y que el que se habia ya prosternado estaba dispuesto á repetir la ceremonia en representacion de los otros dos. El dignatario, que parecia ser hombre de fácil acomodo, consintió en el arreglo, y, tomando á Binny, en vista de su sencillo traje, por el criado de la compañía, le hizo con la cabeza una seña que no daba lugar á muchas réplicas. El *yankee*, viendo que no tenia más remedio que obedecer, se tendió en el suelo con toda la humildad posible y se levantó para volver á pros-

ternarse dos veces más ante la varilla blanca, insignia de la autoridad real.

Una vez terminada la ceremonia, el intérprete, después de una breve conferencia con el *carbocier*, manifestó á los europeos que el rey Gezzo había acogido favorablemente su mensaje. Su Majestad, impaciente por verlos, les enviaba una escolta de honor con sus correspondientes hamacas, á fin de conducirlos sin fatiga hasta su palacio. Por lo tanto, debían ponerse en camino inmediatamente. Su Majestad deseaba darles audiencia y presenciar sus ejercicios en la noche de aquel mismo día.

Tan agradable noticia hizo que Mr. Binny olvidase inmediatamente la pequeña mortificación que acababa de experimentar. Apresuróse á quitar el polvo á su traje, y hecho esto, volvió á recobrar para con todos su amabilidad y su buen humor. Como no quedaba más que una hora de sol y había que recorrer unas ocho millas, dió á sus compañeros la órden de despachar cuanto antes, para abreviar en lo posible la impaciencia de Su Majestad. Pero no había necesidad de que el hombre se esforzase. Todo el personal de la compañía de negros, oficiales y soldados, y hasta la canalla que les servía de séquito, se apresuró á ofrecer sus servicios á los extranjeros, á quienes tan poderoso monarca honraba con su favor. Aun cuando hubiesen sido muchos más, no hubieran faltado brazos para trasportarlos y para cargar con sus equipajes. En un abrir y cerrar de ojos, Mr. Binny y sus compañeros quedaron cómodamente instalados en sendas sillas de viaje á la usanza de Dahomey. El *carbocier* se puso á la cabeza del cortejo, seguido de los porta-hamacas, que tomaron el trote entonando una monotonía canción que les servía para ajustar el paso.

Esto constituye un espectáculo que merece la pena de que nos detengamos un momento. Mr. Cobb, tendido muellemente en su hamaca, se siente acometido de un grandísimo deseo de dormir. Una sola cosa le mortifica horriblemente: su gigantesco sombrero de general; pero afortunadamente se ve libre de él, gracias á la amabilidad de uno de los indígenas. Es una costumbre del país llevar los fardos sobre la ca-

beza. El amable indígena creyó que aquel objeto negro que oprimia la frente de Mr. Cobb era uno de los bultos del equipaje. Apoderóse de él sin andarse con repulgos, y, colocándolo sobre su cabeza, con las puntas hácia arriba, siguió andando gravemente al lado de la hamaca de viaje, en tanto que el músico, libre de aquel objeto de martirio, se entregaba á las dulzuras de una locomocion enteramente nueva para él.

### XIII.

A pesar de la velocidad empleada por los porta-hamacas y á pesar del cuidadoso celo del gran *carbocier* que abria la marcha y de los oficiales que la sostenian á latigazos, la pequeña caravana no pudo recorrer en una hora la distancia que media entre Wydah y Alada. El sol estaba ya á punto de desaparecer del horizonte cuando Mr. Cobb fué sacado de su somnolencia por la detonacion de un arma de fuego y por los destemplados acordes de una música infernal. En el mismo momento la pequeña caravana se detenia al pie de un grupo de palmeras. Los viajeros que habian asomado las narices por la portezuela, es decir, que habian sacado la cabeza por encima de los barrotes de sus vehículos, vieron salir á su encuentro una compañía veinte veces más numerosa y escogida que la que les habia acompañado hasta entónces.

Solo, y al frente de la multitud, aparecia un hombre que se distinguia de los demás por el collar de coral que ostentaba sobre sus hombros de color de ébano, y su gorro puntiagudo ricamente bordado de oro y en el que figuraba enrollado un cocodrilo mordiéndose la cola. Un negro de gigantesca estatura que le seguia tan de cerca que iba materialmente pisándole los talones, tenia abierto sobre la cabeza de aquel personaje un quitasol verde con franjas amarillas, cuyo uso era de todo punto innecesario en aquellos momentos. A uno y otro lado de aquel negro colosal iban dos individuos, uno de ellos con una espada desnuda dirigida hácia arriba,

y el otro con una especie de taburete, lleno de grotescas pinturas dispuestas sobre un fondo azul.

A la vista de semejante aparato, Mr. Binny, creyéndose en presencia del rey Gezzo, bajó precipitadamente de su hamaca, con gran perjuicio de sus rodillas y de su nariz, que se arrastraron por el suelo, y con mayor perjuicio todavía de su vestimenta, porque uno de los porta-hamacas, habiendo querido detenerle por los faldones de la levita, se quedó entre las manos con este apéndice, que por lo visto no estaba cosido concienzudamente. El *yankee*, reducido así á vestir una especie de chaqueta, hacia una figura tan grotesca, que Silas no pudo ménos de reirse á carcajadas; ejemplo de todo punto irreverente que fué imitado por toda la compañía negra desde el gran *carbocier* hasta el autor de aquella catástrofe, que seguía creyendo que Mr. Binny era el criado de los hombres blancos. Este, sin embargo, quedó algun tanto consolado cuando supo por el intérprete que el hombre del collar de coral no era Su Majestad, sino el gobernador de la ciudad de Alada. Por lo tanto, todavía quedaba tiempo para reparar aquel desastre, antes de presentarse al Rey, con el eficaz auxilio de unos cuantos alfileres.

Esta consoladora idea tomó aún mayor cuerpo cuando vió que el gobernador de Alada era superior en categoría al *carbocier*, y que éste, á quien guardaba cierto rencor por haberle obligado á arrastrarse por el suelo, rendía el mismo homenaje al gobernador, despues de depositar en sus manos *la órden del Rey*.

El viejo dignatario venia al encuentro de los europeos para cumplimentarlos y celebrar con ellos una conferencia preliminar; tal fué el aviso oficial dado por el intérprete á los viajeros, que se apearon inmediatamente, aunque no con la precipitacion y la desdicha con que Mr. Binny lo habia hecho. Al mismo tiempo, el taburete, conducido hasta entónces con gran solemnidad, fué colocado en el suelo y el gobernador se sentó en él, teniendo á derecha é izquierda á los dos negros encargados del quitasol y de la espada desenvainada, en tanto que otro, colocado detrás de él, desplegó sobre su cabeza una bandera que comenzó á ondular á mer-

ced del viento. La bandera no tenia nada de particular. Era una gran pieza de seda amarilla, sembrada de coronas azules y con su correspondiente cocodrilo; pero, en el extremo del asta, dispuesta á modo de lanza, estaba clavada una calavera blanca y pulida como el marfil, con los dientes pintados de carmin y dos bolas de cristal azul colocadas en las cuencas de los ojos. Aquel horrible objeto, que se destacaba sobre el fondo de púrpura del sol poniente, no era nada á propósito para alegrar la imaginacion.

El pequeño Job, que fué el primero que lo vió, no pudo reprimir un grito de espanto. Mr. Cobb, aunque más dueño de sí mismo, se quedó como petrificado; pero afortunadamente su sombrero de tres picos ocultó el horror que se pintaba en su rostro. Silas se contentó con dirigir una mirada á Mr. Binny. El americano contemplaba aquel siniestro emblema con la misma indiferencia que si hubiese sido una calabaza.

Mr. Binny tenía sin duda sus razones para no conmoverse. Como estaba enterado de los usos y costumbres más ó ménos bárbaras de Dahomey, sabia á qué atenerse respecto de aquella exhibicion, á la que no daba, por lo visto, ninguna importancia. De no ser así, ¿cómo un hombre que nunca habia dado pruebas de valor hubiera podido contemplar á sangre fria una cosa tan monstruosa? De todos modos, no era aquella ocasion oportuna para meterse en explicaciones. Silas estrechó la mano de su hermanillo y lo tranquilizó lo mejor que pudo, obligándole á mirar sin temor alguno aquella calavera, y añadiendo que probablemente no seria aquél el único espantajo que tendrian que ver por aquellas tierras. No carecia esta suposicion de cierto fundamento.

En cuanto el gobernador se colocó sobre el taburete, hicieron los soldados una descarga de fusilería, y los badulaques que presenciaban la escena comenzaron á gritar y vociferar, palmoteando al mismo tiempo con indecible entusiasmo. No era posible producir un estrépito mayor. Cuando se logró que hubiese un poco de silencio, tomó la palabra el funcionario investido con *la órden del rey*. No seria fácil dar cuenta exacta de las majaderías y disparates que soltó du-

rante un cuarto de hora, y que no ganaron nada indudablemente al pasar por la boca del intérprete, que era el negro más charlatan que puede darse. Nos limitaremos, pues, á extractar su soporífera arenga:

Primera parte: El rey Gezzo ardía en deseos de ver los rostros blancos, á quienes el augurio de aquel día atribuía poderes extraordinarios. Era preciso, por lo tanto, no tardar ni un solo instante en satisfacer la impaciencia de Su Majestad.

Segunda parte: El rey Gezzo era hombre de una liberalidad sin límites para con las gentes cuyos méritos llegaban á llamar su atención; pero al mismo tiempo, dotado de una perspicacia extraordinaria para distinguir la superchería del verdadero talento, reservaba los más terribles castigos á los temerarios que trataban de engañarle.

En resúmen: era preciso que los hombres blancos mirasen muy bien lo que hacían.

Terminada esta arenga, quiso Mr. Binny aprovechar la ocasión para recuperar su verdadero rango, y contestó que él y sus servidores tenían á mucho honor el comparecer ante un príncipe cuya fama había resonado en todos los ámbitos del globo, y añadió que los ejercicios de magia anunciados al Rey habían valido á sus compañeros infinidad de aplausos en todos los puntos del horizonte, y esto era suficiente garantía para suponer que Su Majestad quedaria enteramente satisfecha.

El gobernador hizo con la cabeza una señal que parecía decir: eso es cosa vuestra. En seguida empezaron de nuevo las descargas de fusilería, el estrépito musical, los alaridos y los palmoteos, y el cortejo continuó su marcha con dirección á Alada, que sólo distaba ya una media milla, marchando en fila los cuatro europeos inmediatamente después del gobernador y de su servidumbre.

El día declinaba rápidamente. Ya no se distinguía, en la penumbra del crepúsculo, más que la espada desnuda reflejando los últimos rayos del sol, y la banderola coronada por la calavera cuyos ojos de vidrio arrojaban siniestros resplandores. El ruido que producía la bandera, sacudida por el viento, hubiera hecho creer que rechinaban los encarnados

dientes de aquel despojo humano. ¡Extraña situación la de aquellos cuatro europeos caminando en plena noche por un país desconocido, rodeados por una multitud que los saludaba lanzando rugidos de alegría—si es que no significaban otra cosa,—en pos de una espada desenvainada y de una horrible calavera, hacia el palacio de un Rey cuya barbarie parecía incontestable!

Y esta situación, tan poco halagüena en la oscuridad, no debía mejorar al disiparse las tinieblas. De pronto brilló una antorcha, luego dos y luego tres, seguidas de otras muchas, hasta unas cincuenta ó sesenta. Antes de que el cortejo diese diez pasos más, quinientas antorchas de la misma clase iluminaron el palacio del rey Gezzo.

¿Pero era aquello un palacio? El edificio cubierto de rastrojo que los viajeros divisaron por encima de las tapias de tierra que cercaban un gran patio cuadrado, tenía más bien el aspecto de un espacioso establo de vacas que de una residencia real. Sin embargo, examinándolo más de cerca, ciertos detalles sobradamente repugnantes parecían asignarle otro destino.

En frente de aquellas tapias, desde cuyas alturas veinte negros, convertidos en candelabros vivos, alumbraban la entrada del cortejo, veíase una hilera de largas estacas con sendas cabezas descarnadas, cuyo espantoso aspecto, iluminado por la luz de las antorchas, helaba la sangre en las venas. La parte superior de la puerta, en forma de horca, que daba acceso al patio, estaba adornada con las mismas insignias, dispuestas como otros tantos objetos de arte sobre sus respectivas peanas. En el interior del patio, un barbarote que parecía un herrero trabajando sobre el yunque, golpeaba desesperadamente un tambor atestado de mandíbulas y de otras baratijas por el estilo, con dos tibias que le servían de palillos. Por cualquier parte que nuestros europeos dirigían sus miradas, sólo encontraban cráneos, osamentas y restos humanos, formando frisos y cornisas á lo largo de las paredes, ó semicírculos y rectángulos en las puertas y ventanas. En fin, el vestíbulo del palacio estaba materialmente empedrado de cráneos incrustados en el suelo, y que brillaban

como lucientes conchas. Aquello parecía el osario de un cementerio.

¿Cómo extrañar que el pequeño Job, al aspecto de todos aquellos horrores, sintiese un súbito desmayo, y Mr. Cobb, sofocado ya por su uniforme, experimentase idénticos síntomas, cuando el mismo Silas, que era el valor personificado, parecía presa de una penosa emoción? Es preciso considerar que el remordimiento es, para ciertas naturalezas, peor compañero que el miedo; y el joven Horner experimentaba en aquellos instantes un verdadero remordimiento al sentir las dos manecitas que estrechaban convulsivamente las suyas en el paroxismo del espanto.

Mr. Binny no parecía tampoco hallarse muy tranquilo, y eso que ya conocía de oídas todo aquello. Los negociantes de *La Amazona* le habían hablado extensamente de la predilección de los indígenas por la envoltura del pensamiento humano, sobre todo cuando aquella envoltura había pertenecido á sus enemigos. Habíanle descrito las costumbres civiles y religiosas de aquella comarca, y sobre todo una espantosa ceremonia que se celebraba anualmente en el mes de Mayo sobre la tumba del último Rey, ceremonia de que ya hablaremos más adelante, invitando desde luego al lector algo medroso á que salte las páginas en que nos ocupemos en estas cosas, porque de lo contrario, no podría dormir tranquilo en unos cuantos meses.

Mr. Binny sabía todo esto y otras muchas cosas más; pero también sabía que nada puede lograrse sin hacer algún sacrificio, y en su opinión, los tesoros del Eldorado compensaban ampliamente la barbarie de sus habitantes. No ignoraba tampoco que los atrevidos buscadores de oro habían salido perfectamente de todas sus aventuras, y que para haber vivido tanto tiempo entre los caníbales, no se encontraban del todo mal.

Lo que era de lamentar, es que Mr. Binny careciese de valor, y esto, muy enojoso para él, era para su prójimo, bajo cierto punto de vista, una felicísima circunstancia. La pusilanimidad de los malos procura muchas veces la salvación de los débiles. Si todos los lobos con forma humana que an-

dan por esos mundos tuviesen la mitad del valor de un *bouledogue*, ¿qué sería de los pobres corderillos expuestos á su ferocidad? Pero Mr. Hiram Binny no tenia nada de *bouledogue*. Bajo el punto de vista de la raza canina, hubiera podido considerársele como hijo de una perrilla faldera y de uno de esos canes que dan vueltas al asador. Ni un perro huyendo con una cacerola atada al rabo hubiera mostrado mayor espanto que nuestro *yankée* cuando oyó resonar en sus oídos la siniestra algarabía de las trompas de bronce, de las flautas de caña y del tam-tam, y vió surgir ante él aquellos emblemas de muerte. Sin embargo, su terror parecia ser de tan mal augurio como el que habia manifestado en la lancha, y nada hubiera tenido de extraño que una vez más, para salir del paso, meditase alguna trastada.

La comitiva fué recibida en el vestíbulo del palacio por un personaje que debia ser importante, puesto que el gobernador pareció darle cuenta de su mision al mismo tiempo que le entregaba la varilla blanca. Ni el gobernador ni la multitud entraron en la régia morada, en la que sólo los extranjeros fueron admitidos. Hasta hubieron de surgir ciertas dificultades con respecto al intérprete. Mr. Binny era quien debia reclamar contra esta medida, pero como el miedo le impedia articular ningun sonido, Silas fué quien explicó por señas que la presencia de aquel hombre le era indispensable. Después de muchos dimes y diretes, se accedió á su pretension. Entónces apareció una guardia de honor que introdujo á los cuatro europeos y á su intérprete en el patio, y luégo, por una puerta cubierta con una tela amarilla, los llevó á la sala de audiéncia, si puede darse este nombre á una habitacion de cincuenta pies de larga por veinticinco de ancha y que sólo tenia diez ó doce de altura.

Habia poderosas razones para no admitir mayor número de personas, porque, exceptuando una superficie de diez pies cuadrados que quedaba libre, en frente de una especie de jaula ó tribuna rodeada de una espesa reja y cubierta con cortinillas de indiana, que parecia hallarse en comunicacion con una habitacion inmediata, la sala de audiéncia estaba atestada de espectadores. Eran éstos, en un lado, un

grupo de hombres en cuclillas,—digamos de paso que no habia ni un solo asiento en la habitacion,—cada uno de los cuales tenia entre las piernas un fusil de extraordinarias dimensiones; en el otro lado otras tantas mujeres llenas tambien de atributos guerreros, con la diferencia de que en vez de estar desnudas hasta la cintura como los guerreros varones, tenian el pecho cubierto por una túnica blanca que hacia destacar admirablemente sus brazos de ébano, y de que llevaban en la cabeza un gorro puntiagudo del mismo color. Las túnicas y los gorros estaban salpicados de cruces encarnadas y amarillas, de coronas y de cocodrilos. Varias banderas y estandartes pendian de las paredes, revestidas de esterillas de diferentes colores. Encima de la jaula ó tribuna aparecia un trofeo de armas blancas y de fuego revueltas profusamente con las indispensables calaveras. De trecho en trecho estaban colocados toscos pedestales, sobre los cuales, y en unas ollas de aceite, nadaban humeantes mechas; sistema de alumbrado tan detestable como sofocante.

Aun cuando la etiqueta parecia exigir de aquella concurrencia que aguardaba al Rey un respetuoso silencio, la aparicion de Silas al frente de la compañía fué saludada, del lado de las mujeres, con un murmullo de aprobacion, con gran escándalo de los oficiales, que hicieron funcionar sus látigos inútilmente sobre las espaldas de las amazonas. Con un poquillo de fatuidad, Mr. Cobb y el americano hubieran podido atribuir á su gallarda presencia aquellas muestras de admiracion; pero se hubieran equivocado muy mucho, porque iban dirigidas exclusivamente al jóven mágico. Silas tambien se habria engañado atribuyendo á su aire esbelto, á su blanca dentadura y á sus expresivos ojos el espontáneo entusiasmo de las guerreras mujeres de Dahomey. ¿No habian alejado de su pecho todo sentimiento de ternura para no dejar palpar en él sino las aspiraciones belicosas? ¿No habian jurado dejar de ser mujeres para convertirse única y exclusivamente en tigres de guerra al servicio de Su Majestad?

Es, pues, de presumir que lo que hallaban de seductor en la persona del jóven europeo era su fiero aspecto y su aire

marcial. En todo caso, soñarían, á lo sumo, con batallar á las órdenes de tan hermoso capitán. Pero entónces, direis, ¿por qué no admiraban igualmente á Mr. Cobb, cuyo uniforme encarnado y sombrero de tres picos tenían más aspecto militar que el traje carnavalesco de nuestro héroe? No trataremos de dilucidar esta cuestión. Es muy probable que las negras hayan heredado su parte correspondiente de los adorables caprichos legados á su descendencia por la madre comun del género humano, y un cuerpo de ejército constituido de un modo tan singular merece ser tratado con alguna indulgencia.

Sea de ello lo que fuere, el personaje interesado acogió con grandísima indiferencia aquellas muestras de entusiasmo. Una sola idea le preocupaba: la del peligro que tan imprudentemente hacia correr á su hermano, peligro que adivinaba sin conocerlo y cuya extensión procuraba averiguar. Daba lástima ver la palidez del pobre Job, sus ojos espantados y sus labios contraídos, á pesar de que su jóven y animoso corazón luchaba con todas sus fuerzas para disimular su espanto. Tampoco Silas estaba muy tranquilo. No podía darse cuenta del cambio operado en Mr. Binny, y sus reflexiones iban siendo cada vez más lúgubres, cuando las infernales trompetas comenzaron á resonar estrepitosamente en uno de los ángulos de la sala en honor del rey Gezzo, que, á juzgar por aquel anuncio, hubiera podido titularse el chacal con no ménos razón que el *Leopardo*, como lo hacia inmodestamente.

En efecto, el Rey se dignó mostrarse ante sus súbditos.

Al descorrerse las cortinillas de indiana, dejaron ver el interior de la jaula real. Aquella jaula ó tribuna, como se la quiera llamar, que ocupaba las dos terceras partes de la pared en cuyo frente se hallaba situada, contenía siete personajes. Su Majestad, su primer consejero, su hijo menor,—muchacho de unos siete años,—y cuatro de sus mujeres, tres viejas y una jóven. El rey Gezzo no descansaba sobre un trono, segun costumbre de los soberanos; estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre un colchon cuya extremidad posterior, levantada á guisa de almohadon, le servia de res-

paldo. En aquella cómoda postura fué como la compañía de Mr. Binny contempló al poderoso monarca.

El rey Gezzo no era hombre de malas trazas. Su fisonomía, que revelaba una notable inteligencia, no tenía ni los rasgos característicos ni el color de la raza negra. Sin ser blanca ni negra, su tez de color cobrizo oscuro recordaba algún tanto la de los pieles-rojas de América. Su vestimenta consistía en una túnica de raso amarillo, bordada, con todos los colores del arco iris, de estrellas, lunas y medias lunas, y cabezas de caballo y de cocodrilo, y apenas cubría la parte inferior del cuerpo; la parte superior de esta túnica, casi desprovista de mangas, se abría lo bastante para dejar desnudos el torso y los brazos. Llevaba en la cabeza un gorro aplastado que parecía de percal y casi semejante á los que gastan los pasteleros y marmitones. Las tres mujeres viejas, sentadas á su lado, agitaban incesantemente grandes abanicos de pluma en torno de su sagrada persona, en tanto que la jóven, que ocupaba el sitio de honor, guardaba la misma actitud, pero sin hacer absolutamente nada.

En cuanto se corrieron las cortinas y apareció S. M., reinó en la sala un profundo silencio. El Rey, que ardía en deseos de ver á los hombres blancos, aún cuando por dignidad quería aparentar lo contrario, tendió la mano por encima de sus ojos medio cerrados, y permaneció en observación de este modo durante algunos minutos. El exámen fué sin duda favorable, porque, despues de dirigir algunas palabras al oído de su consejero, éste invitó á los europeos á rendir homenaje á S. M., ceremonia que consistía en una simple genuflexión, seguida del acto de besar las reales uñas que les fueron presentadas al través de los barrotes de la jaula.

A una señal del Rey, trajeron una botella de ron, del cual llenaron un vaso. Su Majestad miró á sus huéspedes como diciéndoles: ¡A vuestra salud! Entónces las mujeres viejas formaron con sus cuerpos una especie de muralla enfrente de su augusto esposo, porque es uso inveterado que el Rey no beba nunca delante de ojos profanos. Luégo se ofreció un vaso á cada uno de los extranjeros, incluso el pequeño Job, á quien el líquido alcohólico produjo una violenta tos.

Este incidente pareció divertir mucho al joven príncipe.

Las cosas iban tomando un aspecto satisfactorio. Después de todo, el rey Gezzo tenía el aspecto de un pobre diablo; sus afectuosos modales podían hacer olvidar el siniestro aparato de que se rodeaba, y además, el ron era de primera clase; así es que los saltimbanquis comenzaron á recobrar algún valor.

Después de aquellas libaciones, llegó el momento de explicarse. Mr. Binny pronunció un discurso alabándose todo lo que le fué posible. El contratiempo de aquel día le había hecho comprender lo torpe que había estado, él, director y empresario de la compañía, presentándose en traje de simple caballero particular. Así que empleó toda su elocuencia en poner perfectamente en claro la situación. No echando en saco roto la recomendación de los negociantes de *La Amazona*, á la mayor parte de los cuales conocía el Rey personalmente, explicó, con auxilio del intérprete, que la expedición había sido concebida y organizada exclusivamente por él, que era señor y dueño absoluto de la pequeña compañía admitida para ejecutar sus ejercicios en presencia de S. M. Excitado por el ron, que había producido en sus nervios una saludable reacción, se metió en mil digresiones que hubieran podido durar mucho tiempo si el Rey no lo hubiese evitado cortándole la palabra por medio de un significativo bostezo. Ya era tiempo de comenzar la representación.

Los instrumentos mágicos, incluyendo entre ellos el bombo de Mr. Cobb, que se había quedado en el patio con los equipajes, fueron llevados á la sala á petición de Silas. Aquellos instrumentos, casi todos de fabricación indígena, no favorecían en modo alguno al operador. Además, nuestros artistas, rendidos del viaje, se hallaban en condiciones desfavorables para un *debut*; pero no había medio de retroceder. Por otra parte, la impaciencia del Rey les venía de molde bajo ciertos puntos de vista; la sala estaba tan mal alumbrada, que el más torpe prestidigitador hubiera podido obtener un éxito inmenso. Después de todo, Silas se proponía abreviar la representación, no luciendo aquella noche sino sus más sencillas habilidades.

En ménos de diez minutos quedó extendida la alfombra,

colocada la mesa y cubierta con su aparato ordinario, y los hermanos Horner se inclinaron ante el Rey, en tanto que Mr. Cobb tocaba en su armónica el *God save the queen*, acompañándose con el bombo.

Silas comenzó entónces la serie de sus trabajos de fuerza. Hizo girar los platos y las bandejas de cobre; hizo juegos malabares con los sables; ejecutó diferentes cabriolas y dislocaciones fantásticas, y por último saltó la barrera á pies juntillas con su corbata de cien libras pendiente del cuello. Este último ejercicio pareció llamar la atención del monarca y quiso tocar las pesas con sus propias manos. Cuando quedó convencido de que aquello no encerraba ningun artificio, habló un corto instante en voz baja con su ministro. Luégo, á una señal de éste, un gran hércules negro se levantó de entre los asistentes acurrucados en el suelo, y, despues de tenderse humildemente boca abajo enfrente de la jaula real, se dirigió á Silas, que se ocupaba en preparar un nuevo trabajo. Aquel coloso, fuerte y robusto como un toro de Durham, tenia un pecho y unos brazos atléticos y unas piernas en forma de paréntesis por entre las cuales hubiera podido pasar una carreta.

—¿Qué es lo que quiere este animal? preguntó Silas al intérprete.

—Es Bah-tong, el bufon de la córte y el ejecutor de la justicia del Rey, contestó el interpelado, que acababa de cambiar algunas palabras con el referido personaje. S. M. desea que ensaye el trabajo que habeis ejecutado últimamente.

—¿De veras? dijo Silas. Pues lo mejor que puede hacer el Sr. Bah-tong es llevar sus piernas á casa del herrero para que se las enderece. ¿Y se atreverá el hombre á hacer ese ensayo? Unicamente un loco podria tener semejante audacia.

—No digais eso, replicó el intérprete; es un hombre muy robusto y hace en ese terreno todo cuanto quiere. Miradle.

En efecto, el Sr. Boh-tong, sin dignarse siquiera consultar al europeo, se ceñia el collar de pesas y se disponia á ejecutar aquel difícil trabajo.

La barrera que habia de saltar estaba sostenida por dos pies derechos dispuestos de modo que pudiera colocarse más

arriba ó más abajo el madero que determinaba la altura del salto. Silas, que no quería demostrar toda su habilidad á las primeras de cambio, sólo la había levantado unos tres pies; pero Bah-tong, con estremada osadía, la hizo llegar á la altura de cuatro pies. En seguida retrocedió para tomar el necesario impulso, luégo dió un brinco, y por último... cayó estrepitosamente al suelo, entre las piezas de que se componía el aparato. El bufon africano no había provocado nunca en el ejercicio de su cargo un coro de carcajadas tan unánime como el que oyó en aquel momento. Corrido como una mona y furioso como un lobo cogido en el lazo, se desprendió del collar de hierro y se volvió cojeando hácia su sitio.

—¡Magnífico! murmuró Binny al oído de su primer artista; continuad. El Rey está de buen humor; por consiguiente, aprovechemos esta buena coyuntura.

Así lo hizo Silas. Animado por la derrota de su rival, continuó sus ejercicios con sorprendente brio. Se tragó unos cuantos sables; frió una tortilla en el sombrero de Mr. Binny; quemó el pañuelo del Rey y se lo devolvió intacto. Hizo que el pequeño Job se sentase en medio de la alfombra, lo cubrió con un paño, y le dió una infinidad de puñaladas. El paño se tiñó de sangre, el jóven impostor lanzó terribles gritos, á los cuales sucedió el estertor de la agonía, y luégo no se oyó nada más. Silas levantó entónces el paño, pronunciando algunas mágicas palabras, y el simpático Job apareció de nuevo hermoso y alegre como una mariposa, y se puso á correr y á saltar con el entusiasmo de un cabritillo. Por último, el prestidigitador se llenó la boca de agua y comenzó á arrojar llamas por los lábios y por las fosas nasales, ni más ni menos que uno de los dragones de la fábula.

No estuvo muy acertado al escoger este último trabajo. Apenas lo había terminado, cuando Bah-tong, ansioso de tomar su revancha, se levantó, y prosternándose nuevamente ante la real tribuna, pidió permiso para desafiar al mágico europeo. Concedido el permiso, Bah-tong salió de la sala y volvió con una lámpara encendida. Acercóse á Silas y sacó de su cinto una bolita trasparente que le hizo examinar. Era una bolita de vidrio, ó al ménos así lo creía Silas cuan-

do la devolvió á su antagonista. Entónces Bah-tong, colocando la bola sobre su mano abierta, puso ésta encima de la llama de la lámpara, y la tuvo allí hasta que la bola, enteramente fundida, corrió sobre la alfombra. Hecho esto, mostró otra bola enteramente parecida á la primera, y se la entregó á Silas con la lámpara, invitándole á que hiciese otro tanto. Pero esto superaba las fuerzas de nuestro prestidigitador. Contentóse con presentar un trozo de papel sobre la llama para ver si efectivamente quemaba. El papel quedó en seguida reducido á cenizas. En vista de lo cual, el pobre Silas, lleno de confusion, devolvió la lámpara á Bah-tong, que era lo mismo que darse por vencido.

Viendo Bah-tong que la suerte se volvía á favor suyo, no quiso desperdiciar la ocasion de humillar á su enemigo. Como, gracias á su título de bufon, estaba autorizado para disparatar á su antojo, abusó de este privilegio diciendo mil desatinos en una lengua ininteligible para los europeos, pero con unos gestos y con un resultado, que éstos pudieron adivinar muy fácilmente. Imitó de un modo tan cómico y picaresco, en medio de un aluvion de palabras, la orgullosa actitud de Silas, que, á pesar del respeto debido á Su Real Majestad, la negra muchedumbre no pudo contener su hilaridad.

—¿No os parece que están burlándose de nosotros? dijo Binny al intérprete.

—Creo que eso está fuera de toda duda.

—¡Qué estúpidos! ¡Ay, querido Silas, buena la hemos hecho! Ese negro nos ha derrotado. ¡Y que hayamos venido de tan lejos para hacer un fiasco semejante!

—Vos teneis la culpa. Bien os decía yo que estos salvajes sabian de estas cosas mucho más que nosotros.

—Vamos, tened un poco de valor. ¿Por qué no procurais hacer eso de la lámpara?

—Hacedlo vos mismo, si os parece; yo confieso desde luégo que no me atrevo.

—Pues entónces, emplead todos vuestros principales recursos. Si queremos salir de este pantano, es preciso que jugueis vuestra última carta.

En efecto, el silencio que habia sucedido á las grandes

carcajadas, tanto en la tribuna real como en la asamblea, indicaba claramente que todos aguardaban con impaciencia la continuación del espectáculo.

Silas se volvió hacia el intérprete y le dirigió algunas palabras.

—¡Muy buena idea! dijo el ciudadano de Sierra Leona. ¿Pero hablais formalmente?

—Muy formalmente.

El intérprete dió el recado al individuo que más cerca tenía, y éste hizo lo mismo con su vecino, mostrando todos una gran sorpresa.

El Rey preguntó qué significaban aquellos dimes y diretes.

—¡Rey de los Reyes! ¡gran leopardo del desierto! dijo el intérprete prosternándose ante Su Majestad; el mágico blanco necesita un poco de barro blando.

—Que se lo traigan en seguida.

Esta era precisamente la dificultad. Aunque lo que se solicitaba no podía ser cosa de ménos importancia, había que correr más de una legua para poder encontrarlo.

—Me contentaré con un poco de masa, dijo Silas.

La augusta faz del gran leopardo, que se había puesto sombría durante aquella ligera interrupción, recobró su perdida serenidad. Envióse un mensajero á la real cocina, y, obedeciendo las indicaciones de Silas, se le proporcionó un trozo de masa suficiente para un pan de cuatro libras. Enseguida, el jóven Horner pidió que Bah-tong se sentase en medio del círculo. Hecho esto, se sentó él mismo enfrente del bufon negro, despertando así más y más la atención de la asamblea.

Nuestro héroe, teniendo siempre la masa en las manos, fijó primeramente su penetrante mirada en las facciones de Bah-tong. Aquellas facciones ofrecían el tipo de una fealdad ideal; los pómulos eran desmesuradamente pronunciados; la nariz aparecía aplastada como si la hubiesen pisado cuando niño; la frente deprimida y medio oculta bajo el pelo, que parecía lana negra; la boca rajada de una á otra oreja y adornada con dos enormes belfos que dejaban ver unos afilados dientes en forma de flor de lis como los de un perro.

dogo; todo ello espantosamente surcado por infinidad de arrugas, porque el Sr. Bah-tong no era nada joven.

Después de algunos instantes dedicados á aquella contemplación, que pareció causar cierto malestar al que era objeto de ella, comenzó Silas á trabajar la masa, sin separar la vista de su modelo. El trozo de masa adquirió rápidamente una gran semejanza que no podía ocultarse á la perspicacia de los espectadores. Cuando, después del primer esbozo, hubo dado los últimos retoques, ahuecando más profundamente las órbitas de los ojos, deprimiendo la frente y aplastando la nariz con el auxilio de ambos pulgares, resonó un aplauso general. Todo el mundo había reconocido el retrato, excepción hecha del original, que no comprendía el motivo de aquella ruidosa manifestación.

Cuando hubo terminado aquella obra maestra, el joven escultor la colocó sobre un taburete, enfrente de la tribuna real y se retiró modestamente á un lado en tanto que Bah-tong, sin saber lo que le pasaba, fué á ocultarse á su rincón, en la actitud de un oso que vuelve á su guarida.

Reinaba un profundo silencio. Parecía que la negra asamblea creía hallarse en presencia de un poder sobrenatural. El rey contemplaba la cabeza de masa con tanta curiosidad como malicia.

De pronto, una carcajada aislada y estridente resonó como una especie de trueno... Luégo hubo un silencio sepulcral.

¿Quién era el insolente que se atrevía á ofender la majestad real y á faltar á la etiqueta, tan severa siempre en la corte del rey Gezzo?... ¿Quién?... No podía ser otro sino Bah-tong.

La risa del deforme gigante, bufon y verdugo de un rey sanguinario, era sobradamente conocida en Alada: risa siniestra, que comenzaba como el rugido de una fiera y recordaba al concluir el grito de la víctima inmolada. Él gozaba indudablemente muchos privilegios, pero parecía ser que en aquella ocasión había ido mucho más allá de lo que sus prerrogativas le permitían. Todos los ojos se volvieron hácia él y le contemplaron con muda consternación. El presunto au-

tor de aquella inconveniencia no parecía tener ya conciencia de sí mismo. Si la risa de que se le suponía autor hubiera hecho estallar su cerebro, no hubiera dirigido en torno suyo miradas más estúpidas.

El rey Gezzo consideraba la cosa de muy distinto modo. Sin preocuparse por el terror que manifestaba su servidumbre, examinó la cabeza con una mezcla de sorpresa y de buen humor, que produjo á Mr. Binny una satisfacción extraordinaria. La misteriosa carcajada había salido de los labios modelados por el mágico europeo. Esto no ofrecía ningún género de duda.

—¡Bravo! dijo Mr. Binny al oído de Silas. Continúad ese mismo procedimiento. Bien os decía yo que íbais á dejarlos patitiesos en cuanto tocáseis ese registro.

—Todavía no podemos cantar victoria; tal vez haya llevado muy lejos mi atrevimiento... ¡Calla! ahora se levanta el bueno de Bah-tong. ¿Qué irá á hacer? Tal vez se proponga construir otra cabeza parlante.

El desdichado Bah-tong no pensaba en semejante cosa. Parecía que para tomar su revancha quería dar á la corte el espectáculo de un hombre embriagado. Anhelante, con la mirada extraviada y con las rodillas temblonas, hasta el punto de parecer mucho más estevado, se dirigió tambaleando hácia la tribuna real y se prosternó pidiendo perdón y jurando por todos los ídolos del reino de Dahomey que él no era quien se había reído. Era verdad que aquella carcajada se parecía muchísimo á las suyas, él lo había reconocido como todos los demás, pero no era él seguramente quien la había soltado.

La desesperación semi-trágica del bufon produjo una indescriptible hilaridad en los individuos que ocupaban la tribuna real, que por otra parte estaban convencidísimos de su inocencia. Las mujeres viejas y jóvenes se desternillaron de risa, el joven príncipe lanzó gritos de alegría acompañados de estrepitosas palmadas, y ni el gran consejero logró conservar su seriedad. El Rey no se reía, pero la expresión de su rostro revelaba una vivísima satisfacción: en vista de lo cual, los cortesanos de la sala comenzaron á sonreírse y á cuchi-

chear. Silas, algo más tranquilo, se acercó á Mr. Cobb y le dijo al oído:

—Esto va tomando muy buen aspecto.

—¡Ya lo creo que sí! exclamó Benjamin, que dicho sea de paso, no habia abrigado ni un momento el más pequeño recelo. ¿Cómo queriais que sucediese de otro modo, querido Silas? Habeis estado admirable.

—Pues yo creia haber ido demasiado lejos. Lo peor de todo hubiera sido asustar al rey haciéndole creer que estamos en relaciones con Satanás. En ese caso es muy probable que el Sr. Bah-tong hubiera tenido que encargarse de rebanarnos la cabeza.

—¡Silencio! ¡El rey habla! dijo el intérprete, que tradujo el diálogo siguiente entre Su Majestad y su bufon:

—Bah-tong, ¿estás bien seguro de que esa carcajada se te ha escapado á pesar tuyo?

—¡Segurísimo, sol de los soles! Si me he dado cuenta de ello, que no contemple nunca los rayos de vuestra augusta faz.

—Está muy bien. ¿Has vuelto ya á ser dueño de tí mismo? ¿Puedes reirte ahora?

Semejante pregunta era una amarga ironía para un pobre diablo tan lleno de desesperacion.

—¡Ah! ¡No, señor! exclamó con aire compungido; yo no puedo ni quiero reirme.

Pero ¡extraña sorpresa! En el momento en que pronunciaba estas palabras fijando en el rey sus humedecidos ojos, dejóse oír una nueva carcajada, más acentuada y mucho más estrepitosa que la primera.

M. GREENWOOD.

(Se continuará.)



## MANUSCRITOS DE ACTUALIDAD

---

«Excmo. Sr. D. José de Cárdenas.

Muy señor mio y respetable amigo: Entre los libros y documentos que forman especial seccion en la biblioteca de mi señor padre, por haber sido impresos en Granada, ser granadinos sus autores ú ocuparse de esta ciudad, se encuentra un tomo de VARIOS que comprende diversos papeles manuscritos, algunos de los cuales voy á copiar y á remitir á Vd. por si tengo la fortuna de que puedan ocupar con provecho su atencion y la del público, hoy que el incendio del teatro Ring de Viena y el hundimiento de la plaza de Abastos de Antequera disputan á la absorbente política el privilegio de atraer la general curiosidad.

De la ruina de la plaza de Antequera hoy nadie se acuerda, satisfecho ya el *noticierismo* que distingue á nuestra época: otro tanto acontecerá, sin duda, con el incendio de Viena cuando telegramas y periódicos dejen de anunciar sobre él espeluznantes nuevas.

Todo se reducirá, *more hispanica* y sea cualquiera el Gobierno que felizmente nos rija, á los auxilios concedidos por las Cámaras austriacas á las familias de los muertos en la catástrofe de Viena; á una interpelacion del Excmo. Sr. D. Manuel María de Santa Ana en nuestro Senado; á otra del Sr. Diz Romero en el Congreso; á funciones teatrales, de canto en este coliseo, dramáticas en el otro, de baile en el de más allá, para consolar á las viudas y huérfanos; al nombramiento de comisiones y juntas de próceres *elocuentísimos*; á algunos reconocimientos facultativos posiblemente generadores de largo expedienteo, y . . . . . á esperar la noticia de otro siniestro que anunciará *ubi et orbi* la prensa periódica para ser á su vez olvidado.

Comprendo que deben respetarse ciertos intereses comunales y privados; pero, sobre todos ellos, debe estar sin duda el de la vida de los ciudadanos; y, así, entiendo que, cuando ménos, despues de la noticia de la catástrofe del coliseo vienés, no se habrá permitido en Madrid (de provincias no hay para qué hablar) que se dé ni una sola funcion en teatro cuyas puertas no abran hácia la vía pública, pues éste es el primero y el más grande de los peligros que ofrece todo edificio destinado á diversiones populares; que los anchos callejones de salida son más difíciles de arreglar en los estableci-

mientos que de ellos carecen y los telones aisladores y las decoraciones incombustibles y las aguas abundantes de que todos ellos deben estar dotados, no son tan importantes, hoy que ha ardidido el Ring, ámpliamente provisto de éstos tales preservativos, casi inútiles ante la loca rapidez de los incendios en los coliseos; pues, como verá Vd. en los adjuntos papeles, el techo de la casa de comedias de Zaragoza cayó sobre los espectadores á los cinco minutos de ser notado el incendio, tiempo insuficiente ni aún para comenzar á ensayar la eficacia de aquellos remedios.

Sin duda siempre han ardidido los coliseos; pero hoy con el alumbrado del gas acrecen los peligros y la rapidez vertiginosa de aquéllos, como lo prueban los recientes incendios de Niza, de los Estados-Unidos, de la Grande Opera de París, de los teatros Rómea y Circo de Madrid.

Tampoco son nuevos los hundimientos de obras públicas y particulares; pero ahora que aquéllas se multiplican á maravilla y existen no pocas empresas que se encargan por contrata de las de éstos, atendiendo algunas veces más al lucro desalmado que á la seguridad personal, es preciso que las autoridades velen para que no ofrezcan peligro, aún á riesgo de coartar ciertas libertades, cuya cortapisa ha de creer Vd. que no me haría perder el sueño.

Muchos artículos de periódicos y telegramas sobre el incendio de Viena me han *edificado*, excitando mi curiosidad; pero ninguno como el siguiente, digno del alambre, sobre todo encomio, y de nuestros incomparables tiempos democráticos:

«*Viena 10 (3,55 t.)*—En el incendio del teatro de Viena perecieron más de 400 personas. Ninguna de ellas era notabilidad política ni social, excepto un diputado polaco.»

¡Donoso estilo y dato curiosísimo que debe servir de general consolacion!

Excepto un *diputado polaco*, toda la carne quemada en el teatro de Viena era, como si dijéramos, *carne de cañon*.

Por lo demás, el espectáculo ha sido el mismo en el incendio del teatro austriaco ocurrido en Diciembre de 1881, que en el de Zaragoza en Noviembre de 1778. En ambos es de ver la locura humana elevada al paroxismo: los fugitivos se precipitan, faltos de toda razón, los unos sobre los otros, que magullan y destrozan al caído y con su propio impulso cierran las puertas de su horrible cárcel de fuego; en ambos, ébrios de terror y de egoismo, forman los fugitivos una espesa muralla de carne palpitante entre rugidos de desesperacion y de ferocidad inconcebibles.

Hé aquí ahora los documentos en cuestion, que ocupan los folios 197 vuelto al 204 del tomo en 4.º que indiqué á Vd. al principio de esta epíslola, los cuales copio sin alterar punto ni coma.

Dichoso yo si concediéndoles Vd. los honores de la publicidad en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, logro reanimar el interés del público y de las autoridades en asunto de tan vital trascendencia.

De Vd. siempre respetuoso amigo S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO DE P. DE GÓNGORA.

GRANADA 19 de Diciembre de 1881.

## AÑO DE 1778.

## INCENDIO DEL COLISEO DE ZARAGOZA.

Con motivo del cumplimiento de años del príncipe D. Carlos Antonio, que nació en 12 de Noviembre de 1748, se dispuso en Zaragoza una ópera en el 12 de Noviembre de 78. Concurrieron á ella las personas de más distincion. Concluida la segunda escena muy cerca de las siete de la tarde, los italianos representantes dejaron caer el telon exterior que cerraba todo el frente del teatro para prepararse al baile. Inmediatamente salió uno de ellos gritando: *Foco, señores, foco*, lo que puso á todo el concurso en movimiento y empezaron las gentes á salir arrebatadamente, no obstante que no se veia fuego ni señal de él.

Sosegó el bullicio otro de la compañía que salió á poco, asegurando que ya el fuego estaba remediado: y en esta creencia el Excmo. Sr. D. Antonio Manso, capitan general de Aragon, exhortó á todos á que no se atropellasen, y á que se mantuviesen quietos, como en efecto lo hicieron los más, volviéndose á sus asientos. Mandó tambien levantar el telon para registrar el interior del teatro; pero nadie pudo obedecer, tomándolo á su cargo las mismas llamas, cuyo ímpetu arrojó el telon encendido sobre las gentes que ocupaban el patio ó luneta. Al mismo tiempo salieron unas llamaradas espantosísimas, que abrasaban los rostros del primero y segundo orden, y apagándose la iluminacion del coliseo, ardió en un instante toda su superficie.

La turbacion de todos fué indecible, el atropellamiento por salvar cada uno su vida, inevitable. De aquí resultaron luégo innumerables desgracias, pereciendo muchísimos oprimidos de la multitud misma, y ahogados del humo pestilente. El humo y el fuego se introdujeron por todas partes, dejando cerrados los pasos y desmayadas las gentes.

Todas las providencias que los animosos y caritativos pudieron tomar para el socorro de tantos infelices, no podian ser bastantes en tan fatal calamidad. Algunos entraron y sacaron á no pocos. Otros entraron y perdieron sus mismas vidas. Mayor número hubiera sido el de los abrasados, especialmente de mujeres, si no hubieran tenido aliento para arrojarse por algunos balcones y por la escalera, desde donde las tiraban á fuera, como entre muchas otras lo hicieron la capitana generala y la condesa jóven de Sástago. El capitan general fué sacado casi en los últimos vales, que experimentó al siguiente dia sin remedio.

A toque de campanas se convocó á la ciudad toda en la calle del Coso: y muchos más se aplicaron á sacar moribundos y muertos. Los carpinteros y albañiles, subiendo sobre los tejados de la fábrica, lograron cortar el fuego, que empezaba ya á emprenderse en el hospital contiguo, y amenazaba reducirlo á cenizas con todas las casas de aquella vecindad, y más brevemente si ocupaba sus almacenes de leña y paja, y los del meson inmediato.

Ardia entretanto el coliseo, dejándose ver por cima una espanto-

sa columna de fuego, que subia sobre los más altos edificios. Despedía ésta innumerables chispas, y abrasaba los tejados de todas las casas aún distantes 300 pasos. El techo del coliseo cayó á los cinco minutos de empezarse el incendio sobre la multitud; pero no bastó para que se finalizara. Convirtiéronse aquellas calles en acequias, mas toda el agua no pudo contener la voracidad. Cada instante se aumentaba más aquel fuego infernal, el pavor y la aflicción. Así todo el día siguiente fué de Juicio y confusión para Zaragoza, que vió abrasado todo el edificio, sin que quedasen de él sino las paredes forales; pero quebrantadas y pasadas del enemigo exterminador.

No cesaba entretanto la piedad, sacando á cuantos podian, que casi todos salian abrasados y tan desfigurados, que no pudieron ser conocidos. Fué esta diversion la que condujo al fatal teatro á la gente de ambos sexos más conocida, más lucida y jóven; pero ni los pocos años, ni las brillantes galas, ni la hermosura de tanto número de doncellas se dejó ver despues.

Al convento de San Francisco pasaron todos los cadáveres, que guardaban centinelas sin dejarlos ver ni llevar á sus casas ni parroquias. Esta providencia se dió para templar en lo posible la grande y comun aflicción del pueblo. El día 13 echaron en dos cisternas en medio de la mañana más de 50 cuerpos que arrojaban un hedor intolerable. Aún el hedor de las ropas, contaminadas de la pestilencia del humo, no era sufrible despues de muchos días en los que no murieron al instante.

A los que salieron moribundos, les suministraban en la misma calle ó portales medicamentos espirituosos, les sangraban, les auxiliaban ó sacramentaban. A muchos portearon despues á sus casas, en donde acabaron las vidas, siendo pocos los que se libraban de la muerte.

Por no aumentar el general sentimiento, se dispuso que no se tocasen las campanas por los que morian, ni se hiciese entierro público, ni se llevase públicamente al Santísimo Sacramento á los que le pudieran recibir. Solo fué excepcion de esta orden el capitán general, cuyo cadáver fué públicamente llevado á su parroquia de San Gil, pero sin toque de campanas, sin salvas, ni otra demostracion alguna de honor.

El número de los muertos fué grande, mas no se ha hecho fácil descubrirle. Por razones políticas se procura siempre ocultar; pero lo cierto es que el número grande de forasteros no se vió despues, ni la flor de la juventud conocida por su nacimiento, estimacion y conveniencias de sus casas. No hubo domicilio que no lamentase desgracia, y muchos quedaron cerrados, sin que pareciese una sola persona de toda la familia.

Pereció el general, el contador mayor, el teniente coronel de Calatrava, señores regidores, dos caballeros San Juanistas, el secretario de la ciudad, señores presbíteros, la hija del baron del Purroy y otras muchas, hasta noventa. Algunas listas señalan otras trescientas personas difuntas, sin las que quedaban maltratadas, como el conde de Argillo y su hijo D. Miguel Muñoz, el canónigo Añoa, y otras de la misma é inferior clase. Muchos albañiles que respiraron el pestilente humo tambien han fallecido.

En el mismo día se emprendió también fuego, por la mañana, en el teatro cómico de Granada, y por la tarde en el de Málaga; pero fué Nuestro Señor servido se cortasen inmediatamente, áun sin peligro de persona alguna.

## TERREMOTOS EN GRANADA.

En el mismo punto, día y año que Zaragoza lamentaba sin consuelo la pérdida de tantos ilustres hijos, llorando los padres y madres á los que habian dado el sér, y éstos á muchos otros de quienes le habian recibido; las mujeres á sus maridos, y á éstos los tiernos infantes, ya huérfanos y sin arrimo; no habiendo casa libre del trabajo del luto, ni alivio alguno en tan horrendo pesar, anunciado á voces por aquel insigne venerable apostólico predicador dominicano, el reverendísimo P. Garcés, honor de nuestro siglo, de cuyo celo, caridad y fortaleza fuimos testigos dentro de la córte de España, mientras á toda diligencia se llenaban las cisternas de cádáveres corrompidos, quemados vivos á violencias del fuego del día antecedente, que todo esto acontecia á las nueve, poco más, de la mañana del día 13 de Noviembre de 1778, se sintió en Granada un tan espantoso terremoto, que á no mediar con su poder la piedad divina, hubiera perecido toda su bella poblacion. Ninguno de los ancianos de más de noventa años que conocemos hace memoria de terremoto más horrendo y peligroso. A la media hora repitió otro no pequeño; otro á las once y media; otro cerca de las tres de la tarde, y muchos otros al día siguiente. Continuáronse despues hasta el mes de Diciembre tantos, que faltaban ya las fuerzas para tan repetidos sustos.

Entretanto, andaba todo el pueblo conmovido de su dolor en repetidas rogativas y penitencias públicas. Representábase el fin del mundo, y que habia llegado ya el término á las iniquidades. Todos imploraban la misericordia de aquel Señor infinitamente indignado; todos tomaban lo más preciso para no acabar la vida; velaban todos sin permitir el temor el más ligero descanso; únicamente ocupados en llenar los aires de dolorosas súplicas. Muchos dejaron sus casas, retirándose á otros lugares en que se tenian por más seguros. Dormian no pocos en los campos, en donde se refugiaban con sus coches las personas de distincion. Y nuestro ilustrísimo arzobispo D. Antonio Jorge y Galban durmió alguna noche en el Convento de Capuchinos. No hubo iglesia ni comunidad que dejase de hacer su procesion de rogativa, como lo practicó su ilustrísima con su cabildo eclesiástico.—La ciudad ofreció quitar las comedias; accion que celebró nuestro Monarca, dando facultad para que de el lugar ó casa en que representaban se hiciese lo que les pareciese más conveniente.

### AÑO DE 1779.

## NUEVO PUENTE DEL PUERTO.

En el mes de Enero de este año se acabó de edificar el magnífico puente del Puerto, por disposicion del excelentísimo capitán general conde de O'Reilly. Es uno de los edificios más completos, hermosos, fuertes y de buen gusto. Está sobre dos pilares de cantería que

miden 21 varas de largo y 11 de ancho, puestos de forma que cortan el agua en su creciente y menguante; y entre ellos se hallan colocados siete barcos seguros y firmes. Suplen la distancia de ambas bandas, que es dilatada, estacadas de pino muy grueso, mirándose desde ellas un pavimento sumamente curioso y bien acomodado, de cuartones del mismo pino, que facilitan el paso de una á otra parte. En su entrada y salida hay dos plazas: la primera, á la banda de la ciudad, hace un semicírculo con algunas puntas muy agraciadas, de buena arquitectura, que adornan seis primorosos remates de la misma cantería, rodeada de una ancha muralla. La segunda es ovalada, y de su centro sale un arrecife que hace magnífico un camino que sale para Puerto Real. Entre el pilar de esta parte y la estacada, está una compuerta en dos mitades, y mide 72 varas cuadradas; la una apoyada en dicho pilar, y la otra en la referida estacada. Sirve para dar paso á los barcos que van de Jerez, que sólo lo permite en la creciente, porque en la baja mar ó menguante, queda casi seco.

#### ESTRENO DEL PUENTE.

El domingo 12 de Febrero del 79, queriendo el dicho capitán general dar tres dias de gusto al pueblo, salió entre once y doce de la mañana acompañado de su esposa y otras señoras, del clero, oficialidad y demás personas de distincion, seguidos de una numerosa multitud del mismo pueblo, y pasaron á la otra parte del puente. En el pilar contiguo á la compuerta estaba una orquesta de música, la cual dió motivo á una parada de todas las gentes, que no daba paso á nadie. En esta ocasion se sintió un estremecimiento grande, de que no hicieron caso; mas á poco faltaron de repente las compuertas, y con ellas todos cuantos estaban encima fueron al sepulcro de las aguas, cayendo sobre ellos las gruesas cadenas, y muchas partes de la máquina.

Un coronel del regimiento de Vitoria, D. Juan Montijano, alcalde mayor; D. Rafael de Clisa, síndico; D. Domingo Barredà, diputado; D. Nicolás Cañas, regidor; D. Juan Izquierdo, cura; D. Miguel Chives, D. Antonio Reinoso, D. Juan Mogro, predicador mínimo; la mujer del teniente coronel del regimiento de Galicia; D. Antonio Orlando, diputado; D. Gregorio Molina, regidor; D. Juan Navarro, alguacil mayor; D. Alonso Torriva, presbítero; D. Dionisio Capaz, fiscal; 17 mocitas, 21 forasteros, 2 hijas de Mateo Corso, la mujer é hija de Pedro Rubio, 11 mujeres, 2 sargentos y un soldado, María del Pilar, su hija y 3 sobrinas, doña Rufina de la Canal, la hija de Moncaio, una hermana de Jerónimo de Luna, 10 hermanos de Santa Lucía, un donado de Capuchinas, y otros muchos, hasta 150 personas. A la capitana generala la asieron al caer, del caballo, y su marido estuvo muy cerca del peligro. Fuera de estos se libraron muchos, aunque bastantemente estropeados. No cabe en ponderacion el llanto y comun amargura de este dia y la del siguiente, al verse las casas y calles pobladas de muertos, haciéndose más lastimosa la desgracia, con verse tantos entierros, y por enterrarse los más en la única parroquia que hay, que es la prioral.

F. DE P. DE G.



## BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. <sup>(1)</sup>

**Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.** *De la Academia Española.—Dramas y comedias.*

Cuando hace poco anunciamos el tomo primero, fué con objeto de celebrar el nuevo ramillete de preciosas flores literarias que ornaba la poesía castellana. Hoy nos toca más alta empresa, enaltecendo el volúmen que encierra las obras dramáticas del excelentísimo Sr D. Mariano Roca de Togores, conocida alguna de escaso número de personas que tuvieron la dicha de verla representar en el escogido círculo para quien la escribió el autor.

Hablamos del proverbio francés de O. Feuillet, *L'Urne*, arreglado al español, con notable maestría, por el señor marqués de Molins, bajo el epígrafe de *El muerto al hoyo*, preciosa joya que termina el libro que analizamos, digna de mencionarse la primera, si no en razón de su mérito, por ser, como la últimamente compuesta, vivo testimonio de la facundia y ameno ingenio del autor; que no poca frescura de imaginación es necesaria para trasladar una obra extranjera al idioma patrio en términos que por su

acción, tiempo y lugar se tenga como propia, á no constar la procedencia por declaración del mismo que cambió su naturaleza aumentando sus perfecciones.

Otro arreglo del francés también, titulado *Un casamiento con la mano izquierda*, antecede al que dejamos dicho, interesante cual ninguno, desde la primer escena, caminando al inesperado desenlace sin violencia, por medio de acciones en que el buen gusto, la travesura y delicadeza parten lindes con lo sublime de sentimientos, dejando al lector, cuando el término llega, entre pesaroso y mohino contra quien escatimó tanto las proporciones del sabroso recreo, que, á su juicio se le ofreció con harto pecado de avaricia; juicio temerario digno de perdon, una vez que reconoce por causa lo excelente del manjar intelectual y la dificultad de encontrarle compañero.

Sospechamos que la musa del señor Roca de Togores se ha mostrado asaz juguetona con nosotros, llevándonos como por la mano del fin hasta el principio, invirtiendo el orden en que las obras se hallan colocadas, pues

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

de otra manera no estaríamos á la mitad del libro, puestos en faz con *La espada de un caballero*, sin ser posible pasarla por alto, á no cometer agravio contra ella y notable desatención, que á fé no merece.

Forma su argumento el permiso concedido por Felipe II al gran duque de Alba para salir de su prision á conquistar el reino de Portugal, devolviéndole al mismo tiempo su espada.

La accion se desarrolla sencilla y naturalmente, rivalizando los interlocutores en nobleza de sentimientos, por más que haya situaciones críticas que ponen á prueba su hidalguía.

El lenguaje en que está escrito el drama, tan castizo como el asunto, es encantador, y dignos sus versos, por sonoros y robustos, de conservarse en la memoria.

Véanse los siguientes, tomados al azar, pues la eleccion seria difícil:

ELVIRA.

.....  
Sólo una cosa me admira;  
Cómo á las perdices tira  
Quien yerra...

TELLO.

Pues no me alabo.  
Pasad por aquí la vista  
(*Saca un papel.*)  
Y vereis.

ELVIRA.

¡Gran menudencia!

TELLO.

Amiga, habiendo conciencia,  
Se debe cazar por lista.  
Y siempre fué mi opinion  
Que en esto, como en amar,  
Debe un hidalgo llevar  
Muy buena cuenta y razon.  
Dice, pues:

(*Leyendo.*)

\*Razon completa

De las piezas que alcancé,  
Sin contar...

ELVIRA.

¿Qué?

TELLO.

Las que erré  
Por causa de mi escopeta.  
Una, diez, veinte, cincuenta

Perdidas en los abrojos;  
Itém, entre los rastrojos  
Treinta más, que son ochenta;  
Diez y seis que yo maté,  
Aunque otros las remataron,  
Y cuatro que otros tiraron,  
Pero que yo rematé.  
Hacen ciento; y otras dos,  
Que yo las tiré con bala,  
Pero que se fueron de ala  
Las maldecidas de Dios

ELVIRA.

¡Perdiz con bala!

TELLO.

Es formal:  
Todos conmigo lo vieron.  
Y veinte que se me fueron,  
Hacen la cuenta cabal.

ELVIRA.

Pero me parece á mí  
Que el que esas perdices coma  
No estará muy gordo.

TELLO.

¡Toma!  
Pues muchos cazan así.

La historia íntima del drama (pues todas las obras cómicas del Sr. Roca de Togores la tienen harto buena) se encarga el autor de referirla en un excelente prólogo.

Nos queda por mencionar *Doña María de Molina*, analizada en un juicio crítico escrito por D. Juan Donoro Cortés, y puesto al frente del tomo.

Sabiendo esto, nadie extrañará seamos parcos en razones, que pudieran ser impertinentes comparadas con las de tan autorizado ingenio.

Basta decir que en los tiempos que varones esclarecidos asombraron con sus dramas históricos, el *Doña María de Molina* se contó entre los primeros, y tanto, que con dificultad habrá entre ellos quien le iguale, y no sabemos si alguno podrá excederle. Han pasado los años, y su fama se mantiene intacta, quedando cual testimonio de genio poético las dulces armonías de su versificación, de que podrá formarse idea atendiendo al siguiente diálogo, entre un infante traidor y un judío, instrumento de su delito:

D. ENRIQUE.

.....  
 Pero tu reserva invoco,  
 Que el callar importa mucho.

TUBAL

Señor, soy en ello ducho.

D. ENRIQUE.

Mas con don Pedro hace poco  
 Anduvisteis algo necio  
 Y sobrado en el decir.

TUBAL.

Un precio tiene el oír,  
 Y el callar tiene otro precio.

D. ENRIQUE.

¡Que nunca se ha de ver harto  
 Tu vil afán por el oro,  
 Cuando todo mi tesoro  
 siempre contigo reparto!

TUBAL.

Y al que ofrece un reino entero  
 A quien más le satisfaga,  
 ¿Pensais, señor, que se paga  
 Con un poco de dinero?  
 ¿Acaso un leve monton  
 De vil metal es bastante  
 A quien ve su tribu errante  
 Y proscrita su nacion?  
 ¿Ni por dar digno aposento  
 A secreto tan preñado,  
 Será un alquiler sobrado  
 Una talega ni ciento?

D. ENRIQUE.

Si por interés no calla  
 Tu calumniadora lengua,  
 Tengo, sin sufrir tal mengua,  
 Verdugos con que atajalla.

TUBAL.

¿Yo calumniador?

D. ENRIQUE.

Sí tal.

TUBAL.

¿A mi lengua cortapisa?  
 Me dais, pobre infante, risa.

D. ENRIQUE.

¿Yo á tí?

TUBAL.

Sí; vos á Tubal.

D. ENRIQUE.

Si acaso alguna impostura  
 Te atrevieras á fingir...

TUBAL.

Lo que yo puedo decir,  
 Tu cabeza lo asegura.

D. ENRIQUE.

No; tus palabras blasfemas  
 Cansarán á Dios, hebreo.

Y más adelante:

TUBAL.

Anciano, la autoridad  
 Se ha escapado de tus manos;  
 Que ya nos hacen hermanos  
 Los vínculos de maldad.  
 Hijo tú del Santo Rey,  
 Á un judío estás sujeto,  
 Y el premio de mi secreto  
 Es el triunfo de su ley.  
 Prométeme....

D. ENRIQUE.

Sabes ya

Que será tuyo mi imperio.

TUBAL.

De su iujusto cautiverio  
 Salga el pueblo de Judá:  
 Desde hoy más pueda vivir  
 En sus propias poblaciones,  
 Y honores y distinciones  
 Ó comprar ó recibir.

D. ENRIQUE.

Yo te juro por mi fé...

TUBAL.

¿Y cuál es la tuya, impío?  
 Que si yo soy un judío,  
 Lo que tú eres no lo sé.

Hé aquí los dramas y comedias de D. Mariano Roca de Togores; en ellos encontrarán el sabio mucho que aprender, el ignorante delicada enseñanza, y ameno recreo quien sólo busque en las obras literarias descanso que prepare su ánimo á las enojosas tareas propias de nuestra condicion y estado.

X.

\* \* \*

**Apolinar Fola Igurbide.**—*Investigaciones filosófico-matemáticas sobre las cantidades imaginarias.*—Un tomo.—Imprenta de Manuel Alufre.—Valencia.—Precio, 6 pesetas.

¿Qué se ha propuesto el autor de esta obra?

¿Cuál es el fin y el plan de su libro?

Veamos las razones que aduce en este sentido.

“A pesar del estado de perfeccion relativa en que hoy se encuentra, tiene la ciencia matemática defectos y oscuridades que se oponen á su natural y progresivo desarrollo, haciendo al mismo tiempo deslucir el brillante concepto que merece por la evidencia, exactitud y rigor lógico de los principios sobre que recae su especulacion.

No han pasado desapercibidos para los hombres eminentes en el saber esos lunares de la matemática. Laplace opinaba que era necesario reconstruirla sobre un nuevo pedestal, y pensando, sin duda, en las dificultades que para realizar esta empresa han de ofrecerse á los que penetren en su estudio; porque se contaminan connaturalizan con los pecados y errores existentes, deseaba la venida de un hombre extraño el movimiento y progresos de la ciencia, que, guiado únicamente por sus propias luces é inspiraciones, diese cima á la obra típica de lo edificado hasta aquí por la inteligencia humana en el orden de conocimientos á que nos venimos refiriendo, y que constituye uno de sus más legítimos triunfos, estamos conformes en la necesidad de su innovacion; pero creemos que sólo podrá llevarse á cabo mediante accion combinada, aunque lenta, de numerosos esfuerzos individuales.

Y hé ahí, en apoyo de nuestro parecer, esta distinguida pléyade de adalides que el espíritu de reforma predominante en este siglo ha aportado á la palestra de los combates científicos, como contingente de la matemática; quienes consagrando sus desvelos, con un empeño digno de loa, á descubrir y subsanar los vicios y equivocaciones introducidos en ella, han augurado la regeneracion saludable que en su dia debe experimentar.

Uno de los puntos de la ciencia en que se nota mayor oscuridad y perturbacion, es el *imaginarismo*, concepto matemático de singular trascendencia, aplicable á ciertas cantidades que suelen ser consideradas y rechazadas

como imposibles y absurdas, sin embargo de tener una existencia real y verdadera, y albergar en su seno la clave que ha de descifrar misterios que ahora parecen impenetrables.

Entre los matemáticos que han tratado de este asunto, citaremos al malogrado Rey Heredia, quien en su importante *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*, ha dado, con gran brillantez, una explicacion filosófico-matemática acerca de la naturaleza é interpretacion de esos símbolos extraños y aparentemente contradictorios, que se presentan con frecuencia en los cálculos algebraicos y á los que se viene dando el dictado de *expresiones imaginarias*.

Sobre las mismas cantidades vamos á ocuparnos tambien en las presentes investigaciones.

El propósito que nos ha guiado al decidirnos á emprenderlas con tanta escasez de elementos intelectuales como riqueza de voluntad, ha sido contribuir, siquiera sea en pequeña parte, á la iniciada reforma de la Matemática. De haberlo conseguido, quedarían suficientemente recompensadas nuestras penosas lucubraciones.”

\*  
\* \*

**Fernando Ortiz Cañavate.**—*Contestacion al Interrogatorio sobre cultivos de cereales, olivo, vid y agrios é industrias derivadas.*—*Imprenta de Minuesa de los Rios.*—*Madrid.*

La direccion de Agricultura, en su deseo de tener una estadística exacta, ó aproximada por lo ménos, de nuestras producciones agrarias, y siguiendo el ejemplo de varias naciones de Europa, y muy principalmente de los Estados-Unidos de América, donde continuamente se practican trabajos demográficos de verdadera importancia, dirigió una circular á los gobernadores de provincia á fin de que por el ingeniero agrónomo de cada una de ellas diera cumplida contestacion al Interrogatorio que sobre el cultivo de cereales, olivo, vid y agrios fué formulado por la expresada direccion de Agricultura.

El activo é inteligente ingeniero

agrónomo de la provincia de Madrid, D. Fernando Ortiz Cañavate, ha tenido la amabilidad de remitirnos el importante estudio que con este motivo ha llevado á su debido efecto dentro del plazo que se fijó por la dirección de Agricultura, en la circular de 20 de Enero de 1881.

Al dar término á su trabajo, dice el Sr. Ortiz Cañavate al señor director de Agricultura, Industria y Comercio:

“Tengo el honor de remitir á V. I. la contestacion al interrogatorio sobre Estadística agrícola, que se sirvió dirigir á los ingenieros agrónomos de las provincias, por orden fecha 20 de Enero del año actual. Al cumplir lo mandado por V. I., ha sido el deseo del que suscribe reunir la suma de datos necesaria para llevar á cabo un trabajo de esta índole, que de alcanzar la posible exactitud, es de utilidad incuestionable, porque nos da á conocer las fuerzas productoras del país, los elementos naturales con que cuenta y la influencia que estos mismos agentes ejercen sobre el desarrollo de la industria agrícola; al paso que si la base es dudosa, los trabajos que sobre ella se hicieran no podían en modo alguno confundirse con la estadística nacional, cuya importancia es innegable para mejorar las condiciones de la producción.

“Persuadido de esto el que suscribe no había de parar el trabajo que se le confiaba en los datos que le facilitasen de oficio los alcaldes, sino que, á ser posible, hubiera girado una visita á toda la provincia, adquiriendo en cada uno de sus pueblos cuantos datos juzgase necesarios al objeto, los cuales, confrontados sobre el terreno, y entre sí los de los pueblos de cada zona, le darían una idea exacta de las condiciones de la producción, y del número y estado en que se encuentran las industrias agrícolas en la provincia, pudiendo entonces contestar cumplidamente al interrogatorio

citado y responder de cuanto expusiera en su trabajo.

En la imposibilidad de llevar á cabo en dichas condiciones la misión que se me ha confiado, no sólo por los múltiples cargos que pesan sobre el ingeniero agrónomo de una provincia y que le obligan á asistir diariamente á su oficina, sí que también por la falta de tiempo y de medios materiales necesarios para hacer salidas al campo con dicho objeto, me veo obligado á pasar en silencio algunas de las preguntas que figuran en el interrogatorio, toda vez que para contestarlas con la posible exactitud debiera adquirir los datos necesarios sobre el terreno, y de no ser esto posible, preferible es, en mi humilde opinión, no contestar las preguntas citadas, que exponer los datos que me han suministrado, sobre los que no podría establecer estudios que alcanzasen siquiera alguna aproximación.

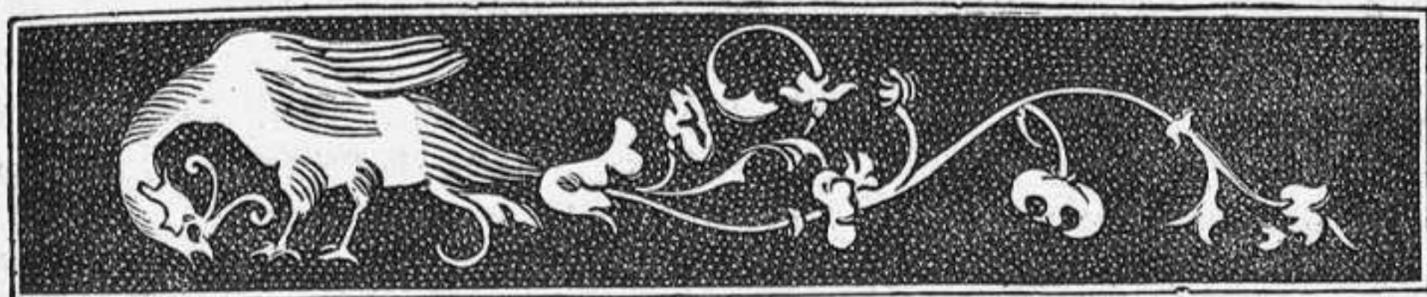
Al escribir la presente Memoria, me he servido, respecto al cultivo, de los estudios que he hecho en algunos puntos de las distintas zonas en que se divide la provincia de Madrid.

Los datos de extensión tienen por base los trabajos topográficos realizados en la provincia por el Instituto Geográfico Estadístico.

Con estos elementos he llevado á cabo el incompleto informe que pasa á manos de V. I., lamentando sinceramente que las circunstancias ya dichas y mi escaso saber no hayan correspondido á mi buen deseo, para cumplir exactamente lo dispuesto por la citada orden de 20 de Enero último.

El Sr. Ortiz Cañavate ha cumplido con el mayor celo y muy ventajosamente; á decir verdad, el difícil estudio que le fué encomendado como ingeniero agrónomo de la provincia de Madrid. El trabajo que á la vista tenemos debe servirle de estímulo y satisfacción á la vez.

H.



## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.

**D**ICE Emile Zola, el gran apóstol contemporáneo de la escuela realista, que, en general, puede afirmarse que los hombres dedicados á la política aceptan esa especie de profesion porque carecen de verdaderas aptitudes para ninguna otra. De esto á sostener que los hombres políticos son, por lo comun, insignificantes nulidades, no hay un paso. Y sin embargo, bien se conoce que el autor de *L'assomoir* y de *Nana* no ha visto la luz en esta privilegiada tierra de España, donde todos servimos para todo, desde Gran Oriente de la masonería hasta presidente del Consejo de Ministros, desde *sportman* honorario y jaleador efectivo hasta ministro de Fomento, desde ex-juez de primera instancia hasta ministro de la Gobernacion, desde galan apolillado de teatro casero hasta sesudo jurisconsulto y ministro de Gracia y Justicia...

¡Que no sirven para nada los Sagasta, Gonzalez, Albareda y demás insignes estadistas, nata y flor de la regocijada pandilla que nos gobierna y subgobierna en estos venturosos tiempos que alcanzamos!... No hablará así la historia, al juzgar severa, pero imparcialmente, de los merecimientos contraídos por tan gallardos y eminentísimos patricios.

Un año va á hundirse en el abismo del pasado; un año ménos para la generacion que está de turno; un año más para el gran infolio que contiene el proceso de la humanidad. ¿Qué han hecho durante ese año los preclaros varones á

quienes ha estado confiada entre nosotros la suprema dirección de los asuntos del Estado?... Pregunta es ésta á la que en vano han pretendido ellos mismos sustraerse:

Ni el turrón del presupuesto, más dulce á su paladar que el de Jijona, ni el tradicional besugo de Noche-buena, ni el succulento pavo de Navidad, que les han ofrecido sabrosas complacencias, han bastado á acallar la voz de su deseo, que entre el estampido de las botellas y el rugido de los brindis, se ha alzado más destemplada que solemne, ponderando servicios, formulando agravios, demandando explicaciones y pronunciando veredictos... El gran banquete ministerial de Pascuas ha sido este año digno del buril... y de la taquígrafía.

Parece que los estamos viendo. Sentados reposadamente alrededor de larga mesa, devorando, antes con la afanosa vista que entre los afilados dientes, los manjares destinados á servir y festejar sus apetitos, agrúpanse ministros, subsecretarios, directores, aspirantes á cualquiera de estos cargos y oradores incipientes, Demóstenes en agraz, unidos todos, quizá por vez primera, ante el mágico atractivo de las mismas perspectivas... España entera aporta en su obsequio los más preciados dones: Galicia sus perniles, Valencia sus confituras, Andalucía sus vinos, Extremadura sus embutidos, Murcia sus frutas, la Rioja sus conservas, Soria su mantequilla, Vich su salchichon; hasta las naciones extranjeras contribuyen al mayor brillo de la fiesta: Normandía con sus capones, las Landas con su *foie gras*, Suiza con sus quesos, Inglaterra con su *plum pudding*...

Llegó un momento, en el que la expansion abrió las válvulas y se desbordó abundante y bulliciosa.

—Yo me felicito, exclamó uno de los comensales, Manzanares de entendimiento, Niágara de voz, como diría el autor de *Marianela* y *Doña Perfecta*, yo me felicito de haber realizado un valioso progreso en beneficio de la raza de color. El cultivo del tabaco es libre, gracias á mí, en el archipiélago filipino. Muchos centenares de semejantes...

—Nos trata como á negros, murmuraron algunos.

—Bendecirán mi nombre, siguió diciendo el orador. Verdad es que, por lo demás, nada he hecho en pró de nuestra dominacion ultramarina; verdad es que los blancos no me deben más que traslaciones y cesantías; verdad es que he vaciado una isla en otra, despoblando, á fuer de patriota, las antiguas *Afortunadas* para proveer destinos en las Antillas; verdad es que en el banco azul soy el más infeliz de los ministros y que promuevo un conflicto cada vez que me levanto.

to; verdad es que aquella mi ostentosa oratoria de otros tiempos ha padecido un sensible eclipse desde que me veo obligado á improvisar... Pero mi asunto... digo, mi decreto, ha redondeado mi personalidad política, ha sublimado mi fama administrativa desde Luzon á Mindanao, desde Cebú á Masbate, y papuas y malayos se hacen eco de mi gloria. ¿Para qué hé de continuar en el Gabinete, despues de los lisonjeros resultados que ya he obtenido?... No vale la pena mi continuacion en el poder de que Pelayo Cuesta me mire con malos ojos, por haberle suplantado el 8 de Febrero; de que Sagasta descontente á Navarro, á Gullon, á Linares, por sostenerme á mí; de que las oposiciones encuentren justificado motivo para tacharme de descortés y violento, apenas tengo que hablar en nombre del Gobierno...

Un ¡hurra! general acoge el *spich* é imposibilita su terminacion, acaso pensando cada uno de los oyentes que rasgos de esta naturaleza no han necesitado nunca comentarios.

—Soy modesto de profesion, ya que no de nombre, ni siquiera por naturaleza, comienza deletreando otro tribuno, tan pronto como el anfitrión logra imponer silencio. Reconozco paladinamente que me falta todo género de títulos para ocupar el puesto que debo á la inagotable displicencia de mi querido amigo el presidente... Creo recordar que en mis juveniles años estudié leyes, y hasta que tuve aspiraciones á desempeñar un juzgado de ascenso... Lo que no olvidaré jamás es que la revolucion del 68 me sorprendió en estado de crisálida político; entónces conocí á ese grande hombre que se sienta á la cabecera, y entónces vislumbré, al lado de las eminencias del partido progresista, que podria llegar á ser ministro... Mi patrono y maestro me educó para ministro de Hacienda, y aún recuerdo haber pronunciado algun discurso nutrido de números, como tabla de logaritmos ó cuenta de la lavandera. El 8 de Febrero tuve, sin embargo, que renunciar á las heroicidades económicas, para engolfarme en las añagazas electorales. Y aquí estoy, despues de haber fabricado una mayoría á la que no conozco ni me conoce, hablándola un dia en demócrata y otro dia en conservador, asediado por los descontentos, que ora me adulan, ora me desdeñan, segun crecen ó menguan sus esperanzas de sustituir á un director imperito y descortés ó á un subsecretario más hábil, pero no ménos arisco. ¿Qué he hecho? Una ley de reclutamiento y reemplazo, que recibí ya copiada en limpio, que firmé sin haber leído, y que ha sufrido más modificaciones que artículos tenia, en el seno de la comision encargada de defenderla y escudarla. Otra ley auto-

rizando á los ayuntamientos y diputaciones provinciales para levantar empréstitos y cometer diversos excesos, que temo fundadamente (y dicho sea entre nosotros) no lleguen á votar nuestros amigos... Traje un diputado de mi propia estirpe, por cuyas venas circula mi misma sangre, y hasta él me ocasiona contrariedades y pide que se me exijan cuentas... ¿Qué recurso me queda, sino evocar con mal disimulada envidia aquellos modestos días en que el frac era para mi disfraz inusitado y el *clac* diabólico mecanismo, y cobraba doce mil del pico al amparo de bienhechora dama de belleza hebráica, y aprendía, leyendo lacrimosas novelas en interminables ratos de ocio, que es muy interesante descubrir playas desconocidas y plantar allí bandera, pero que se corre el riesgo de ser degollado por los salvajes, como Cook, ó de perderse en los escollos, como Laperouse?

—¡Bravo, bravísimo! gritaron treinta voces, correspondientes á otros tantos comensales, que no creyeron oportuno considerarse aludidos en las últimas frases del ingenuo personaje.

Y tocó la vez á un tercer orador, que con severo continente y ademan trágico comenzó salmodiando á este tenor:

—Yo á los palacios subí,  
yo á las cabañas bajé...

E interrumpiéndose de pronto, añadió:

—¡El jurado! ¡El matrimonio civil!.. Exento de todo mérito, pero mimado por la fortuna desde el principio de mi vida profesional, tuve la honra de ser nombrado vocal de la comision general de codificacion cuando aún no contaba veintiocho años. ¡Si habré oido hablar de tales cosas desde entónces! El aniquilamiento del feudalismo y la trasformacion de la aristocracia militar en nobleza cortesana; la concentracion del poder en manos del Monarca, antes juguete del capricho y las concupiscencias de los señores feudales; la institucion de los ejércitos permanentes; la derrota de las Comunidades; la invencion de la brújula, la pólvora y la imprenta; el descubrimiento de la América; las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII; la filosofía del siglo XVIII; la revolucion francesa de 1789 y el triunfo definitivo del principio del libre exámen y de la reforma representativa y parlamentaria en el gobierno de los pueblos; la abolicion de los señoríos jurisdiccionales; la desamortizacion civil y eclesiástica; los progresos de la ciencia y del arte en sus múltiples manifestaciones; la pasmosa difusion de la enseñanza; los adelantos de la industria,

que ha transformado el mundo con el buque de vapor, el ferrocarril y el telégrafo eléctrico, que han hecho una sola familia de la Europa y de la América; el cúmulo inmenso de sucesos políticos, religiosos, económicos y sociales consumados en el largo espacio de seiscientos años, y que han producido y constituyen la rica y variada civilización del último tercio del siglo XIX, tan distinta de la del siglo XIII, no ha podido menos de ejercer una influencia trascendental á las relaciones jurídicas entre nacionales y extranjeros, al estado de las personas y su mayor edad, á la condición y dignidad de la mujer, á los derechos del ausente, á los de la madre en cuanto á la persona y fortuna de sus hijos, á la facultad de testar y las formas del testamento, á la condición de los bienes inmuebles y la mayor libertad en la contratación... ¡Pero el matrimonio civil!... ¡pero el jurado!...

Calló el leguleyo, tapándose la frente con las manos, en tanto que, parodiando el final de su interrumpida quintilla, repetía el coro por lo bajo:

Y en todas partes dejó  
memoria aciaga de sí.

—¡Afuera penas! exclamó en seguida, irguiéndose decidido un nuevo paladin, como quien va á brindar un becerro con la seguridad de un maestro. Estoy obligado á ser católico, á ser monárquico, partidario del orden y amigo del principio de autoridad: por eso y para eso me han adjudicado un lucido haber mensual, que percibo puntualmente. Y no obstante, los masones me felicitan, los enemigos del trono me aplauden, los agitadores de oficio me festejan, la averiada democracia me convida á comer... A veces, paseándome á lo largo y á lo ancho de mi despacho, que he engalanado por cierto con oriental esplendidez, no dejo de pensar sesudamente en la anomalía de mis estruendosos éxitos. ¿Conque yo complazco, me digo, á los que debieran sentirse lastimados por mis creencias? ¿Conque yo agrado á los que debieran ser mis adversarios en política? ¿Conque yo sirvo á los que debiera perseguir? ¿Conque yo aliento esperanzas que debiera segar en flor? ¿Conque yo merezco plácemes de todos los que debieran censurarme?... Y algo que puede asemejarse á eso que llaman remordimiento, y que yo todavía no he sentido, parece como que ahuyenta la tranquilidad de mi espíritu y tortura mi cabeza y conmueve mi corazón... Pero las solemnidades científicas ó culinarias me solicitan y me absorben el tiempo y los sentidos... Fáciles lisonjas borran bien pronto toda

huella de pasajera inquietud, y los proyectos de ferro-carriles brotan de mi pluma, como los rayos de la cabeza de Júpiter, y los planes de cuantiosos empréstitos alegran los horizontes de mi vida ministerial, como aurora de Mayo que anuncia espléndidas cosechas... Así, mi númen, de suyo soñador y fastuoso, se solaza reconstruyendo infantiles anécdotas de violines, flautas y otros instrumentos, ó satirizando á la dama semi-feliz, semi-desgraciada, semi-pintada, semi-bella, que se recuesta á veces en el rico divan durante los ardientes calores del verano, ó se sienta al lado de la chimenea en invierno, con los piecitos cerca de las áscuas... Y mis amigos van á comprar caballos por cuenta del Tesoro, ó á visitar Exposiciones con sueldo del Estado... Y mi oratoria se impone, y la enseñanza se liberaliza, y los ferro-carriles cuajan, y el país paga y el empréstito madura...

En los apretados dedos de uno de los circunstantes giraba entretanto, marcando trazos con admirable rapidez, un afilado lápiz rojo, que no parece sino que denunciaba implacables sañas, vengativas y enconadas.

—¡Saida, Sfax, Roma! murmuró con voz apagada un quinto interlecutor. Por las matanzas de Argel se nos dará lo que quieran nuestros vecinos, cuando quieran y como quieran; por los atropellos de Túnez se verá lo que procede; los atentados de Roma al cádaver de Pío IX apenas han merecido una tibia protesta de nuestra parte; el cardenal Moreno, que se atrevió á estigmatizarlos, ha sido objeto de una franca manifestacion de disgusto del Gobierno español... Tales son mis triunfos diplomáticos hasta la fecha. Ahora Inglaterra resucita sus pretendidos derechos sobre la isla de Borneo, y me propongo alcanzar otro timbre, como aquéllos, con tan plausible motivo. Digamos, plagiando al *Journal des Debats*: Bajo nuestro Gobierno, *l'Espagne est assez riche pour payer sa gloire*.

—Sobre todo, en cuanto mi plan de Hacienda produzca sus naturales y legítimos resultados, añadió otro colega. Yo he rebajado los descuentos, yo he disminuido las contribuciones, yo he renunciado á seguros ingresos, y he creado en cambio nuevos gastos; yo he alterado las bases de constitucion y liquidacion de determinadas deudas, favoreciendo á unas y perjudicando á otras... ¡Yo he salvado la Hacienda, nivelando por tan peregrino modo el presupuesto!... No tengo más que decir. Al buen callar llaman Sancho, y en boca cerrada no entran moscas.

—¡Eso, eso! repitieron á duo otros dos comensales adornados con vistosos uniformes. La política debe vivir alejada

de nuestra profesion... ¡Guay del que, militar ó paisano, ose pensar que no es éste el mejor de los Gobiernos!...

—Vuestros argumentos lo están demostrando, dijo en grueso andaluz, al llegar aquí, el del lápiz rojo. Tenia razon el malogrado Aparisi cuando afirmaba que entre un héroe y un hombre oscuro no hay frecuentemente sino la ocasion. ¿Quiénes érais vosotros ayer? ¿Quiénes sois hoy?... Yo no puedo olvidar que el mismo pensador ha escrito que no son los ricos, es decir, los poderosos, los que oprimen á los pueblos, sino los que quieren serlo. Aquí está nuestro Memorial de agravios. Dejad patrióticamente el necesario hueco á los que detrás de vosotros se agitan, cabildean, recelan y ambicionan... ¡Yo dirijo la mayoría!...

—Yo soy quien la dirijo, repuso otra voz provocativamente.

—¿Y quién sino yo ha dado programa á esta situacion? interrumpió un tercero, casi en lemosino.

—Yo he defendido todas las actas ministeriales, limpias, sucias y á medio lavar, gritaba un adolescente.

—Yo interrumpí una vez á Romero Robledo, alegaba un antiguo miliciano de mucho peso.

—Yo tosí cuando hablaba Cánovas de la libertad de atacar á la monarquía, que hemos concedido, exclamaba otro, más caracterizado...

—¡Una cartera!... ¡Una direccion!... ¡Una delegacion de Hacienda!... voceaba la turba, perdido ya todo respeto.

El presidente se levantó de su asiento.

—Va á hablar, dijeron los ménos exaltados, llamando al órden á los más impacientes...

Y en efecto, paseó la mirada por su anhelante auditorio, sonrió á todos en general, y en particular á cada uno, aproximó á los labios la copa que en su diestra relampagueaba, y dijo, cayendo pesadamente en su sitial:

—¡A vivir!...

Con lo cual precisó su programa y disolvió la reunion.

—¿Se burla de nosotros? se preguntaron algunos de los dispersos. ¿Se burla de las oposiciones? ¿Se burla del país?...

Y hubo de contestarles cierto personaje, que sirve para algo más que para político:

—Dice un proverbio catalan que las burlas son como las procesiones: vuelven al sitio de donde han salido.

R.



## REVISTA EXTRANJERA.

**E**STADOS-UNIDOS.—Aún no ha terminado la causa del regicida Guiteau. Este asesino, gracias á la imperfecta legislación penal de la gran república, encuentra medios no escasos para diferir la sentencia aplazándola, no se sabe si hasta las calendas griegas. La persona está identificada, el delito es evidente, no hay circunstancias atenuantes, y, sin embargo, pasan los días y aún los meses sin que el proceso llegue ni se acerque á su fin. Ahora se pierde tiempo y más tiempo buscando, esperando y oyendo testigos. Pero ¡qué testigos!

No se trata de encontrar personas que confirmen ó nieguen el hecho criminal, acerca del cual no hay ni puede haber litigio, sino de citar como al acaso hombres que hayan tratado á Guiteau y tengan valor para asegurar que dudaban del estado de su juicio. Para comprender lo que esto significa, basta y sobra con recordar que se pueden citar cien personas, de las cuales veinticinco se hallan enfermas, cincuenta se encuentran en los puntos más apartados de la república, veinte están en Europa ó en Asia, y cinco, ó no se sepa dónde existen, ó no hayan existido nunca. Gracias á este sistema, dentro de una docena de años, acaso todavía no se pueda saber si los tales testigos aparecen y qué es lo que declaran.

Lo más curioso es que todas estas dilaciones son completamente absurdas, y se sabe que lo son. Si en efecto no se pensase en perder tiempo, todo se reduciría á reunir en una semana las cuarenta ó cincuenta personas que más de cerca trataron á Guiteau en el mes anterior al crimen, y oirlas, ó preguntarles si al tratar con semejante hombre lo creían loco. Este camino, que tan corto y tan seguro es, daría al instante los mejores resultados; pero como lo que se quiere

es otra cosa, naturalmente, se procede como procedería el que, saliendo de Madrid, se empeñase en llegar á Roma caminando hacia Lisboa.

En cambio, si la justicia procede lentamente, otra cosa que no es la justicia se duerme muchísimo ménos. Guiteau ha vuelto á ser víctima de otra tentativa de asesinato. Por fortuna esta vez, como en las dos anteriores, el plomo homicida fué muy mal dirigido; pero de todos modos, el hecho no deja de ser elocuente.

Nada se dice acerca de los que han atentado contra la vida de este preso. De seguro los tribunales de justicia no saben ni cómo se llaman ni dónde están. Sólo así se explica el que no puedan encontrarse. ¿Cómo se ha de suponer que la justicia no piensa en buscarlos?

Sin embargo, es bastante extraño que, tratándose de un país tan civilizado, ni se hallen estos criminales, ni se diga siquiera si se procede contra ellos. Este tan inexplicable silencio está siendo causa de que se suponga, sin razón á no dudarlo, que en este proceso no es posible ver con claridad. Sea como sea, nosotros exponemos los hechos, con el único fin de que nuestros lectores comprendan que ven muchas visiones los que hablan con excesivo entusiasmo de la república norte-americana. Allí, como en todas partes, los hombres son hombres, y allí, más que en ninguna parte, faltan los medios necesarios para contener las miserias humanas.

Los periódicos anglo-americanos han dicho muchas veces que un partido poderoso, ahora no lejos del poder, tenía interés vivísimo en que la causa de Guiteau terminase entre tinieblas y del modo más repentino posible. Esto podrá ser falso; pero por culpa de las circunstancias, no deja de parecer verosímil.

En los últimos días se ha dicho que la policía norte-americana había dispuesto que Guiteau, al pasar de la cárcel al tribunal, fuese en coche cerrado. ¡Ya era tiempo de que se adoptase esta precaución!

La prensa, tanto nacional como extranjera, habla ahora mucho del estado próspero de la Hacienda en los Estados-Unidos. Nosotros, no por aversión á la gran república, sino sólo en interés de la verdad, vamos á exponer algunas consideraciones, para que se vea lo que realmente hay en este punto. En la república norte-americana, como todo el mundo sabe, hay:

1.º Un sistema protector, el más exagerado y más rígido que se conoce. Ni en Rusia se respeta ménos el sistema libre-cambista. Los partidarios del libre-cambio, pues, al ponderar el estado económico, tan floreciente á su decir, de

los Estados Unidos, no advierten que si la prosperidad de que hablan no fuese fantástica, la gloria sería toda para el sistema protector.

2.º Cuarenta Estados ó gobiernos especiales que se gobiernan á su modo, y contraen y tienen deudas bastantes considerables. Los ideólogos, á quienes tanto entusiasmo la portentosa riqueza de la gran república, no se acuerdan siquiera de que se trata de una república federal, en la cual las deudas de los Estados particulares no se confunden con la deuda del Gobierno central.

3.º Un Gobierno central que, si gasta bastante, hace poco, muy poco, muchísimo más que muy poco. Los Estados Unidos no tienen ejército ni marina, carecen de fortificaciones en lo interior y no han pensado siquiera en fortificar sus costas. El día en que la gran república se vea en guerra con alguna gran potencia europea, su situación será en extremo crítica. El territorio norte-americano, más extenso que el de Europa entera, pudiera ser invadido por mil diversos puntos, sin poder defenderse por ninguno.

¿Meditan en esto los que tanto hablan de la situación floreciente de la Hacienda en la América del Norte? Si los norteamericanos no gastan, como Francia, por ejemplo, cuatro mil millones anuales en Guerra y Marina, ¿qué tiene de particular que dediquen esta suma á pagar sus deudas? ¡Lástima fuera que, no teniendo ni ejércitos ni escuadras, dejasen en pie sus antiguas deudas!

Y no se diga que las naciones europeas podrían imitar á la república americana. Esto sería un ideologismo de muy mal género, y todavía de peor gusto. En Europa el desarme sería el absurdo. Nada en la apariencia tan útil como el desarmar; pero ¡ay de la nación que sea la primera en soltar las armas!

En Europa hay hoy dos enemigos que no permiten ni pensar en la paz. Por una parte está la revolución, que no cesa de conspirar en secreto contra todos los Gobiernos, y por otra aparecen no pocos Gobiernos, republicanos y no republicanos, que, como si viviesen en plena Edad Media, no piensan sino en ensanches de fronteras ó en nuevas conquistas. Esto es sin duda un mal gravísimo; pero ¿cómo se remedia? Ya se ve que la cuestión no es sólo monárquica, puesto que ninguna nación hace más armamentos que Francia, ni tampoco republicana, puesto que ni Prusia, ni Rusia, ni Austria, ni Italia, ni Inglaterra piensan en dejar de armarse.

Nosotros nos limitamos á hacer constar el mal, sin detenernos por ahora en investigar su causa. Prescindiendo, pues, del origen y causa del mal, el hecho es que Europa en-

tera está arma al brazo y que, por lo tanto, se suicidaria la nacion europea que soltase las armas.

Y si ocurre esto en Europa, ¿por qué no ocurre en los Estados Unidos? Por las tres siguientes razones:

1.<sup>a</sup> Durante los últimos cien años, Europa, bastante dominada por el ideologismo político, hasta olvidándose de sus más vitales intereses, ha estado auxiliando material y moralmente á la gran república. Hasta estos últimos tiempos, hasta 1860, no pensó ningun Gobierno europeo en que los Estados-Unidos iban adquiriendo excesivo poder. Al estallar la guerra separatista, Francia inventó el imperio de Méjico, é Inglaterra favoreció al Sur con el propósito de dividir ó destruir el gran imperio republicano. Y no se pierda de vista que Francia é Inglaterra, aunque comprendieron sus intereses ya tarde, intentaron defenderlos todavía muy temprano. España se separó de la Liga en cuanto vió que se le llevaba demasiado lejos; Italia no se hallaba en situacion de disgustar á una república que por el momento contaba con las simpatías del partido revolucionario; Austria y Prusia no tenían intereses directos que las obligasen á fijar su atencion en América; Rusia, en fin, no obstante su monarquía y hasta su absolutismo, por obligarla á ello sus intereses, contrarios á los de Inglaterra, estrechó bastante su amistad con el Gobierno de Washington. De aquí el que Inglaterra cediese, temiendo que Rusia le sublevase la India, y que Francia, al verse sola, se declarase vencida y retirase sus tropas de Méjico.

2.<sup>a</sup> Los Estados-Unidos, gracias al tan incalificable descuido de Europa, han podido conseguir, no sólo engrandecerse, sino además empobrecer y debilitar á las demás repúblicas de América. La república norte-americana puede sostener su predominio en el Nuevo Mundo, porque desde Méjico hasta Chile, tanto por la parte del Pacífico como por la del Océano, las demás repúblicas se hallan en la situacion más angustiosa. Ni se unen para formar confederacion, ni viven en paz, ni hay entre ellas una, ni siquiera una, que tenga un Gobierno estable, que le permita levantar la cabeza.

No se pierda, pues, de vista, que la gran república no tiene ningun vecino que sea rival poderoso.

3.<sup>a</sup> Hasta ahora los Estados-Unidos han podido eludir toda cuestion grave con las grandes potencias de Europa. En 1864 estuvieron á punto de llegar á un rompimiento con Francia; pero el ideologismo francés ó revolucionario, tan en boga entónces, obligó á Napoleon III á olvidarse de América, para no pensar sino en lo que á la sazón se llamaba la política de las *nacionalidades*. El mismo Thiers, al combatir las *expediciones lejanas*, no veia que dejar de pensar en Méji-

co, equivalía á pensar, y pensar demasiado, en la unidad italiana, que llevó consigo la unidad germánica; en la unidad germánica, que fué la humillación y la casi ruina de Francia, y en la unidad ibérica que, gracias al cielo, por exigirle sucesos terribles que se vinieron encima, por necesidad tuvo que aplazarse.

Estas mismas razones obligaron á la Gran Bretaña á mostrarse excesivamente conciliadora y conceder á los Estados-Unidos lo que en tiempos ménos revueltos no les hubiese concedido jamás. El Gobierno de Washington, merced á lo extraordinario de las circunstancias, pudo hablar á Inglaterra en voz muy alta y exigirle sacrificios que á veces parecían humillaciones.

Basta fijar la atención en lo expuesto para convencerse de que, si los Estados-Unidos hasta ahora han podido vivir sin ejército ni marina, esto lo deben, no á su política, que es bastante anárquica, sino á circunstancias que dependen de las causas que acabamos de señalar.

*Panamá.*—La política del nuevo presidente de los Estados-Unidos empieza ya á desenmascararse. Su ministro de Estado acaba de firmar y publicar una circular diplomática, en la cual casi se proclama el tan absurdo como inadmisibles principio sentado por Monroe. La máxima de que América debe ser únicamente para los americanos, hoy no significa sino que la América del Norte debe absorber toda la América del Centro y del Sur. Esto sólo basta para que se comprenda lo que es en la realidad la tan antipolítica como antihumanitaria sentencia, que rechazamos.

No y mil veces no. América no es para los americanos, como Asia no es para los asiáticos, ni Europa para los europeos. El mundo, todo el mundo es para toda la humanidad.

No es esto decir que no debe haber sino una sola nación, ó que haya de proclamarse el cosmopolitismo; nada de esto.

Lo único que decimos es que los Estados-Unidos no pueden apoderarse de América, como Francia no puede enseñorearse de Europa, ó que los engrandecimientos territoriales, cuando empiezan á parecer excesivos, necesitan someterse al fallo de un gran consejo que vele por el interés general. Un imperio, como el romano, v. gr., sería un gran peligro para todo el orbe, y haría necesaria una Liga general, que se encargase de encerrarlo dentro de sus justos límites.

Los Estados-Unidos, al decir: *América para los americanos*, no se comprometen, ni mucho ménos, á respetar la integridad de Méjico y dejar de influir de una manera preponderante en las demás repúblicas americanas. Por el contrario, la mano pesadísima de la gran república se hace sentir lo mismo en

el Panamá que en el cabo de Hornos y en las dos vertientes de los Andes.

Así como el testamento de Pedro el Grande empuja á Rusia hácia Oriente y Occidente, la doctrina de Monroe empuja á los Estados-Unidos, primero á la conquista de toda América, y despues al dominio de tres grandes mares.

Esto, que ya nadie ignora, arroja no poca luz sobre el gran problema del istmo de Panamá. Seria preciso vendarse los ojos para no ver lo que está más claro que la luz del dia.

El presidente anterior, Garfield, colocándose en el terreno de la prudencia, habia convenido en que el istmo de Panamá era un camino que interesaba á todo el mundo, no á América sólo, ni mucho ménos á América subyugada por los Estados-Unidos.

El nuevo presidente, más revolucionario y ménos amigo de la paz, á juzgar por la circular de su primer ministro, se aparta de la línea trazada por su predecesor, plantea la cuestion de nuevo, y hasta se esfuerza por darle un colorido exclusivista, que de ningun modo puede tener.

Segun la tal circular, el nuevo presidente desea que el canal de Panamá se convierta en un camino *americano*, no intervenido por Europa y *protegido* por la gran república. Su ministro de Estado llega hasta el extremo de reglamentar el paso de los buques de guerra y los cañones que han de colocarse en la entrada y salida del istmo. No sabemos lo que dirá Europa acerca de esto; pero nos parece más que difícil que se resigne á admitirlo. No ignoramos que Rusia y los Estados-Unidos pueden entenderse y se entenderán siempre que se trate de luchar contra Inglaterra; pero tampoco se nos oculta que el Gobierno de Lóndres es demasiado hábil para no ver el lazo que se le tiende. Si Inglaterra se obstinase en dominar el Panamá, como desea dominar el istmo de Suez, su exclusivismo seria tan peligroso y tan inadmisibile como el del Gobierno de Washington. En este caso, la desmedida ambicion de Inglaterra pudiera dar un triunfo inesperado, aunque sólo momentáneo, á los Estados-Unidos. La fortificacion del canal, cuya utilidad no se comprende bien, puede ser causa de innumerables conflictos. En efecto, ¿quién lo fortifica? ¿La república de Colombia, cuyo territorio atraviesa? Esto seria lo más natural; pero no es posible. El Gobierno de Colombia, ni tiene recursos para costear esta fortificacion, ni cuenta con la independendencia necesaria para obrar por su propia cuenta. Colombia, con ménos de dos millones de almas, seria siempre un mero instrumento de los Estados-Unidos, que cuentan ya con más de cuarenta.

Y si Colombia no fortificase el nuevo canal, ¿lo fortifica-

rian los Estados-Unidos? Esto sería complicar el problema, en vez de resolverlo. Los cañones norte-americanos, además de cerrar el istmo, acabarían con la independencia de Colombia; harían que esta república se convirtiese en una nueva estrella de la Confederación; encerrarían á Méjico entre el Panamá y la California, y por la parte del Océano amenazarían constantemente todas las Antillas.

Y si esto, como se ve, sería de todo punto intolerable, ¿qué camino podría seguirse? ¿Se convendría en una ocupación mixta ó de todas las potencias? Esto ofrecería grandes inconvenientes y, por añadidura, sería inútil. En efecto, ¿para qué habrían de servir las baterías de la entrada y salida del canal? ¿Para defender á Europa contra Europa? Por esto se cree generalmente que lo más oportuno y ménos peligroso sería hacer en el Panamá lo que se ha hecho en Suez, es decir, abrir el canal y no pensar siquiera en fortificaciones, que para nada hacen falta. Si Europa está decidida, como parece, á no privarse de la libertad de atravesar estos canales, lo único que necesita hacer es no permitir que nadie los cierre. En este punto no es de temer un ataque repentino ó imprevisto. Ninguna potencia europea se atreverá á provocar un conflicto contra todas las demás potencias, y en cuanto á los Estados Unidos, de seguro nada intentarían sino en el caso de que Europa se viese envuelta en una guerra general.

La nueva política de los Estados-Unidos sólo puede servir para dilatar la apertura del istmo. La humanidad y la civilización no les tendrían mucho que agradecer.

*Italia.*—Como ya saben nuestros lectores, la cuestión romana se ha planteado de nuevo. Aunque para el orbe católico jamás había dejado de ser cuestión, no puede negarse que la diplomacia la tenía por lo ménos aplazada. La actitud de los nihilistas, socialistas, fenianos, etc., etc., ha sido causa, al ménos ocasional, de que las grandes potencias vuelvan á fijar su atención en este punto.

La cuestión romana, que ha sido y será siempre una gran cuestión, puede considerarse bajo el punto de vista religioso y bajo el punto de vista político.

Como cuestión religiosa, subsistirá mientras haya católicos que clamen por la libertad y la independencia del Jefe del catolicismo. Aquí no hay medio: ó acaba la fé, ó la cuestión no termina. Y, ¿puede acabar la fé? ¿La avivarán y aumentarán, por el contrario, los Gobiernos que se obstinan en destruirla?

Como cuestión política, cualesquiera que sean sus alternativas, también ha de subsistir siempre. Se agitará unas veces con más y otras con ménos calor, pero nunca dejará

de agitarse. La diplomacia hasta querrá no hablar de semejante cuestion, pero no está en la mano de los diplomáticos el impedir lo que se halla en la misma naturaleza de las cosas.

En este punto la cuestion política es la consecuencia natural é inmediata de la cuestion religiosa. El grito de los católicos en favor de la independendencia del Sumo Pontífice no puede ménos de llevar consigo una agitacion legal, que si por ser legal no puede suprimirse, por ser agitacion no puede ménos de inquietar á todos los Gobiernos.

De aquí el íntimo enlace entre la cuestion religiosa y la cuestion política. El católico que se queja es el mismo elector que, al dar su voto, exige que se oigan sus quejidos.

Los Gobiernos tienen tres caminos que seguir, á saber:

1.º El de la indiferencia, que agrava el mal y no lo aplaza siquiera. Si el Gobierno se cruza de brazos, los partidos políticos no se ligarán las manos ni los pies.

2.º El de la revolucion, que es el que se ha seguido desde 1856 hasta 1878. Por este camino no se llega sino á la revolucion. Los Gobiernos, al combatir al Papa, como confiesa el propio Luis Blanc, no hacen otra cosa que descargar rudos golpes sobre la base del poder civil. No hay medio de hacer guerra á la fé sin dar fuerza á la incredulidad, que, cuando llega á las masas, al instante se convierte en el nihilismo. Mucho se ha tardado en ver esto, pero al fin se ha visto.

3.º El de la paz de la Iglesia. Aunque parezca increíble, es, no obstante, ciertísimo que durante cien años, y más de cien años, la política, por una aberracion inconcebible, ha estado convertida en agente de la incredulidad. Entre todos los Gobiernos de Europa no ha habido ni uno que, en mayor ó menor grado y con mayor ó menor entusiasmo, no haya trabajado en favor del *naturalismo*, ó contra la creencia en el órden sobrenatural. Este tan inconcebible error llegó á generalizarse de tal modo, que eran contadísimos los hombres de Estado que no parecian persuadidos de la necesidad de negar la libertad á la Iglesia. Se hubiera podido decir que los Gobiernos todos, como si se creyesen llamados á ejecutar el testamento de Voltaire, luchaban sin descanso por destruir la obra de los doce Apóstoles.

Esto, que bajo el punto de vista religioso tiene un nombre bastante fuerte, bajo el punto de vista político era ni más ni ménos que el suicidio. En efecto, negar á la Iglesia la libertad ó el derecho de vivir, no era más ni ménos que poner la autoridad, toda la potestad civil y todos los recursos del Estado al servicio de la revolucion. Así ha sucedido que los Gobiernos, al volver la vista atrás, han visto que si no les era posible destruir la obra de Dios, en cambio tenian

ya muy cerca las teas incendiarias del socialismo, que es la consecuencia natural de la falta de fé en los hombres.

No se necesita mucha inteligencia para comprender esto. Todo el que no esté completamente obcecado lo ha de ver por fuerza. El mal salta ya á los ojos para que lo vean hasta los que más se empeñan en no verlo.

La dinamita y el petróleo han hecho que los Gobiernos, todos los Gobiernos, fijen sus ojos en Roma. Hace pocos años eran muy pocas las naciones que tenían representantes cerca de la Santa Sede. Holanda, Bélgica y Suiza habían suprimido pura y simplemente sus legaciones. Rusia había retirado su representante, haciendo protestas y dirigiendo amenazas, que ahora no calificamos. Prusia, además de romper todas sus relaciones diplomáticas con el Vaticano, promulgó y se propuso ejecutar varias leyes, que eran una mera copia de los antiguos decretos de persecucion. En fin, la Gran Bretaña, hasta por medio de sus primeros hombres de Estado, manifestaba que el buen católico no podía ser buen súbdito y que, por lo tanto, en el interés de todos los Gobiernos estaba el hacer oposicion constante y enérgica al catolicismo.

Por este tiempo, desde 1874 hasta 1878, Italia, la Italia revolucionaria, pudo llegar á creer que su triunfo era completo y definitivo. Las grandes potencias estaban todas á su lado. La misma Francia, ya bastante perturbada, perdió el Gobierno de Mac-Mahon, que no negaba la libertad á la Iglesia, para ir á parar al de Grevy ó Gambetta, que podian ir demasiado lejos.

El Gobierno español, dirigido entónces por el Sr. Cánovas del Castillo, tuvo la gloria de ver con claridad y tomar la única iniciativa que entónces podia tomarse. El Sr. Cánovas, al pedir respeto y paz para la Iglesia, como medio de contener la revolucion, hablaba el único lenguaje que los que le oian podian y querian entender. No es posible olvidar que el primer ministro de Alfonso XII, al hablar en favor del Papa, se dirigia á Inglaterra, que era protestante, á Rusia, imperio cismático; á Austria, que ni áun queria oir hablar de ciertas cosas; á Baviera, cuyos primeros ministros protegian visiblemente á los *viejo-católicos*; á Prusia, que estaba aplicando las tan conocidas leyes de Mayo, y á Francia, que empezaba á recorrer el camino, en que hoy se encuentra.

Añádase á esto que el Sumo Pontífice no tenia nuncio ó agentes oficiales, ni relaciones diplomáticas de ningun género con la mayor parte de las grandes potencias. Esta dificultad no era tan leve como acaso se suponga.

Hacemos estas indicaciones para que se vea cuál es la historia de la resurreccion de la cuestion romana. Al encontrar-

nos casi al fin del camino, conviene que volvamos la vista atrás para ver el espacio recorrido.

- *Francia.*—Los periódicos continúan hablando de los pequeños actos del *gran Ministerio*. Gambetta está demostrando que su celebridad y su popularidad no tenían ningun sólido fundamento. Las gentes dieron en decir que era un grande hombre y, como suele suceder, todo el mundo se fué tras el ruido de las gentes. No habia hecho nada que indicase ni gran inteligencia ni brillantes dotes de gobierno; pero, ¿quién piensa en estas cosas? En los Gobiernos democráticos la razon es casi siempre un estorbo. No hay democracia en la cual no haya cicuta para el genio y laureles para el charlatanismo. Esto va en la naturaleza misma de las cosas. Para el pueblo, para eso que se llama el pueblo, el mérito no consiste sino en la volubilidad y la adulacion. El ídolo no es ídolo sino mientras adula y no se ve obligado á demostrar que su adulacion no es sino vano humo.

Los hombres de mérito, que no adulan ni se exhiben, no tienen puesto en las situaciones democráticas. Por esto el pueblo que comete el crimen y la torpeza de inclinarse ante la democracia, se ve condenado á no tener más Gobierno que el de los hombres ambiciosos, que sólo piensan en su propio interés y el de los sofistas ó charlatanes que, por no tener ley ni conciencia, no vacilan en adular á las masas, ofreciéndoles, si así lo quieren, hasta la luna. Esta regla no tiene ni la más mínima excepcion. La historia no habla de un sólo caso en el cual la democracia revolucionaria no haya despreciado y perseguido á los hombres de mérito para arrojarse en brazos del charlatanismo. España, que ya ha visto algo de esto, puede decir si conoce un sólo caudillo democrático que, al llegar al poder, no se haya visto en la imposibilidad absoluta de realizar su programa ó cumplir sus promesas. Todos subieron prometiendo el maná y todos bajaron, dejándonos la más horrible miseria y las más espantosas guerras civiles. Esto es lo único que nos dieron y que pueden darnos. En el fondo de la democracia revolucionaria no hay sino pobreza, trastornos, favoritismo y corrupcion. Pedir otra cosa es, como suele decirse, pedir peras al olmo.

Nada confirma esto tanto como lo que hoy mismo está ocurriendo en Francia. La república democrática, que lleva ya once años de vida, no ha podido todavía encontrar oradores ni hombres de Estado. Antes de 1868, tenia unos cuantos oradores de tercera clase, que son los únicos que conserva. En cuanto á hombres de Estado, ni los tenia antes ni los ha podido formar despues. Ahora mismo, para el desempeño de las embajadas necesita recurrir á los anti-

guos diplomáticos del imperio. Por lo que atañe al ejército, basta recordar que el propio Gambetta acaba de declarar en pleno Parlamento, que si llama á los generales anti-republicanos, es porque la patria le exige oficiales superiores que tengan capacidad. En fin, Gambetta, al formar su Ministerio, se ha visto obligado á rodearse de hombres completísimamente desconocidos, porque no le era posible encontrar otra cosa en el campo revolucionario.

Esto no puede extrañar á nadie. La revolucion no puede contar con los hombres de verdadero mérito, porque ni ella deja de tener miedo al mérito ni el mérito, se humilla corriendo hácia ella. La revolucion, que es la desconfianza, teme á todo el que por su inteligencia ó sus virtudes se eleva sobre los demás hombres, y el mérito no es revolucionario, porque el mérito supone inteligencia y corazon, y la inteligencia y el corazon rechazan las innumerables mentiras convencionales, que constituyen el programa revolucionario. Hé aquí porque en Francia, como en todas partes, la revolucion huye del mérito y el mérito huye de la revolucion.

Gambetta, hasta ahora, no ha hablado sino para pedir nuevos é inútiles gastos. Ha aumentado el número de los ministros, no para servir al país, sino para complacer á sus amigos personales. Hasta ahora no ha hecho ni ha podido hacer otras economías. La democracia, que tanto declamaba contra la enormidad de los impuestos, conserva ahora con placer sumo los presupuestos enormes. Y ¡que no acaben los pueblos de abrir los ojos!

Gambetta no ha podido conseguir que sus amigos y comensales vayan á encargarse de las embajadas. Esto no indica sino que, si el personal no es gran cosa, su significacion, por desgracia, dice demasiado. Los amigos de Gambetta pertenecen todos al centro revolucionario europeo, y las grandes potencias no aceptan agentes tan sospechosos.

Esto hace que Francia, sólo por tener á su frente á Gambetta, se vea cada vez más aislada y en la necesidad de aumentar su marina, su ejército y sus fortificaciones. Un Gobierno pacífico permitiría á Francia vivir en paz y reducir bastante su presupuesto de guerra. Por el contrario, un Ministerio Gambetta, cuyo nombre tanto alarma, no puede menos de provocar incesantes y terribles conflictos. Desde que empezó á hablarse de la posibilidad de la elevacion de Gambetta, la prensa europea empezó á hablar y sigue hablando de la necesidad de una Liga general contra Francia. Esto no podrá menos de ser así. Gambetta por sí no es más que, como decia Thiers, un *fou furieux* que no asusta á nadie; pero estando al frente de Francia, nacion tan rica y de tantos ele-

mentos, con sólo no contener el torrente, puede causar horribles estragos.

Hé aquí lo que no se ve ó no se quiere ver en Francia. Nos asombramos al pensar en que Faraon no veia ni las olas del mar, y no nos extraña el que los franceses se obcequen hasta el punto de no ver el precipicio que tienen delante de sus ojos.

No es posible ni dudar que Francia, sólo por no tener un Gobierno pacífico, no puede disminuir y aún se ve obligada á aumentar su presupuesto de Guerra. Hoy está ya gastando 4.000 millones de reales y todavía necesita gastar muchísimo más. Y lo peor para ella es que, mientras más gaste, mayores han de ser sus peligros, y por lo tanto, mayor ha de ser su debilidad.

Por lo que toca á la cuestion interior, baste indicar que toda la política de Gambetta se reduce á enaltecer su personalidad, no simplificar nada y complicarlo todo. Su llegada al poder no ha resuelto un sólo problema y ha planteado cien problemas más. Esto se veia bien; pero no lo veian los únicos que lo podian y lo debian evitar.

El presidente de la república, Mr. Grévy, conocia bien á Gambetta; pero, por pesimismo, se empeñó en llevarlo al poder para gastarlo y confundirlo.

El Senado estaba persuadido de que Gambetta no era sino una medianía muy vulgar, envuelta en la piel de un leon; pero, por odio á las influencias secretas que lo sostenian, hizo cuanto pudo por obligarlo á que se encargase de formar Ministerio y se pusiese en ridículo, saliendo de las tinieblas que le ocultaban.

El Congreso, en la realidad, ama poquísimo á Gambetta; pero se compone de miembros que en su mayoría deben la eleccion á los centros gambettistas, y no podia hablar ni pensar siquiera libremente.

En fin, la prensa, que sabe perfectísimamente bien que Gambetta, como hombre de Estado, no era ni es sino lo que ha sido Garibaldi como guerrero, por servilismo, por espíritu de imitacion, por hacer ruido, por vender números ó quizá por espíritu pesimista, ha estado meses y meses y aún años y años clamando por que subiese al poder el primer sibarita del mundo.

Hé aquí las causas de la tan irracional como incomprendible elevacion de Gambetta. Es una aberracion de la generacion presente, que será muy severamente juzgada por la historia.—L.

# ÍNDICE DEL TOMO XXXVI.

Páginas.

## 15 DE NOVIEMBRE.

La electricidad moderna, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	5
Las cesantías de los empleados públicos, por D. Luis Barthe.....	25
Museo provincial de antigüedades de Barcelona, por D. Antonio Elías de Molins.....	43
Polystoria (continuación), por D. Vicente Tinajero y Martínez... ..	57
La expedición á Italia en 1849 (continuación), por el teniente general D. Fernando Fernandez de Córdoba.....	77
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood.	91
Boletín bibliográfico.....	105
Crónica política, por R.....	113
Revista extranjera, por L.....	119

## 30 DE NOVIEMBRE.

Mis impresiones de viaje, por Segismundo Bermejo.....	129
La misa de requiem de Mozart, por V. S. C.....	146
La expedición á Italia en 1849 (continuación), por el teniente general D. Fernando Fernandez de Córdoba.....	174
La electricidad moderna (continuación), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	189
Boletín bibliográfico.....	223
Crónica política, por R.....	228
Revista extranjera, por L.....	245

## 15 DE DICIEMBRE.

Astronomía, por D. José Genaro Monti.....	257
Cartas descriptivas de una expedición de estudio á las minas de Almaden (cartas VII y VIII), por D. Miguel Rodriguez Ferrer... ..	270
La electricidad moderna (continuación), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	288
Una curiosidad bibliográfica, por D. Luis Barthe.....	297
Haroldo el Normando, por D. Augusto Charro-Hidalgo.....	318
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood.	342
Crónica política, por R.....	353
Revista extranjera, por L.....	373

## 30 DE DICIEMBRE.

La electricidad moderna (continuación), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	385
Recuerdos de un contemporáneo, por D. Dionisio Chaulié.....	426
La expedición española á Italia en 1849 (continuación), por el teniente general D. Fernando Fernandez de Córdoba.....	444
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood.	458
Manuscritos de actualidad, por D. Francisco de P. de Góngora... ..	482
Boletín bibliográfico.....	488
Crónica política, por R.....	493
Revista extranjera, por L.....	500

MINISTERIO  
DE CULTURA